



Teodoro Guerrero  
Al calor del hogar  
Impresiones y  
cantares



**E** LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE  
OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **AL CALOR DEL HOGAR: IMPRESIONES Y CANTARES**

**TEODORO GUERRERO**

**PUBLICADO: 1885  
FUENTE: BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA**

# ÍNDICE

## Cubierta

Portada

Preliminares

Al calor del hogar: impresiones y cantares

A LA CIUDAD DE LA HABANA

LA PATRIA Y MI LIBRO.

PRIMERA PARTE. LA FAMILIA

¡DIOS!

DE PUERTAS ADENTRO.

LA MANSION DE LOS MUERTOS.

EFEMÉRIDES.

EL TRAJE DE COLA.

EL IRIS DE PAZ.

LAS ALAS.

A JENARO.

EL AZAHAR DE CARMEN.

UN GRITO DEL ALMA.

DESDE MI HOGAR.

DIOS Y LA CIENCIA.

LA PERLA DE CUBA.

EL AVE DE PASO.

CELOS DE PADRE.

SEGUNDA PARTE. EL MUNDO

EL ALBUM DE TERESA.

DE LA TIERRA AL CIELO.

A LAS DAMAS ESPAÑOLAS.

EL INTERES Y LA USURA.

PERLAS Y FANGO.

LA MEJOR ARISTOCRACIA.

[DIÁLOGO.](#)

[FANTASEO.](#)

[EL VALOR DE LAS LÁGRIMAS](#)

[HOJAS SUELTAS.](#)

[HOJAS DE LAUREL.](#)

[ORIENTALES DE VÍCTOR HUGO.](#)

[MADRIGALES ITALIANOS.](#)

[LA MARIPOSA.](#)

[LA LIBERTAD.](#)

[TERCERA PARTE. NARRACIÓN SOCIAL](#)

[LA LEY DEL HONOR.](#)

[CUARTA PARTE. CANTARES](#)

[UNA FRASE.](#)

[EN MI SALON.](#)

[CANTARES.](#)

[ADIÓS A LA MONTAÑA.](#)

[NOTAS](#)

[Acerca de esta edición](#)

[Enlaces relacionados](#)

## **A LA CIUDAD DE LA HABANA**

**DONDE NACÍ, DONDE FORMÉ MI FAMILIA, DONDE FUÍ DICHOSO,  
DONDE MÉNOS SENTIRÍA MORIR.**

Recuerdo de Teodoro Guerrero  
Madrid, 14 de Setiembre de 1884.

## LA PATRIA Y MI LIBRO.

El que no ama á su patria ¡oh Cuba, mía! no tiene corazon.

*Luisa Pérez de Zambrana .*

### I.

La mujer nos enseña á sentir. La mujer es el apóstol que predica el idealismo, como es el profeta del sentimiento. El amor á la pátria nace con la criatura y se desarrolla con la razon. Una mujer de talento dijo una gran verdad en los dos preciosos versos que estampo al frente de estas líneas. No amar á la pátria es no tener corazon.

Las corrientes de la vida nos arrastran léjos del lugar en que nacimos; pero en medio de los placeres extraños, en la agitacion que nos anima, se dibuja en nuestra alma una nube, una sombra que en vano queremos disipar: ¡la nostalgia! El corazon echa raíces en la tierra donde nace el sér; el árbol se trasplanta y suele dar fruto; pero la raíz reniega de la tierra donde germinó la semilla. Es una ley de la naturaleza, sábia é inmutable como todas sus leyes; la naturaleza no admite imposiciones, y cuando se ve obligada á sufrirlas, protesta. El pájaro aprisionado se entristece al encontrarse en otras regiones; busca el aire que respiró al romper el cascarron que lo encerraba; busca el sombraje del árbol donde formó su nido, y muere llamando á sus hijuelos abandonados.

Peregrino por el mundo, el destino me llevó en diferentes épocas á divisar, desde la nave que me conducía, la línea que en el horizonte marca las playas de mi Cuba, y el corazón latió siempre con violencia; no experimentaba entonces una emoción el cansado viajero que anhelaba pisar tierra firme; la vista del faro del Morro de la Habana me producía la palpitation de los recuerdos.

Muchas veces, en aquella ciudad, me paré delante de una casa de la calle de San Miguel, donde ví la primera luz, y con la imaginación contemplaba á mi buena madre, nunca bastante llorada, meciéndome en la cuna; y más de una vez, aquí, he cerrado los ojos para ver con los de la fantasía aquella poética quinta, en la falda del Castillo del Príncipe, donde todo me habla de amor, y busco con los dedos dos nombres grabados en el tronco de una palma, testigo de dos almas que se unieron para siempre.

¡Ah! ¡los recuerdos! ¡Dichoso el que sabe olvidar!... ¡Pero nó, nó! ¡Desgraciado!—Recordar es vivir dos veces. Los recuerdos de las horas de felicidad son una compensación de las desventuras.

## II.

¿Por qué formé este libro?—La razón no me la explico, pero la siento. Al recuerdo del país natal, viendo que decaen mis fuerzas con los años, que empieza á secarse mi cerebro, negándome la inspiración, estéril ya para producir algo nuevo, formé un ramillete de flores, acaso pálidas, pero perfumadas por el cariño, que mando á Cuba, tierra que vive en mi memoria y en mi corazón, y que acaso habrá olvidado hasta mi nombre. Ahí vá en demostración de un afecto tan desinteresado como legítimo.

Para dar cuerpo á este libro quemé muchos papeles; inspirado *al calor del hogar*, no hubiera querido profanar sus páginas con ningún sentimiento de ayer, pero el amor de poeta me obligó á respetar algunos trabajos que he incluido en la SEGUNDA PARTE que lleva

por título *El mundo*.—La nueva edición de mis *Cantares*, que vá en la CUARTA PARTE, está aumentada; son pedazos de mi corazon, que se desprenden como las lágrimas, á impulsos de impresiones de momento, sin darme cuenta de que se escapan. ¡Cuántas veces llora el hombre sin que lo sepa su alma!

### III .

A Cuba vá mi libro. He querido que se imprima en la Habana para que con el papel y la tinta reciban mis cantos los aires del país; el papel y la tinta que dieron vida y forma á mis modestos *Cuentos de salon* allí engendrados en dias venturosos, inspirándome la propaganda en pró de la familia, tan combatida hoy por los regeneradores de la moderna sociedad.

Dejo la pluma á otros ingenios mejores para luchar con más suerte; las corrientes me han arrollado y las cuerdas de mi lira saltaron una tras otra; pero al retirarme de la arena, he cogido (si se me permite la frase) un puñado de ideas para mandarlas á mis hermanos de Cuba. Quiero que mis últimos pensamientos vayan á morir allí donde lancé el primer vagido, donde derramé las primeras lágrimas.



# **PRIMERA PARTE.**

## **LA FAMILIA**

## ¡DIOS!

¿Por qué, cuando las olas, rugientes, encrespadas,  
que agita desatado, furioso el aquilon,  
se estrellan en la nave que conduce en su seno  
á los séres que adoro, no me infunden pavor?

—Porque la fé me anima; porque rezo contrito;  
¡porque confío en Dios!

¿Por qué, cuando la muerte asoma á mi morada  
y viene á hacer su presa de un hijo de mi amor,  
voy con seguro paso á interponerme osado  
sin que aumente un latido mi débil corazon?

—Porque cuando la ciencia desespera y se rinde,  
¡tranquilo espero en Dios!

¿Por qué, cuando la suerte voluble me abandona  
ó airada me persigue con su tenaz rigor,  
no busco en el suicidio el término á mis penas  
ni de mis lábios sale la torpe maldicion?

—Porque yo sé que el hombre no es dueño de su vida;  
¡porque obedezco á Dios!

Vivo en paz y contento en el hogar bendito  
que me ofrece los goces más puros del amor,  
enseñando á mis hijos que las puertas del cielo  
solamente las abren la virtud, la oracion.

Y así aguardo sin miedo de sucumbir la hora,  
¡porque yo creo en Dios!

*Escorial. 1884.*

## DE PUERTAS ADENTRO.

### A MI TEODORO.

Cierra el balcon, hijo mio;  
yo siento un frio  
que me hiela el corazon;  
la experiencia me ha enseñado  
que entra un aire envenenado  
por el balcon.

Noto en tí cierta inquietud,  
cierta ansiedad, cierto gozo,  
al ver que en el lábio, el bozo  
te anuncia la juventud.

¿Estrecha juzgas tu casa,  
en tu impaciente ambicion,  
y te asomas al balcon  
por ver lo que fuera pasa?  
Tu madre aquí, siendo niño,  
te amamantó. ¿Olvidar puedes  
que se hallan estas paredes  
impregnadas de cariño?

Aquí jugamos los dos;  
aquí rompiste á llorar,  
y te enseñé á pronunciar  
el santo nombre de Dios.  
No ves, en tu ceguedad,  
que fuera todo es mentira,

y dentro, todo respira  
el puro amor: la verdad.  
Huye de tu casa; vé  
del mundo alegre á gozar;  
cuando vuelvas al hogar  
habrás perdido la fé.  
El placer es un momento;  
la juventud que trasnocha  
y vive aprisa, derrocha  
un caudal de sentimiento.  
Falsificando el amor,  
á torpes vicios se entrega,  
y á la vejez luégo llega  
sin fuerzas y sin calor.  
Son traidores los placeres  
y el sentimiento es traidor;  
por el prisma del amor  
se ven puras las mujeres.  
Son mariposas que pasan  
provocando con su vuelo;  
alas de oro, almas de hielo,  
que en su misma luz se abrasan.  
Son fantásticas visiones  
que fascinado te arroban,  
y en dulce engaño, te roban  
una á una las ilusiones.  
Huye del hediondo cieno  
que te hará perder la calma;  
es torcedor para el alma;  
para la sangre, veneno.  
Siempre el vicio al hombre engaña,  
pues ve manchas, de seguro,  
hasta en el cristal más puro;  
y es que su aliento lo empaña.  
Quiero decirte en qué fundo  
la fuerza de mi razon;  
cierra, cierra ese balcon,

que voy á pintarte el mundo.  
¡El mundo! En tus pocos años  
hermoso eden te parece,  
sin saber que el mundo ofrece  
solamente desengaños.  
Este mundo es una farsa,  
un teatro de oropel;  
cada hombre estudia un papel;  
nadie quiere ser comparsa.  
Más que el sabio vale el necio  
cuando está de oro cargado,  
porque el mundo es un mercado  
donde todo tiene precio.  
No busques amigos. ¿Quién  
la amistad estima? El pobre  
es la moneda de cobre,  
que se toma con desden.  
De nada el pobre disfruta;  
vive solo y pide en vano,  
que nadie tiende la mano  
al árbol que no dá fruta.  
Oye la voz del consejo,  
que es la voz de la experiencia;  
se paga cara esta ciencia,  
pues cuesta llegar á viejo.  
En el estudio profundo  
está guardada la llave  
del porvenir; el que sabe  
se abre camino en el mundo.  
Feliz en mi hogar me encuentro  
sin ver lo que fuera pasa;  
la verdad guardé en mi casa;  
gozo de puertas adentro.  
Yo no puedo respirar  
del mundo el aire caliente;  
necesito el tibio ambiente  
que se aspira en el hogar.

¡El hogar! ¡Rincon que adoro  
y que hoy apreciar no puedes!  
¡El hogar! ¡cuatro paredes  
donde encierro mi tesoro!  
Tú lo estás viendo. A ser hombre  
con el tiempo llegarás,  
y enamorado, querrás  
dar á una mujer tu nombre.  
¡La mujer! ¡Mujer querida,  
soñada en la juventud!  
¡toda amor! ¡toda virtud!  
¡la mitad de nuestra vida!  
Los hombres encenagados  
conocen muy tarde el bien;  
á esa mujer, no la ven  
hoy tus ojos deslumbrados.  
La que inspira amor profundo  
sólo se halla en el hogar;  
esa no la has de encontrar  
en el bullicio del mundo.  
¿Quién la puede describir?  
Será más ó menos bella...  
Para hacerte digno de ella  
invade lo porvenir.  
La familia es el consuelo,  
y en ella debes pensar,  
porque hay del mundo al hogar  
lo que hay de la tierra al cielo.  
Cierra el balcon, hijo mio,  
porque ese frió  
ha de helarte el corazon.  
Mi experiencia te ha enseñado  
que entra un aire envenenado  
por el balcon.  
*Madrid. 1884.*

# LA MANSION DE LOS MUERTOS.

## FANTASIA.

«¡Qué horrible soledad!» dicen los hombres,  
medrosos al pisar el cementerio;  
y yo, tranquilo, al penetrar, exclamo:  
«¡Qué hermosa soledad la de los muertos!»  
Es una tarde del ardiente estío;  
el sol traspuesto, esplendoroso el cielo;  
los brillantes crepúsculos del día  
esmaltan de las losas los letreros.  
Mi corazón palpita conmovido  
al evocar un mundo de recuerdos,  
y para ver mejor, cierro los ojos,  
dejando sólo los del alma abiertos.  
Una mano invisible, poderosa,  
impulsada tal vez por mis deseos,  
las aferradas lápidas levanta,  
quedando los sepulcros descubiertos.  
Como en tropel se escapan las abejas  
de la colmena, van los esqueletos  
asomando los cráneos descarnados,  
y salen de los cóncavos infectos.  
Vagando por el aire como sombras,  
en el sudario de la muerte envueltos,  
en confuso montón pasan y pasan,  
y mi mente les da formas y cuerpo.

Como bandada errante de palomas  
que al cazador provocan en su vuelo,  
espíritus fantásticos que cruzan  
vienen en vano á despertar recuerdos.  
Cármén, Emilia, Julia, Magdalena,  
de mi pasada juventud ensueños,  
mi corazón no aumenta ni un latido  
cuando otra vez á contemplaros vuelvo.  
Sombras, ¿por qué pasáis indiferentes?  
Amigos mundanales, nada os debo;  
al contrario, os colmé de beneficios,  
y el puñal del desden hirió mi pecho.  
¡Pasad, pasad, ingratos!.... ¡Desdichado  
el que sabe olvidar! Le compadezco,  
porque la gratitud siembra, en la tierra  
y recoge sus frutos en el cielo.  
¿Qué vértigo me asalta?... ¡Mis hermanos!  
¡Allí van! De mi infancia compañeros;  
ramas del tronco que me dió la vida,  
las desgajó la muerte antes de tiempo.  
¡Y derramé la lágrima primera!...  
Rota la fuente ¡cuánto lloré luego!  
El corazón en lágrimas se funde  
y se las traga el mar del sentimiento.  
Unos labios se posan en mi frente;  
y á su contacto por mis venas siento  
un fluido circular que me extasía:  
late mi corazón y me estremezco.  
¡Es mi madre! ¡mi madre! La adivino,  
y á mis ojos agólpase violento  
todo un raudal de lágrimas acerbas  
que sin cesar por su memoria vierto.  
¿También las madres mueren?... ¡Dios es justo!  
Dá la resignación al sufrimiento,  
pues sabe que en los trances de la vida  
para dolor tan grande no hay consuelo.  
Tú siempre vives para mí en el alma,



y si es verdad que para el mundo has muerto,  
deja que el mundo olvide hasta tu nombre.  
¿Qué importa? ¡Tu sepulcro está en mi pecho!  
Me arrancó del hogar la suerte varia,  
pero conmigo me llevé tu afecto;  
yo moriré también, mas en mis labios  
la muerte encontrará tu último beso.  
Detrás llega un anciano venerable;  
el paso tardo y el mirar sereno;  
en su ancha frente la honradez se pinta,  
y es de su alma su sonrisa espejo.  
¡El padre de mi amor! ¡Sombra adorada!...  
Entre mis brazos estrecharle quiero,  
y al extender frenético las manos  
en polvo se deshace el esqueleto.  
Un grito de dolor me arranca el alma;  
le busco en mi delirio con empeño,  
y una voz me murmura en los oídos  
estas palabras que olvidar no puedo:  
—«¡Es la ley soberana de la vida  
nacer para morir! ¡Dios lo ha dispuesto!  
El eslabón que suelta la cadena  
deja á la tierra otro eslabón sujeto.  
«Se van los padres y se irán los hijos;  
caen los granos del reloj del tiempo;  
de las horas de olvido, á Dios y al mundo  
estrecha cuenta que rendir tenemos».  
Doblo en tierra las trémulas rodillas,  
y con voz balbuciente le contesto:  
—«Cuando me llame Dios, en Él confío,  
pues grabé en mi conciencia sus preceptos.  
«Me alumbra Dios para seguir tu senda;  
á mis hijos tus máximas enseño,  
y poniendo sus piés sobre tus pasos,  
¿qué he de temer? ¡Mis hijos serán buenos!»  
Ángeles bellos, con pintadas alas,  
rostros de nácar, de oro los cabellos,

por el aire, cual leves mariposas,  
cruzan jugando en indeciso vuelo.  
¡Es mi Alicia! ¡es mi Aurora! ¡es mi Lucila!...  
Pedazos de mi alma, vuelvo á veros...  
Me besan con los ojos, y cantando  
un himno á Dios, se pierden en el cielo.  
¡Cuán venturosas son en la otra vida!  
De las desdichas de la tierra huyeron;  
al romper la crisálida el capullo,  
la sofocó esta atmósfera de fuego.  
Abro los ojos al venir la noche,  
y ya cerrados los sepulcros veo;  
á medida que el cielo se oscurece  
empieza á despejarse mi cerebro.  
Allí están dos sepulcros preparados,  
última confusion de dos afectos.  
Los miro con placer: ¡bocas hambrientas  
que esperan la racion de nuestros cuerpos!  
De la fiel compañera de mi vida  
ahí guardarán sus restos con mis restos.  
¡Juntos, en tierno amor, hemos vivido!  
¡Juntos, en santa paz, descansaremos!  
¡Adios, adios!... ¡Qué tarde tan serena!...  
Sombras queridas, á mi hogar me vuelvo,  
que allí mi corazon ha levantado  
á la virtud y á la verdad un templo.  
Ando despacio, y al salir repito:  
«¡Qué hermosa soledad la de los muertos!»  
Y les digo marcando una sonrisa:  
«Pronto vendré á encontraros. ¡Hasta luego!».  
*Madrid. 1883*

# EFEMÉRIDES.

## EL 1.º DE DICIEMBRE.

Dice con razon el vulgo  
que todo en la vida pasa,  
y que cuanto nace muere,  
siguiendo la ley humana.  
¡Verdad que á costa aprendemos  
de desengaños y lágrimas!  
Luce erguida sus colores  
la rosa por la mañana,  
y el sol que le dá la vida  
al despedirse la mata.  
¡Triste verdad que me enseña  
el espejo, que no engaña!  
En él, hace veinte años,  
con cierto encanto miraba  
lo negro de mis cabellos,  
que hoy me presenta de plata;  
y aquella tez vigorosa,  
rica en colores y en savia,  
hoy me la copia marchita,  
cual la flor de la mañana.  
¡Y el espejo es siempre el mismo!  
¡Ay! ¡es el hombre el que cambia!  
Con razon nos dice el vulgo  
que todo en la vida pasa...

—¿Todo? ¡No! ¡Todo no muere!  
Hay algo que no se acaba,  
que es eterno; ó se renueva  
al calor de la esperanza,  
ó renace como el fénix  
de sus cenizas: ¡el alma!  
Bien me acuerdo de este día,  
de mi historia amante página.  
Una pasión viva, ardiente,  
noble, desinteresada,  
á mi corazón llamando,  
abrió las puertas del alma.  
Ella era joven, hermosa,  
con el fuego en la mirada,  
tez de reluciente seda,  
dentadura limpia y blanca,  
rizos revueltos y rubios  
cayendo sobre la espalda,  
cual de avispa, su cintura,  
cual mariposa, con alas...  
La vió así mi fantasía,  
y me rindieron sus gracias;  
era buena, era sensible  
y candorosa; me amaba,  
y en el altar, Dios bendijo,  
la fusión de nuestras almas.  
¡Han pasado veinte años!  
¡Qué rápido el tiempo pasa!  
Las horas que son eternas,  
eternas en la desgracia,  
cual leve soplo trascurren  
en los días de bonanza.  
Ella, sintiendo y amando,  
en la embriaguez de la calma,  
no pidió cuentas al tiempo  
que su hermosura robaba;  
en sus rizos, atrevidas

asoman algunas canas;  
la esbeltez de su cintura  
perdió su forma gallarda,  
y de la tarde el crepúsculo  
en su rostro se señala;  
ya no se vuelven los hombres  
al paso para mirarla;  
y yo en éxtasis la miro,  
con la ilusión conservada,  
porque para mí es la misma,  
siempre igual; lo que le falta  
por la destrucción del cuerpo  
mi ilusión se lo regala.  
Es la misma; no la miro  
con los ojos de la cara  
que buscan solo lo bello  
y de apariencias se pagan;  
yo la miro con los ojos  
que ven el bien: ¡los del alma!  
Han pasado veinte años  
sin nubes. ¿Cómo no amarla?.  
Juntos nuestros corazones,  
como lo están nuestras almas;  
felices en la ventura  
y fuertes en la desgracia;  
coa las mismas alegrías;  
confundiendo nuestras lágrimas;  
saludando con un beso  
á los hijos, que llegaban  
á ofrecernos nueva vida,  
emociones y esperanzas;  
con un beso despidiendo  
á los que Dios nos robaba,  
descompletando aquel cuadro  
de venturas tan soñadas;  
vemos correr la existencia,  
sin grandezas ni abundancia,

sin ambiciones ni envidias,  
escondiendo en nuestra casa  
dos voluntades gemelas  
y dos cuerpos con un alma,  
Yo quiero lo que ella quiere;  
yo mando en ella, y me manda;  
es la madre de mis hijos;  
es mi compañera amada  
y aunque la destruya el tiempo,  
y aunque le robe sus gracias,  
y aunque ensanche su cintura,  
y aunque le arrugue la cara,  
para mí será la misma,  
con el fuego en la mirada,  
siempre joven; de ese modo  
la ven los ojos del alma.  
Diga con razón el vulgo  
que todo en la vida pasa;  
yo diré que en la familia  
el amor nunca se acaba.  
*Madrid. 1880.*

## EL TRAJE DE COLA.

### A MIS HIJAS EMMA Y LIDIA.

Escuchad que el caso es grave.  
Hoy siento un pesar profundo  
que el alma explicar no sabe,  
porque *la cola* es la llave  
que abre las puertas del mundo.  
Veo á mis hijas gozar  
esas puertas al abrir,  
y fascinadas soñar;  
y yo, al mirarlas reir,  
siento impulsos de llorar.  
Mas ya la causa comprendo;  
me entristezco, contemplando  
cómo el tiempo vá pasando...  
¡Ay! ¡las flores van abriendo  
y el tronco se vá secando!  
¡Hijas de mi corazon!  
Ayer, todo era inocencia,  
todo alegría, ilusion.  
Mañana, con la razon  
vendrá la triste experiencia.  
Hoy, al jardin olorosas  
llegan esas flores pálidas,  
frescos botones de rosas;  
se transforman las crisálidas

en pintadas mariposas.  
Y abren su pecho á otro amor  
que les robará la calma;  
hoy nacen para el dolor,  
que en la mujer el candor  
es la paz, salud del alma.  
En su infantil devaneo  
no ven que un peligro encierra  
el mundo, que es su deseo;  
al entrar en él, las veo  
bajar del cielo á la tierra.  
¿Quién las habrá de amparar?  
En su inexperiencia, solas,  
¡cuánto tendrán que luchar  
entre las revueltas olas  
de ese proceloso mar!  
¡Nó! Nave que al mar se lanza  
y vá de su rumbo en pos,  
el puerto feliz alcanza;  
¡lleva de piloto á Dios  
y por ancla la esperanza!  
Con el ejemplo incesante,  
la leccion nunca es perdida:  
tienen de espejo constante  
á la virtud, á la amante  
compañera de mi vida.  
¿Y yo las he de perder?  
¡Alma y corazon les dí!  
No me puedo convencer  
de que ellas han de querer  
á otros hombres más que á mí.  
De sus plumas al calor  
el ave guarda su nido,  
y se estremece al temor  
de que un halcon atrevido  
vaya á robarle su amor.  
Al final de mi jornada,



no anhelo dichas, ni el oro;  
sin ellas no quiero nada,  
y sé bien que una mirada  
me ha de robar mi tesoro.  
¡Ley del alma! A la mujer  
el hombre busca, la quiere,  
le dá ensueños y placer,  
mas no le puede ofrecer  
un amor que nunca muere.  
Por eso, al verlas gozar,  
invadiendo el porvenir,  
tiemblo y me pongo á pensar:  
por eso, al verlas reir,  
siento impulsos de llorar.  
*Madrid 1.º de Febrero de 1879.*

## EL IRIS DE PAZ.

### EN EL ALBUM DE FELISA

¡El amor del hogar! ¡Cuanto he corrido  
sólo, sin más espuela que el deseo!  
Pasó como una sombra el devaneo,  
y tarde he conocido  
que léjos del hogar no hay dicha cierta:  
llama pronto el cansancio á nuestra puerta.  
Tú, Felisa, también como mi Aurora,  
en lazo estrecho unida  
al hombre que te adora,  
al que te dá su amor, su alma, su vida,  
le ofreces el misterio en lontananza  
de otro sér que es tu sér... ¡Dulce esperanza!  
¡Madre! ¡madre serás! ¡Mágico nombre!  
Sueño de la mujer con que corona  
el tierno amor de un hombre;  
lazo que estrecha el lazo de la vida;  
fruto de bendición que manda el cielo  
á una unión por el cielo bendecida;  
iris de paz, aurora de consuelo,  
gérmen de amor del mismo amor nacido,  
que enciende el fuego del amor perdido.  
Pronto verás qué extrañas  
sensaciones el alma te despierta  
cuando un latido, un síntoma, te advierta

que tiene vida un sér en tus entrañas;  
y verás que en la tierra  
otro placer más grande no has sentido  
cuando rompa la cárcel que lo encierra  
y al aire lance su primer vagido  
esa prenda querida  
que robará á tu porvenir la calma,  
que habrá de ser la vida de tu vida,  
que habrá de ser el alma de tu alma,  
que será tu placer y tu amargura  
rica fuente de llanto y de ternura.  
Sí. ¿Qué te importa ya que llegue un dia  
la vejez con su hielo  
como puedas mostrar para consuelo  
esa prenda de amor y de alegría?  
Por ella has de vivir; jóven con ella,  
su dicha partirás, su mala estrella,  
y otra vez en el mundo,  
recibiendo el reflejo de su gloria,  
cobrarás la ilusion; tu amor profundo  
por ella luchará, y en su victoria  
tu victoria verás reproducida,  
porque es ser madre una segunda vida.  
*Marianao [Cuba]. 1861.*

# LAS ALAS.

## ANTE LA CUNA DE MI LEOPOLDO

¡Es un ángel hermoso!... Su alegría  
me animaba á vivir.  
Todo en mi hogar al verle sonreía;  
su madre le cantaba, y yo invadía  
con él lo porvenir.  
Hiere un rayo en la vida, de repente,  
al hijo de mi amor;  
y á mi horrible pesar, indiferente,  
bate el génio del mal sobre su frente  
las alas del dolor.  
Tiemblo, temiendo ya que no despierte,  
y no puedo llorar;  
al ver las negras alas de la muerte,  
á Dios invoco, y voy con mano fuerte  
la presa á disputar.  
Un ¡ay! del corazon su madre lanza  
y reza como yo...  
¡Con la santa oracion todo se alcanza!  
Sobre su cuna, alegre la esperanza  
sus alas agitó.  
¡Abre el niño los ojos! Nos consuela  
el verle sonreir.  
¿qué otras alas se mecen en la tela?  
¡Ay! ¡cuando el ángel de la Guarda vela

no es posible morir!  
¡Vive el ángel! ¡De hinojos en el suelo  
nos postramos los dos!  
¡Hemos robado un querubin al cielo!  
¿Nos le concede Dios para consuelo?  
¡Bendito sea Dios.!  
*CarabancheL 1874.*

## A JENARO.

### EN LA MUERTE DE SU MADRE.

¡Es inmenso tu dolor!  
No hay consuelo para ti...  
Jenaro, también perdí  
mi madre, mi dulce amor.  
¡La madre! ¡símbolo santo  
del amor puro, infinito!  
¡La madre! ¡cáliz bendito  
que recoge nuestro llanto!  
Llora, llora, caro amigo,  
que tu pesar es profundo;  
ya no tienes en el mundo  
quien llore y sufra contigo.  
Ella te meció en la cuna,  
te enseñó de Dios el nombre;  
y supo uncirte, al ser hombre,  
al carro de la fortuna.  
Ella abrió tu alma al placer  
y la preparó al pesar;  
ella te enseñó á llorar;  
ella te enseñó á querer.  
Tu madre buena sería,  
porque toda madre es buena...  
Apreciar puedo tu pena  
por el valor de la mía.

Mucho debiste sufrir  
al saber tu desventura,  
y mayor fué tu amargura  
pues no la viste morir.  
Mi madre un beso me dió  
cuando los ojos abrí;  
¡y yo un beso no le dí  
cuando los suyos cerró!  
Presentir me lo hizo Dios,  
y voló mi pensamiento,  
en alas del sentimiento,  
á darle el postrer adios.  
Ganó de mártir la palma,  
y sé, para mi consuelo,  
que ella me ve desde el cielo,  
y yo la llevo en el alma.  
*Habana. 1864,*

# EL AZAHAR DE CARMEN.

## EPITALAMIO

### I.

#### EN EL SALON.

¡Qué bella estás! En tu frente  
brilla un rayo de ese sol  
que presta fuego á los ojos  
y al espíritu calor.

Es el sol de la ventura:  
te manda sus rayos hoy  
para iluminar el cuadro  
que tu mente acarició:  
sueños de color de rosa  
bordados por el amor.

¡El poema de la vida!  
¡Hacer un alma de dos!  
¡dar tu mano para siempre  
á quien diste el corazon!  
La felicidad te llama!...



Luce en tu seno esa flor  
cuyo aroma desvanece;  
Cármén, es tu galardón:  
emblema de la pureza  
y símbolo del pudor.  
Alza los ojos y mira  
el aspecto del salón.  
El que va a ser tu marido,  
en un éxtasis de amor,  
te contempla enajenado;  
no ve más que su pasión.  
Te examinan las mujeres  
suspirando, sin dolor,  
las solteras de envidia,  
las casadas de emoción;  
aquellas, por lo que pierden;  
estas por lo que pasó.  
Te observan viejos y mozos  
con placer y admiración.  
Todo rebosa alegría,  
Cármén, a tu alrededor...  
Y sin embargo, estás pálida;  
la inquietud, la agitación  
que quiere sobreponerse,  
denuncia un vago temor;  
con los ojos en el suelo,  
trémula casi la voz,  
me pareces una víctima  
sacrificada al amor.  
¡Y el amor está cantando  
un himno en tu corazón!  
¿Puede haber hipocresía  
donde reside el candor?  
Si quieres con toda el alma  
al que el alma te robó,  
te pregunto: ¿Lo que sientes  
será placer ó dolor?

## II.

### EN LA IGLESIA.

En el momento supremo  
al altar llegais los dos,  
y con la rodilla en tierra  
recibis la bendicion.  
La felicidad soñada  
sus puertas al fin te abrió;  
ya es tuyo el hombre á quien diste  
alma, vida y corazon.  
Y sin embargo, la nube  
que tu rostro oscureció  
la realidad no disipa...  
Comprendo la turbacion.  
¿Quien llenar puede el vacío  
que en tu familia quedó?  
Tus padres rien y lloran  
con encontrada emocion;  
pero su risa parece  
una mueca del dolor,  
pues se adivina en sus labios  
una falsa contraccion.  
¡Les roban en una hora  
toda una vida de amor!  
Inquieto vuelvo los ojos,  
palpitante el corazon,  
para mirar á mis hijas  
que te besan con calor,  
y el porvenir invadiendo,  
exclamo en mi agitacion:

¿Esto que siento y me ahoga  
será placer ó dolor?

III .

## EN LA FONDA.

Cármen, de brindar acabo  
por la dicha de los dos.  
Sin respetar mi trastorno,  
siguiendo una tradicion,  
arrancas tus azahares,  
y dando vás una flor  
á cada niña soltera,  
con la pérfida intencion  
de que vayan pronto al templo  
á hacer un alma de dos...  
¡Dios te perdone el regalo  
como te perdono yo!  
Cármen sé tan venturosa  
como mereces.—¡Adios!  
Vas á recorrer el mundo  
soñando glorias y amor,  
y aquí se queda tu padre  
á solas con su afliccion;  
tu madre se funde en lágrimas;  
y en su desconsuelo á Dios  
le pregunta si tu dicha  
le compesa su dolor.

Al poner el pié en la calle  
ando con recelo, voy  
alarmado; en cada hombre  
temo encontrar un ladron.  
¡Arrebatarme á mis hijas!  
¡Voy á deshojar tu flor!...  
¿Para ser ellas felices  
han de robármelas?... ¡Oh!  
¡Ley tirana, pero justa!  
¡Que me venzan con su amor!  
Yo sabré esconder el llanto  
al verlas marchar.—¡No no!  
¡No son mentira las lágrimas  
que brotan del corazon!  
¡Esto que siento y me ahoga  
no es placer, sino dolor!  
*Madrid. 1882.*

## UN GRITO DEL ALMA.

### LA VUELTA DE LA GUERRA

¡El clarín se oye sonar!  
¡flores y coronas caen...!  
—Son nuestros bravos que traen  
la paz, la dicha, al hogar.  
Todas las almas se excitan  
al ver á nuestros hermanos,  
y se unen todas las manos,  
y todos los labios gritan.  
¡La paz! No hay más que una idea  
que nobles pechos inflama,  
y alegre el pueblo lo aclama!  
¡Es la paz! ¡Bendita sea!  
Mas con angustia crüel  
una madre, en su amargura,  
vertiendo llanto, murmura:  
—«¡Todos vuelven ménos él!»  
*Madrid. 1876.*

**DESDE MI HOGAR.**

**A S A.LA INFANTA DOÑA PAZ**

**EN SU CASAMIENTO.**

**I.**

Señora: Debo dudar  
si á vos mi nombre ha llegado;  
soy un vate jubilado  
que en el rincon de su hogar  
contento vive encerrado.  
El hogar solo me inspira,  
Do hallé la felicidad  
que canto en mi pobre lira;  
aquí encerré la verdad  
y eché fuera la mentira.  
Llega á mi casa el rumor  
de una fiesta soberana  
que la preside el amor,  
y para verla mejor  
salgo alegre á la ventana.

Agitadas las pasiones,  
que encienden el alma, veo,  
entre sueños é ilusiones,  
dos amantes corazones  
que corren tras de Himeneo.  
*Ella*, risueña la faz,  
prendida con ricas galas,  
y el alma dando á solaz,  
al cielo tiende las alas...  
¡es el ángel de la PAZ!  
Con belleza y juventud,  
amor en su pecho siente;  
lleva en el alma virtud,  
una corona en la frente,  
y en las manos un laud.

## II.

No exalta mi pensamiento  
el brillo de vuestra alteza;  
disculpad mi atrevimiento;  
pues con mi ruda franqueza  
hé de decir lo que siento.  
Todo lo grande lo aduna  
quien, al venir á este mundo,  
halla colmada su cuna...  
—¿Todo?—No: el amor profundo  
no nace con la fortuna.  
Nunca en las almas se encienden  
en una llama apagada;  
sin el amor no se prenden;  
nace éste en una mirada,

y los ojos no se venden.  
¿Sentisteis ese calor?  
pues de ello sois vivo ejemplo  
y así os digo sin temor:  
¡feliz el que entra en el templo  
por la puerta del amor!  
A vuestra alma enamorada  
puedo una muestra enseñar  
de esa ventura soñada:  
dirigid una mirada  
á mi pacífico hogar.  
Libre de todo cuidado,  
con la conciencia en reposo,  
cómo, del mundo olvidado,  
el pan del trabajo honrado  
que el amor hace sabroso.  
Haciendo un alma de dos,  
con los ojos siempre fijos  
en los deberes y en Dios,  
vamos de la dicha en pos,  
soñando con nuestros hijos.  
Sin el cariño, el dolor  
de lazos hace cadenas,  
y el sufrimiento es mayor;  
pero, ¿amándose?... El amor  
quita amargura á las penas!....

III .

Con fervor en este dia,  
que os conceda pido á Dios  
venturas, paz y alegría:



luna de miel, á los dos,  
eterna como la mia.  
*Madrid, 2 de Abril de 1883.*

## DIOS Y LA CIENCIA.

### EN LA CARTERA DE UN MÉDICO.

¡Ay! Tú me viste llorar  
por el hijo de mi amor;  
y entonces te ví luchar,  
y una lágrima ocultar,  
comprendiendo mi dolor.  
¡Extenderlas alas ví  
al ángel, del cielo en pos!  
Lleno de fé me sentí,  
y de rodillas caí,  
su vida pidiendo á Dios.  
Dios mi plegaria escuchó,  
que á Dios nadie pide en vano,  
y benéfico posó  
sobre tu frente su mano,  
y tu ciencia iluminó.  
Con sublime inspiracion  
te copio aquí una verdad  
que escribí en mi corazon:  
¡Gratitud á tu amistad!  
¡A tu ciencia admiracion!  
*Puerto Rico. 1863.*

# LA PERLA DE CUBA.

## A CONCHA SERRANO

Allá, á la orilla del mar,  
en la tierra de Colon,  
el delicado boton  
de una rosa ví brotar.  
Era una niña donosa,  
de ojos azules, ¡tan bellos!  
eran rubios sus cabellos,  
tez del color de la rosa.  
A su padre hizo temblar  
esperanza, la emocion.  
¡Fué el sueño de la ilusion!  
¡La sonrisa de su hogar!  
Y tan peregrina al verla,  
Concha la llamó al nacer...  
al convertirse en mujer  
brotó en la *concha* una *perla*.  
Hoy, que te vuelvo á encontrar,  
escalas el porvenir.  
¡Ay! ¡tú empiezas á subir  
cuando yo empiezo á bajar!  
Concha, ¡qué tiempos aquellos!  
en los dos todo ha cambiado,  
y tus ojos me han robado  
lo negro de mis cabellos.

Te miro con emocion;  
me traes á la memoria  
la página de mi historia  
más grata á mi corazon.  
Amo á Cuba, y pido á Dios  
que la paz luzca en su suelo;  
bajo aquel brillante cielo,  
Concha, nacimos los dos.  
¡Allí murió mi alegría!  
¡tierra con llanto regada!  
¡dejé en ella sepultada  
una hija del alma mia!  
De tus padres al amor  
¡cuán venturosa has de ser!  
¡á tí te llama el placer!  
¡á mí me llama el dolor!  
Te siguió desde la cuna  
risueño y próspero el hado;  
sus dones te ha regalado  
generosa la fortuna.  
¡Feliz tú, niña hechicera,  
en cuya fresca megilla  
la huella triste no brilla  
de la lágrima primera!  
La ilusion te hizo, en su anhelo,  
tan noble como tu padre,  
tan bella como tu madre,  
tan pura como tu cielo.  
Hermosa, te han de admirar,  
y pues la virtud te abona,  
oigo á la gente exclamar:  
—¡Feliz quien logre engastar  
esa *perla* en su corona!  
*Madrid. 1875,*

## EL AVE DE PASO.

### EN LA MUERTE DE LA REINA MERCEDES

Una paloma con ropaje humano  
en su sueño exclamó: «¡Quiero reinar!»  
Al verla tan hermosa, un soberano,  
delirando de amor, fué por su mano  
la corona en su frente á colocar.  
El ave sobre el trono posó el vuelo  
para libar la copa del amor.  
Al verla tan hermosa. «¡Ven al cielo!»  
dijo Dios; y en su amargo desconsuelo  
lanzó el amante un grito de dolor.  
Ella en el cielo derramando flores  
exclamó: «¡Qué dichosa soy aquí!»  
¡Eterna paz, sin penas ni dolores!...»  
—«Ella era un ángel, dijo Dios ¡No llores!  
¡los ángeles los formo para mí!  
Madrid, Julio de 1878.

## CELOS DE PADRE.

Está la niña impaciente;  
pensativo el padre está;  
y á entender ninguno dá  
lo que pasa por su mente.  
Por temor á sus enojos  
ella no se atreve á hablar;  
y algo quiere praguntar  
á su padre con los ojos.  
El padre lo comprendió,  
y un suspiro conteniendo,  
entre sus manos cogiendo  
las tuyas, así le habló:  
—«En tu rostro la alegría  
retrata tu pensamiento.  
¿Y me preguntas qué siento?  
¿Qué he de sentir, hija mía?  
Advierto tu desvarío  
pensando siempre en un hombre  
por tus labios vaga un nombre,  
y ese nombre no es el mió.  
Escucha, mi bien, con calma  
lo que en secreto te digo:  
tu cuerpo vive conmigo,  
mas se me escapó tu alma.  
Despues de tantos desvelos,  
al verte amar y sufrir,  
siento en mi pecho rugir  
la tempestad de los celos.  
¿Pretendes romper mis lazos

buscando nuevo cariño?  
Por ver lo que encierra, el niño  
hace el juguete pedazos.  
En los ojos de tu madre  
puedes mi impresion leer.  
¿Qué hombre te habrá de querer  
como te quiere tu padre?  
Alas á los hombres dan  
el amor, la fantasía;  
mas los ángeles, Lucía,  
tienen alas... ¡y se van!  
Ese amor de frenesí  
es fuego fatuo; en el mundo  
solo hay un amor profundo:  
el que yo siento por tí.  
¿Cómo una existencia entera  
á tu afecto consagrada  
cambias por una mirada  
más ó meaos embustera?  
Yo te he enseñado á rezar,  
á ser buena y á sentir...  
¡Hoy me haces arrepentir  
de haberte enseñado á amar!»  
Mas de pronto, en sí volviendo,,  
una lágrima enjugó,  
y á la hija amada estrechó  
contra su pecho, diciendo:  
—«No, no: perdona, Lucía,  
esta torpe ofuscacion;  
estalló mi corazon  
al ver que ya no eres mia.  
Si él te quiere de verdad,  
yo no me puedo oponer;  
tu padre ¿qué ha de querer  
más que tu felicidad?  
Fuerza es que al destino acate  
con esa ley rigurosa...

¡No llores, no! ¡Sé dichosa,  
aunque tu dicha me mate!»  
Ella en sus brazos se echó,  
y confundidos lloraron;  
lo que sus labios callaron  
el alma lo declaró.  
¡Ley tirana! ¡ley constante,  
en el amor siempre fija!...  
Pensaba el padre en su hija  
y ella pensaba en su amante.  
*Madrid. 1883.*



## **SEGUNDA PARTE.**

### **EL MUNDO**

# EL ALBUM DE TERESA.

## I.

**9 DE NOVIEMBRE DE 1854**

Apoyado de codos en la mesa  
y divagando el pensamiento mio,  
me encontraba, Teresa,  
cuando vino á borrar mi desvarío  
el álbum tuyo, del amor reclamo,  
pidiéndome una flor para tu ramo.  
¡Ay Teresa! ¡En qué dia,  
en qué dia fatal á pedir vienes  
una flor á la pobre musa mia!  
Qué! ¿bastantes no tienes  
en ese tan feraz vergel de amores,  
rico ya de lisonjas y de flores?  
Estoy, Teresa; inquieto,  
y la razon te la diré en secreto:  
me asustó el calendario, que este dia,  
*los treinta me* ha anunciado que cumplia..  
Tú que eres bella y vives de ilusiones,,  
jóven y ves el porvenir abierto,  
que el alma, tienes rica de emociones  
y el corazon para el amor despierto,

no sabes lo que son los desengaños,  
no sabes lo que son los treinta años.  
¿Y pides una flor al estro mio?  
La que está como tú en su primavera  
darme una flor debiera  
para encantar mi caluroso estío.  
¡Ay Teresa! Al peinarme esta mañana  
quité de mis cabellos una cana:  
nuncio de invierno que me da tristeza  
porque la nieve espanta á la belleza.  
¡La cara se marchita  
cuando aun ardiente el corazon palpita!...  
¿Sigo hablando de mí?—¿Para qué vienes  
á un páramo erial á pedir flores  
cuando de sobra en tu jardin las tienes?  
¡Ah, *nueve de Noviembre!*... Mis dolores  
no puedes, niña comprender en suma;  
arrojo, pues la pluma,  
y si al mirarte fresca cual la rosa  
que entreabre al calor de la mañana,  
no puedo repetirte con Quintana:  
«¡Ay, infelíz de la que nace hermosa!»  
al ver mi pobre corazon, me queda  
el gusto de exclamar con Espronceda:  
«¡Malditos treinta años!  
¡funesta edad de amargos desengaños!»

## II

**9 DE NOVIEMBRE DE 1883.**

¿Otra vez vuelve á mis manos  
el libro de tus ensueños?  
¡Cuantos años han corrido  
desde que escribí mis versos,  
arrebataando á la lira  
unos mentidos lamentos!  
Los *malditos treinta años*  
¿quién me los diera de nuevo.  
Entonces, lleno de vida,  
entre locos devaneos,  
desperdiciando un tesoro  
de amor y de sentimiento,  
en mi ceguedad, el mundo  
era á mi ambicion estrecho.  
¿Y te hablé de desengaños  
y de corazon de hielo  
porque apareció atrevida  
una cana en mis cabellos".  
¡Cómo mienten los poetas!  
¡Me he mirado en el espejo!  
¡Ay Teresa! ¡Cuánta nieve  
descargó sobre mi pelo!  
Tu mismo libro denuncia  
la accion maldita del tiempo;  
pasando de mano en mano,  
en las manos fué perdiendo  
la juventud, que es la vida;  
como yo, se encuentra viejo.  
En sus hojas arrugadas  
hallo un mundo de recuerdos,  
porque viene á ser tu libro  
panteon de mis afectos.  
—Hartzenbusch, el sabio ilustre,  
más que amigo mi maestro;  
*Tula*, la insigne cantora,  
gloria del cubano suelo;  
el sin *ventura* Aguilera

que embelleció el sentimiento:  
Selgas, que robó á las flores  
su perfume y su misterio;  
Ayala, *el hombre de Estado*,  
que, tendiendo mal su vuelo,  
nació gigante en la escena  
y fué á morir al Congreso;  
Florentino Sanz, que puso  
un candado á su talento  
y en flor mató una esperanza:  
¡todo bilis! ¡todo ingenio!  
Narciso Serra y Hurtado,  
mis queridos compañeros,  
regocijo de las Musas  
que coronas les tejieron...  
Aquí sus nombres mezclados  
en tus páginas encuentro;  
los acordes de sus liras  
aquí están... ¡todos han muerto!  
¡Mas sus nombres no perecen,  
porque es inmortal el génio!  
¡Y yo vivo todavía,  
arrastrando con mi cuerpo  
el fardo de una existencia  
que se va doblando al peso!  
¡Nueve de Noviembre!... ¡Dia  
de expansiones y recuerdos!  
La familia me saluda,  
al despertar, con un beso,  
y me felicitan todos  
porque me pongo más viejo,  
pues van pasando los años  
y las fuerzas voy perdiendo.  
En este dia, Teresa,  
llega tu libro indiscreto  
á pedirme nuevas flores,  
cuando el jardín está seco.

Te conservas siempre hermosa;  
en balde ha corrido el tiempo;  
cruzas el brillante otoño,  
y yo el nebuloso invierno;  
pero aunque flores tuviera  
darlas, Teresa, no quiero,  
pues sé que causan enojos  
las lisonjas de los viejos

# DE LA TIERRA AL CIELO.

A D. PEDRO CALDERON

## EN SU SEGUNDO CENTENARIO

Vate insigne: no te asombre  
la insensatez de mi empeño,  
pues como *la vida es sueño*,  
soñando escribí tu nombre.  
La vida es sueño dijiste  
cuando andabas por el mundo;  
despues, en sueño profundo  
doscientos años dormiste.  
Hoy va la gloria á llamar  
á tu tumba, y no despiertas;  
si el cielo te abrió sus puertas,  
en el mundo ¿qué has de hallar?  
Gloria eterna has conseguido  
en un siglo indiferente,  
cuando todo, la corriente  
lo lleva al mar del olvido.  
Sí es sueño la vida, en sueños  
hoy nos vienes á mostrar  
que, tu luz al reflejar,  
los grandes se ven pequeños.

En el Parnaso español  
hoy los ingenios se humillan,  
que las estrellas no brillan  
en cuanto aparece el Sol.  
La envidia nada perdona;  
á pesar de tu grandeza,  
si hoy alzases la cabeza  
te quitaran la corona.  
De tu gloria al resplandor  
¡cuántas cosas has de ver!...  
Sin duda te harán creer  
que nuestro siglo es mejor.  
Digo verdad, y lo siento;  
entonces no se escribía  
para matar en un día  
los destellos del talento.  
Tú escribiste, sin engaños,  
para grabar tu memoria;  
para revivir con gloria  
después de doscientos años.  
Allá en tu siglo, la fama  
nos cuenta que el caballero  
aunaba, mas que al dinero,  
al rey, á Dios y á su dama.  
Hoy, discurriendo mejor,  
amamos poco; por eso  
se dá el nombre de progreso  
á este siglo de vapor.  
Se atreven á profanar  
nombre tan santo, y de lodo  
lo vamos manchando todo...  
¡A esto llaman *progresar!*  
Al verle, te asombrarás:  
*el progreso* es un gigante  
que echa el pié para adelante  
y que corre para atrás.  
¿Lo dudas? Oye el clamor



del pueblo noble y honrado;  
rompen su lazo sagrado  
á la familia, al amor.  
Hay quien, falto de razon,  
niega á Dios Omnipotente  
que puso el dedo en tu frente  
y te dió la inspiracion.  
¿Es sueño la vida?—Sí  
lo dijiste, y voy creyendo  
que es verdad; solo *durmiendo*  
se puede pensar así.  
¿Vienes hoy?—No viene el hombre  
envuelto en ropaje humano;  
nos mandas, vate cristiano,  
solo, entre nubes, *tu nombre*.  
Mas si vivir es soñar,  
soñando tu nombre viene...  
¡Felíz el génio que tiene  
tan glorioso *despertar!*  
*Madrid 25 de Mayo de 1881.*

# A LAS DAMAS ESPAÑOLAS.

## CARTA ABIERTA <sup>1</sup>

A las damas me dirijo  
en estilo epistolar,  
porque yo sé que las cartas  
tienen electricidad,  
pues, entrando por los ojos,  
directas al alma van;  
y ese camino secreto  
mi lira quiere buscar.  
Prestad me atención, señoras,  
por un momento no más,  
y que la intención disculpe  
mi atrevida libertad.  
Mirado desde la orilla,  
¡qué magnífico es el mar!  
Brillante espejo del cielo,  
del agua en la inmensidad,  
á las nubes caprichosas  
sus tintes robando va.  
En su tersa superficie,  
¡qué dulce tranquilidad!  
¡Cómo el alma se deleita!  
¡No se causa de admirar!...  
¡Qué pequeño se vé el hombre  
ante una grandeza tal!

Ingratos fuéramos todos  
no rindiendo culto al mar.  
Él dá la salud al cuerpo  
en la estacion estival;  
entre sus aguas esconde  
el succulento manjar;  
en sus conchas, ricas perlas,,  
y en sus rocas, el coral,  
piedras preciosas que vienen:  
vuestra belleza á adornar;  
camino ofrece al comercio;  
las naves vienen y van,  
cruzando el mundo atrevidas,  
sus productos á cambiar.  
¡La mar! ¿Qué es la mar en suma?  
Bien mirado, no son más  
que un remedo de la vidalas  
corrientes de la mar.  
La brisa que nos deleita,  
es la ventura, es la paz  
que goza el alma tranquila  
sin acordarse del mal;  
las pasiones encontradas  
llegan el alma á agitar,  
produciendo el torbellino,  
la furia del huracán.  
Y en esa lucha incesante,  
como en las aguas del mar,  
chocan las olas que vienen  
contra las olas que van.  
El mar es bello; muy bello,  
con su cielo azul... Pero ¡ah!  
tambien las flores convidan  
su perfume á respirar,  
y flores hay que en su seno  
guardan veneno letal.  
Así, las pérfidas ondas

son un sepulcro.—Mirad.  
La nave gallarda cruza  
por el proceloso mar,  
y al viento dando sus velas  
tranquila surcando vá.  
En Dios puesta la esperanza,  
ve á lo lejos asomar  
la costa, el puerto querido,  
y se marca la ansiedad.  
Negras las nubes se tornan  
y empiezan á descargar;  
las olas se encrespan, ruge  
desatado el vendaval.  
La nave, perdido el rumbo,  
en una rompiente dá,  
y los botes salvadores  
se traga furioso el mar.  
¡Tódo el viento lo destruye!  
Sólo la fé queda ya  
con la esperanza, pues tienen  
en cada pecho un altar.  
Al ver seguro el naufragio,  
temblando la gente está,  
y en el puente, de rodillas,  
á Dios invoca piedad.  
Y mientras tanto, en la costa,  
viendo á la nave luchar,  
se lanzan bravos marinos  
sin temor al huracan.  
¡Ay! ¡un bote salva-vidas!  
¡No lo tiene la ciudad!  
Así, es inútil empeño;  
la nave á pique se va,  
y se oye un grito de espanto  
que se confunde en el mar  
Las lágrimas de las madres  
enriquecen su caudal,

y las lleva la corriente  
de las aguas, á buscar  
el quejido de sus hijos,  
que allí palpitando está.  
Y lágrimas y lamentos  
mezclados, se ven cruzar,  
entre las olas que vienen  
y entre las olas que van.  
¿Cómo queréis que no llegue  
á vuestra puerta á llamar?  
Desde Isabel la Católica  
hemos aprendido ya  
que la mujer es el nervio,  
el alma, vitalidad  
de los mayores empresas  
que han llegado á prosperar.  
Sois madres, hijas ó esposas,  
y sabeis sentir á más;  
ayudadnos en la empresa,  
pues nuestro sueño es dotar  
los puertos de salva-vidas,  
y Dios os lo premiará.  
¡Qué abismo tan insondable!  
¡Pobres náufragos!... Pensad  
en las personas queridas  
que se lanzan á la mar;  
acaso vuestra limosna  
mañana las salvará.  
El pensamiento es sublime,  
y cerrados no he de hallar  
los sensibles corazones  
que en vuestros pechos guardais.  
¡Y así os veré tan hermosas!  
pues nada embellece más  
ante Dios, que el ejercicio  
de la santa caridad,  
que es el consuelo, la vida

de los que saben llorar.  
Las almas indiferentes  
al dolor de los demás,  
no sufren, pero tampoco  
comprenden lo que es gozar;  
tienen una fibra ménos  
y una desventura más.  
Hacer bien á sus hermanos,  
es en la tierra sembrar  
la semilla, que en el cielo  
después el fruto nos dá.  
Cuando me acerco á la playa,  
y el agua dormida está,  
y á los pobres pescadores  
miro tranquilos cruzar,  
y á los valientes marinos,  
sin temor al huracan  
que siempre amenaza, y pienso  
que los podemos salvar  
con los esfuerzos benditos  
de la santa caridad;  
veo, entre espumas de plata,  
el nombre ilustre brillar  
de Rubalcava el marino,  
alma de esta SOCIEDAD.  
Lleva el rumor de las aguas,  
entre las olas que van,  
los sollozos de las madres  
que no cesan de llorar;  
y entre las olas que vienen,  
los gritos de la ansiedad.  
Y mis lágrimas envío,  
pues quiero verlas rodar  
entre las olas que vienen  
y entre las olas que van.  
*Madrid, 18 de Diciembre de 1881.*

# EL INTERES Y LA USURA.

## APÓLOGO<sup>2</sup>

Una dama de buen talle  
y un galan de noble porte,  
una mañana en la córte  
se encontraron en la calle.  
Dama y galan se miraron  
y sus pasos detuvieron;  
al punto se comprendieron,  
y este diálogo entablaron:  
—«¿A dónde vais?—A cumplir  
un deber, la dama dijo.  
—Yo en lo presente me fijo.  
—Yo pienso en lo porvenir.  
—Hay en el mundo un tirano  
que al necesitado ayuda;  
le despoja y le desnuda  
cuando le tiende la mano.  
Consuelo de la laceria,  
quiero ser, para el que gime,  
un paño que no lastime  
los ojos de la miseria.  
Y se cumplirá mi anhelo,  
pues para enjugar el llanto,  
he tomado un nombre santo  
que abre las puertas del cielo.

—Yo intento abrir una Caja  
para tesoro del pobre,  
que convierta en plata el cobre  
del infeliz que trabaja.  
Ese tesoro guardado  
con el tiempo ha de ofrecer  
una dote á la mujer,  
su libertad al soldado.  
—Yo doy paciencia al sufrir.  
—Yo enseño al hombre á guardar.  
—Yo dinero voy á dar.  
—Voy dinero á recibir.  
—Encontrará en mis socorros  
alivio la humanidad.  
—Soy el *Monte de Piedad*.  
—Yo soy la *Caja de ahorros*.  
—¡Grande el proyecto ha de ser!  
—Los dos nos necesitamos.  
—Venid, porque unidos, vamos  
un problema á resolver.»  
Al mirar la santa union,  
que inspira amor y respeto,  
el pueblo, muy en secreto,  
le manda su bendicion.  
Sólo una voz se levanta  
á protestar contra ella.  
¿Quién, infame, se querella  
y de tal union se espanta?  
Es una horrible figura  
que convierte el oro en cobre,  
chupando la sangre al pobre.  
—¿Cómo se llama?—¡La *Usura!*  
Madrid. 1875.



## PERLAS Y FANGO.

De codos en la muralla,  
buscando la soledad,  
un pobre desesperado  
rompió de pronto á llorar.  
—«Están abajo los hombres,  
dice, y Dios arriba está.  
Amparo á los hombres pido,  
sordos á la caridad;  
elevo al cielo los ojos,  
y aliento noble me dá.  
Cuando inclino la cabeza,  
doblado por el pesar  
que me consume, mis lágrimas  
al suelo rodando van.  
Cuando levanto la frente,  
sin miedo á la tempestad,  
ruedan altivas y caen  
mis lágrimas en la mar  
¡Ah! ¿que miro? ¡Dios es bueno  
Cuando mis lágrimas van  
á la tierra, en sucio fango  
las miro al punto cambiar.  
Pero las lágrimas puras  
que el alma exhalando va,  
se evaporan en el agua  
y en perlas trasforma el mar.  
Cuando hay un pesar profundo,  
acaso no halle consuelo  
quien lo busque en este mundo,

pero le encuentra en el cielo.  
*Madrid, 1883.*

# LA MEJOR ARISTOCRACIA.

## CUENTO.

Cuentan que en una ocasión,  
cabalgando en el Cerbero,  
vino acá Pedro Botero  
por encargo de Pluton.  
—«Pues hoy gozas de mi gracia  
le dijo, vas á marchar  
al mundo, para buscar  
la mejor aristocracia.  
«Baja aquí tanto malvado,  
que es un presidio el infierno;  
quiero fundar un gobierno  
de solidez, ilustrado.»  
No replicó Pedro nada,  
aunque demostró su asombro;  
y con la caldera al hombro  
vino con esa *embajada*.

II.

Pronto el mundo su impaciencia  
por conocerle mostró,  
pues su llegada anunció  
la activa *Correspondencia*.  
Movidos del interés  
corrieron mil pretendientes,  
todos vivos, diligentes;  
mas recibió solo á tres.  
Con el afan de mandar,  
aunque fuera en el infierno,  
para obtener el gobierno  
uno se encargó de hablar.  
—«Somos ilustres personas;  
mucho en la tierra valemos,  
y presentaros queremos  
nuestras preciadas coronas.»  
El pretendiente primero,  
que manejaba un tesoro,  
dió una corona de oro:  
era un notable banquero.  
Un marqués, galante y fino,  
con aires de gran persona,  
le presentó su corona  
pintada en un pergamino.  
Y detrás de este y de aquel,  
siempre en el último puesto,  
entregó un vate modesto  
su corona de laurel.  
Pedro Botero intentó  
buscar el valor real,  
y en su caldera infernal  
las tres coronas echó.  
A la acción del fuego, el oro  
bien pronto se derritió,  
y el banquero se quedó  
sin corona y sin tesoro.  
El pergamino empapado

se deshizo en la caldera,  
y vió Pedro que aquél era  
no más que un *papel mojado*.  
El vivo fuego, al pasar  
por encima de las hojas  
de laurel, las puso rojas,  
y *un nombre* se vió brillar.  
El laurel cantó victoria;  
el humo que despedía  
derecho al cielo subía:  
¡era el cielo de la gloria!



No cumplió Botero mal  
su delicada mision,  
que á su magestad Pluton  
llevó este informe *oficial*.  
«Señor: son todas absurdas  
las cosas que el mundo encierra,  
pues no anda mejor la tierra  
que nuestras pobres zahúrdas.  
«Como buen embajador,  
la sociedad estudié,  
y en mi caldera encontré  
la aristocracia mejor.  
«Se va el dinero, y no queda  
el menor prestigio al hombre.  
El título es solo un nombre:  
la nobleza no se hereda.  
«¡La gloria es el porvenir!...  
¿Qué la llega á merecer?

—¡Lo que nace con el sér,  
y sobrevive, al morir!  
«Es hijo de la desgracia  
y hermano del sufrimiento;  
mas siempre será el talento  
la primera aristocracia.»  
Pluton oyó el parecer.  
De entónces, en el infierno,  
cuando hay cambio de gobierno,  
se llama siempre al saber  
Madrid. 1858.

## DIÁLOGO.

Deslumbrada con las galas  
de una camelia preciosa,  
la versátil mariposa  
plegó sobre ella las alas.  
—«¿Qué buscas, insecto, aquí  
dijo con indiferencia  
la flor.—Yo busco la esencia.  
—Pues no la hallarás en mí.  
—Hay en tu tallo calor;  
hay en tu cáliz frescura;  
en tu rostro hay hermosura;  
¿dentro de tí no hay amor?  
—En mí no se encuentra nada  
vivo á todo indiferente;  
en mí todo es aparente;  
tengo una vida prestada.  
—Yo corro de flor en flor  
buscando el sabroso jugo;  
de mi corazón verdugo,  
el pecho cierro al amor.  
—Yo no tengo corazón  
y gozo con mi belleza;  
me formó naturaleza  
para adorno de salón.  
—Yo busco las impresiones  
pasajeras, del momento.  
—Y yo, ajena al sentimiento,  
me burlo de las pasiones.  
—Trato al amor con desvío,

Y vivo en el mundo bien.  
—Pago el amor con desden:  
mariposa, el mundo es mio.  
—Entónces, ¿quién goza más?  
¿Yo en contínuas emociones,  
ó tú libre de pasiones?  
—Mañana me lo dirás.  
—La vejez veré llegar  
cansada de muertas glorias;  
viviré de mis memorias,  
Y algo tendré que contar.  
Para tí llegará en pos  
do la belleza el desvío.  
—¡Mariposa, el mundo es mio!  
—¡Ay! ¡El mundo es de las dos!»  
Habana. 1860



# FANTASEO.

## IMITACION DE ANACREONTE

Dicen que á la hija de Tántalo  
en roca la convirtieron.  
Yo para que me miraras,  
quisiera volverme espejo;  
y collar de finas perlas  
para rodear tu cuello;  
y túnica de brocado  
para ceñirme á tu cuerpo;  
y convertirme en almohada:  
para saber tus secretos  
y recoger tu cabeza  
y jugar con tus cabellos;  
ser quisiera tu abanico  
por verme en tu mano preso,  
y allí respirar el aire  
calentado con tu aliento,  
y ser sandalia quisiera,  
en mi loco fantaseo,  
para que tú me pisaras  
con tu lindo pié pequeño;  
y ser el tul vaporoso  
que á tu faz sirve de velo  
para acercarme á tu boca  
y darte un furtivo beso

Cádiz 1867.

## EL VALOR DE LAS LÁGRIMAS

A mui, la couronne d'epines  
a raus, la couronne de fleurs  
VICTOR HUGO  
Ayer suspirar te oí,  
Y llorar te ví despues  
Si te lamentas, Inés;  
¡ay! ¿qué dejas para mi?  
Tú que sabes derramar  
de tus ojos esas perlas,  
ven á enseñarme á verterlas...  
¡Feliz quien sabe llorar!  
¡Lágrimas! ¡calmante son  
para un tormento cruel!  
Mis lágrimas son de hiel  
y las guarda el corazon.  
Jamás perdiste la calma;  
penas y dolor ignoras;  
¡dichosa tú, porque lloras  
sin que lo sepa tu alma!  
Tú has aprendido á fingir,  
y yo he aprendido á penar;  
enséñame tú á llorar;  
yo te enseñaré á sufrir.  
Lloras una amante queja,  
y apenas hallas consuelo,  
brillan tus ojos, cual cielo  
que entre nubes se despeja.  
Las lágrimas ¡ay! arrasan,  
con tanto sufrir, mis ojos,

y con el fuego, ya rojos,  
al desprenderlas, se abrasan.  
Lanzo al aire mi lamento  
y llorar no puedo en tanto...  
¡No llores, porque es tu llanto  
la burla del sufrimiento!  
Yo sé sufrir sin gozar;  
sabes gozar sin sufrir;  
sabes llorar sin sentir;  
yo sé sentir sin llorar.  
Buscas ensueños de amor  
porque el amor te seduce,  
y amor, solo me produce  
un continuo torcedor.  
El jardín te brinda flores,  
astros brillantes el cielo,  
te dá la brisa consuelo,  
y el iris limpios colores.  
Me roban las flores bellas  
con su frescura su olor,  
y me roban su color  
el iris y las estrellas.  
Tú que sabes derramar  
de tus ojos esas perlas,  
vén á enseñarme á verterlas.,  
¡Feliz quien sabe llorar!  
Tú por mi senda caminas;  
mas lucimos en amores  
¡tú, una corona de flores!  
¡yo, una corona de espinas!  
*Habana. 1846.*

# HOJAS SUELTAS.

I.

**A UNA INGRATA**

**AYER.**

¿Cómo te he podido amar  
no sabiendo tú querer?  
En vano intento romper  
mi pecho para olvidar.  
Forma la espuma en el mar  
del agua el choque violento,  
y estrellarse airadas sientos,  
salidas del corazón,  
las olas de mi pasión  
en el mar del sentimiento.

**HOY.**

Recuerdo que eso escribí  
hace más de treinta años,  
lamentando desengaños  
de los muchos que sufrí.  
Hoy, tu ajado rostro al ver,  
rae dan ganas de llorar,  
porque me haces recordar  
á aquella ingrata de ayer.

**II.**

## **EN UN ABANICO**

Que eres hermosa, lo sabes;  
aquí escribirlo no quiero,  
que al mover el abanico,  
las palabras lleva el viento.  
Mas tienes una ventaja,  
Isabel; como soy viejo,  
te refrescarán el rostro  
mis pensamientos de hielo.

**III .**

## A LA CONDESA DE....

### AVIÁNDOLE EL MEMORIAL DE UN POBRE

Pues la prosa no se usa  
para hablar al corazón,  
va en verso la petición,  
que al fin es *dama* la musa.  
Mi sentimiento tío escondo;  
hacer bien es deber santo.  
¡La Caridad!—¿Quién el llanto  
recoge en vaso sin fondo?

## IV

### EN EL ÁLBUM DE PILAR.

Peregrino por el mundo,  
he venido á la montaña  
con el cansancio en el cuerpo  
y el desaliento en el alma.  
No vine á buscar las brisas  
en estas hermosas playas,  
que á mi espíritu agitado

aliento no da la calma.  
Busqué el rugir de las olas  
en las tempestades bravas,  
y el aquilon desatado  
tronchando flores y ramas.  
Y en vez de huracanes rudos,  
en las agrestes montañas,  
encontré una florecilla,  
bella, como el lirio pálida,  
tan débil como un suspiro;  
pero ¡ay! que tiene una llama  
en sus ojos, que produce  
tempestades en las almas.  
Eres tú, niña hechicera,  
esa flor de la montaña;  
llevas el fuego en los ojos  
y la música en el alma.

## V.

### EN EL ÁLBUM DE LUISA

Tiene la naturaleza  
momentos de inspiracion,  
y en uno de esos momentos  
inspirados te formó.  
Las virtudes resplandecen  
en tu rostro encantador;  
la bondad brilla en tus ojos,



espejos del corazon.  
Y si por buena seduces  
que es el encanto mejor,  
¿por qué la naturaleza  
tan hermosa te formó?  
Pregunta á cuantos te miran  
cuál es tu encanto mayor,  
y todos dirán... que todos  
te miran con emocion.  
A mí no me lo preguntes;  
responder no puedo yo;  
los casados y los viejos  
no tenemos opinion.

## VI

### EN EL ÁLBUM DE BENIGNA

### AL PARTIR PARA CARACAS

Bella, afable y buena siendo,  
he de sentir tu partida,  
porque el que se va, se olvida  
del que se queda sintiendo.  
¿Al otro mundo te vas?...  
¡Adios! ¡Mi afecto es profundo!  
¿Quién sabe si en este mundo

al volver me encontrarás?

# **HOJAS DE LAUREL.**

## **I.**

### **A SANTA TERESA**

### **PARA SU CORONA.**

*No es morir el morir, cuando pregona  
la Fama el nombre del que tiende el vuelo.  
¡El genio! ¡la virtud! ¡Todo te abona!  
¡Tú dejaste en la tierra una corona,  
y otra corona te llevaste al ciclo!*

## **II.**

### **A CERVANTES**

## **DESPUES DE LEER EL “QUIJOTE.”**

Los ingenios del mundo te aclamaron  
cuando en la cima aparecer te vieron;  
y atónitos después te contemplaron  
cuando tu libro sin rival leyeron.  
Sus liras en tus aras las quemaron,  
y con deleite tu cantar oyeron.  
¡Ay, que las luces que su fuego ofrece  
un rayo de tu luz las oscurece!

**III .**

**A JULIAN ROMEA.**

**IMPROVISACION.**

Al morir, deja el pintor  
el lienzo que le dió fama,  
y siempre el libro proclama  
la gloria del escritor.  
Mas cuando muere un actor,  
aunque su talento asombre,  
muere el génio con el hombre:

si para tí no resuena  
el aplauso ya en la escena,  
¿qué queda de tí?—¡Tu nombre!

## IV.

**A GARCÍA TASSARA —**

### **AL VER PASAR SU FÉRETRO**

Poeta, ¿adónde vas? ¡Deten el vuelo!  
¡El mundo con pesar partir fe mira!...  
¡Pero no! ¡sigue! ¡adios! ¡Es pobre el suelo  
para el vate inmortal que en Dios se inspira!  
¡Genio, busca tu patria! ¡busca el cielo,  
que aquí nos queda el eco de tu lira!  
—Te arrebató la muerte, mas la historia  
un nombre escribirá: ¡vive tu gloria!

# ORIENTALES DE VICTOR HUGO.

## I.

### EXTASIS

Del mar en las orillas, una noche de estrellas,  
sin nubes en el cielo, sin velas en el mar,  
mirando meditaba las creaciones bellas,  
y árboles, bosques, montes, parecen preguntar:  
«¿Quién es de esto el Señor?.»  
Y las estrellas de oro copiadas en las olas,  
en voz alta, en voz baja, parecen responder,  
y las ondas azules, que se gobiernan solas,  
también se unen y dicen, con su espuma al romper:  
«¡El Señor de esto es Dios!»

## II

### ENTUSIASMO

¡A Grecia, á Grecia! ¡vamos! ¡Adios! ¡partir debemos!.  
¡Nuestra sangre inocente pronto redimiremos  
con sangre de verdugos!  
¡Adios! A Grecia, á Grecia! ¡Libertad y venganza!  
¡un turbante y un sable! ¡un caballo, una lanza!  
¡Romparamos nuestros yugos!  
Partamos esta noche: mañana será tarde.  
¡Armas, caballos, buques! ¡fuego! ¡en los pechos arde  
¡Alas mejor que velas!  
Corred algunos pocos, soldados veteranos,  
y vereis al instante cual huyen otomanos  
lo mismo que gacelas.  
¡Eh, despertad, fusiles, del sueño del olvido!  
¡Eh, músicas, cañones... ¡Atruéneme el ruido!  
Caballos, vuestras colas  
haced que las recojan. ¡Los jinetes se irritan!  
¡una mancha de sangre los sables necesitan  
y plomo las pistolas!  
Quiero entrar en combate, siempre de los primeros,  
y ver á mis soldados beber la sangre fieros  
cuando á Grecia acometa;  
destrozar su estandarte cuando fuertes caigamos,  
dividir sus cabezas con nuestros sables.... ¡Vamos!  
—¿Do vas, pobre poeta?  
¿Adónde te conduce tu acento belicoso?  
Los ancianos, los niños, te acogen con reposo  
sin saber tu martirio.  
Y ¿quién soy yo?—Un espíritu; hoja seca arrastrada  
al capricho del viento; una vida pasada  
de delirio en delirio.  
Todo á pensar me obliga: bosques, montes y prados;  
miro agitar las hojas, y suspiros ahogados  
me parece escuchar.  
Cuando viene el crepúsculo con su bello reflejo  
veo en lago de plata, como en un terso espejo,  
las nubes reflejar.

### III

## EL SULTAN ACHMED.

A Juana la granadina  
dice el sultan:—«Eres flor  
de España, mujer divina,  
y yo diera sin dolor  
á mi reino por Medina,  
y á Medina por tu amor.»  
—Si quieres cristiano  
probaré cuanto te adoro,  
pues, aunque débil mujer  
por tu amor sabes que lloro,  
mi ley prohíbe el placer  
entre los brazos del moro.  
—Por esas perlas, cristiana,  
que tu cuello hacen brillar,  
haré cuanto pidas, Juana;  
si quieres, ese collar  
que hay en tu pecho, mañana  
podrá servirme de altar.  
Que eres, bella granadina,  
de Medina fresca flor,  
y al verte tan peregrina,  
yo cambiara sin dolor  
á mi reino por Medina,  
y á Medina por tu amor.



# MADRIGALES ITALIANOS.

## I.

### DE ROSSINI.

Siendo niña, me decía  
un pastor  
que es serpiente que mordía  
el amor.  
Y el corazón muchos años  
sin amar,  
acechos supo y engaños  
esquivar.  
En la fuente en noche oscura,  
me encontré  
con Alfredo, que me jura  
tierna fé.  
Y aprendí junto á la fuente,  
sin dolor,  
que en verdad una serpiente  
no era amor.

## II

### ANÓNIMO

Lo pasado no existe,  
mas lo recuerda la memoria triste.  
Lo porvenir tampoco,  
mas lo sueña la indómita esperanza.  
Lo presente es verdad, mas brilla poco,  
pues en la nada rápido se lanza.  
Entonces, ¿qué es la vida transitoria?  
—¡Un soplo, una esperanza, una memoria!

# LA MARIPOSA.

DE LAMARTINE.

Nace con la primavera  
y muere como las rosas;  
se mece en alas del céfiro,  
respirando pura atmósfera,  
y se agita entre las flores,  
cerradas aun sus corolas;  
se embriaga con perfumes,  
con luces deslumbradoras,  
y el polvillo de sus alas  
sacude, jóven gozosa;  
vuela como leve soplo  
hácia las etéreas bóvedas;  
al deseo se parece,  
pues ni un instante se posa,  
y sin verse satisfecha,  
desflorando cuanto toca,  
al cielo ligera vuelve  
la pintada mariposa.

## **LA LIBERTAD.**

### **DE METASTASIO.**

Gracias, Nise, á tus engaños  
hoy en libertad me miro;  
al fin contento respiro:  
Dios tuvo de mí piedad.  
De tus amorosos lazos  
el alma en soltura siento,  
y en este feliz momento  
sólo sueñe libertad.  
Amor apagó su fuego,  
y ya tranquilo me tienes,  
que en mí no encuentra desdenes  
para encubrirse el amor.  
Ya los colores no pierdo  
si tu nombre, Nise, escucho;  
si te miro, ya no lucho,  
ni me late el corazón.  
Sueño, mas no te apareces  
en mi sueño placentero,  
y al despertar, lo primero  
tu forma el alma no ve.  
Vivo alegre, y no te busco  
si estoy de tí separado;  
no siento estando á tu lado,  
ni disgusto ni placer.

Describo ya tu hermosura  
sin fuerte emocion de amores,  
y recuerdo mis errores  
sin tenerme que culpar.  
No me encontrara confuso  
si al pronto venir te viera,  
y con mi rival pudiera  
de tí muy sereno hablar.  
Guarda tu mirada altiva  
que no me encuentras insano,  
pues ya tu desprecio es vano,  
y es vano ya tu favor.  
Su imperio, Nise, perdieron  
sobre mí tus labios rojos,  
y ya no saben tus ojos  
la vía del corazon.  
Tú en mi voluntad mandabas,  
pero ya ese don perdiste;  
si ora estoy alegre ó triste  
tú no me lo haces sentir;  
pues contigo me disgusta  
la selva, el monte y el prado;  
en cualquier sitio hallo agrado  
como me encuentre sin tí.  
Seré contigo sincero;  
aun me pareces muy bella,  
pero ya no eres aquella  
que yo juzgaba sin par.  
Y, la verdad no te ofenda,  
en tu rostro y en tu aspecto  
ora noto algun defecto  
que ántes creia beldad.  
Al arrancarme la flecha,  
lo confieso sin cuidado,  
sentí el pecho destrozado  
y pensé que iba á morir;  
pero por no verse preso,

de la cárcel libertarse,  
y á sí mismo conquistarse,  
todo se puede sufrir.  
Cogido en la red el pájaro,  
lucha por salir, se queja,  
y en ella las plumas deja,  
mas cobra su libertad.  
Al poco tiempo, las plumas  
que el ave perdió, renueva,  
y cauta, con esta prueba,  
ya no se deja apresar.  
Tú no creíste apagado  
de amor el fuego en mi pecho:  
si de ello hablo sin despecho  
es porque callar no sé.  
Nise, el instinto me obliga  
á decirte hoy en mi abono,  
que yo cual todos razono  
sobre el riesgo que pasé.  
Despues del combate crudo  
cuenta el guerrero sus males,  
y le agrada las señales  
de sus heridas mostrar.  
Así, contento el esclavo,  
libre de opresion aiena,  
muestra la dura cadena  
que le hicieron arrastrar.  
Hablo, y solamente hablando  
satisfacerme procuro,  
y de saber no me curo  
si me prestas atencion.  
No quiero saber tampoco  
si hallas mi lógica buena,  
ni si irritada ó serena  
escuchando estás mi voz.  
Pierdo, Nise, una inconstante,  
y tú un corazon sincero;

no sé cuál será el primero  
que se deba consolar.  
No encontrarás en el mundo,  
Nise, otro tan fiel amante,  
y otra mujer inconstante  
es muy fácil encontrar.

**TERCERA PARTE.**

**NARRACION SOCIAL**



# LA LEY DEL HONOR.

## NARRACION SOCIAL

### I.

En los primeros años de la juventud, el corazón del hombre se abre á los grandes afectos. Las impresiones de la niñez se borran; las de la juventud se graban; en la edad madura, el corazón es receloso y se guarda; en la vejez, es refractario á los nuevos sentimientos. Y esto se explica bien. En la primera edad se vive de esperanzas: las esperanzas son el sueño de las ilusiones. En la edad proveya se vive de la realidad: la realidad lo analiza todo, y el alma no acepta las simpatías del momento. En la vejez se vive de recuerdos: los recuerdos son nuestra segunda vida.

En la niñez ama el ser á sus padres; en la juventud, á su amante; en la edad madura, á su familia; en la vejez ama las memorias de aquellas tres épocas.

Las corrientes de la vida lo arrastran todo, y todo perece; pero hay un sentimiento que nunca muere, un rayo de luz que nunca se apaga: el amor de la juventud

¡Oh juventud, primavera de la vida! exclamo con un poeta; y esa exclamacion se escapa de mis labios al contemplar el risueño cuadro que voy á ofrecer al lector para empezar mi narracion.

El cuadro presenta un gabinete lujosamente amueblado, de una casa en la calle de las Infantas, de Madrid. Encima de un velador

hay flores, pulseras, cintas, prendidos, y guantes que no han perdido todavía la forma del molde; en un confidente está como recostado un vestido azul celeste. Si todo este atavío no anunciara preparativos de fiesta, bastaría fijarse en las caras de dos jóvenes, casi unas niñas, que con la alegría en los ojos y la emoción retratada en sus movimientos, consultaban en un espejo de cuerpo entero el efecto que hacía una berta de encajes que acababan de arreglar.

—Te sienta muy bien, Piedad. Estás muy linda—dijo una.

—¿De veras, Elena?—preguntó la otra con tono de duda, que desmentía su misma mirada de satisfacción, fielmente retratada por la luna del espejo donde se contemplaba.

—Estoy segura de que en los salones de la Condesa del Río no habrá esta noche una muchacha más bonita ni más elegante que tú.

—Habrá otra.

—No lo creo.

—Sí; tú, Elena.

Y al decir esto, Piedad depositó en la frente de su amiga un beso tan cariñoso como expresivo.

Piedad Puente era una niña de diez y seis años, alegre como el sol de primavera, viva, locuaz, impresionable; su carácter abierto y su falta de experiencia de mundo la hacían aparecer irreflexiva y dar intención á la más inocente de sus acciones; la misma bondad de su corazón, la misma confianza que le inspiraba la tranquilidad de su conciencia, le servían de escudo para no detenerse á pensar. Era, según la feliz expresión del vulgo, una loquilla.

Tenía Piedad en su persona la fuerza de la atracción, pues se captaba la simpatía del que hablaba una vez con ella; era la alegría de su casa, y de todo el vecindario, que se disputaba su compañía, sabiendo que adonde iba, huían las penas y se calmaban los dolores; su risa era comunicativa, casi puede decirse que era contagiosa; en su presencia nadie lloraba, porque poseía el secreto de disipar las nubes de la tristeza; sus párpados no se habían quemado con el calor de la primera lágrima: no habiendo aprendido á llorar, quería que nadie sufriera; sospechaba que el dolor era una mentira forjada por los hombres para atormentarse.

Su alma estaba abierta sólo á las impresiones agradables de la vida, porque no había sentido la menor contrariedad; era capaz de querer hasta el frenesí y no sabía aborrecer; era una mariposilla que acababa de romper su capullo; jugueteando revoloteaba, deslumbrándose con los colores de sus pintadas alas, y adormeciéndose con la rica esencia de las flores; gustaba el sabroso jugo de la rosa y del clavel, sin saber que en el jardin hay azucenas, cuyo perfume desvanece, y matas que en sus hojas guardan letal veneno.

Su belleza competía con la de la miniatura más perfecta: alta, esbelta, elegante, tipo de salon por sus modales escogidos, por su exquisita finura; su cutis era como el ampo de la nieve; sus ojos, azul de cielo, medio dormidos con languidez encantadora, sin la menor afectacion; sus cabellos rubios y rizados como los de los querubines que pintan en los retablos de las iglesias; su boca, pequeña como un piñon; su nariz, afilada.

El retrato físico de Elena Molina no era ménos atractivo; no tenía elevada estatura, pero en cambio, sus formas redondas parecían hechas á torno; la belleza de su rostro no hubiera resistido al análisis buscándola en los detalles, mas el conjunto ofrecía ese no sé qué inexplicable que en la primera impresion cautiva, que despierta instantáneas simpatías, que arrastra á los hombres y acaba por volverlos locos.

Su mirar era siempre intencional; sus pupilas, negras como el azabache, brillaban cual luceros en noche oscura, revelando el fuego interior que la devoraba; y aquellos ojos tan vivos tomaban á veces un carácter de tranquilidad tan aparente, que podía oreerse que Elena escondía en la córnea diferentes pupilas, para asomarlas á los párpados representando encontradas emociones.

Su boca era grande, pero de movimiento tan gracioso que parecía estudiado para enseñar sus magníficos dientes; y á los lados se formaban dos hoyuelos que hacían juego con otro que lucía en la barba.

Su cútis estaba ligeramente tostado, sin ser moreno; su nariz era perfecta y sus manos, delicadísimas.

En fin, Elena era de esas mujeres que sin mirar á los hombres los prenden; que van por la calle y se vuelven hácia ellas, los jóvenes

para seguirlas, los viejos para detenerse á contemplarlas, lamentando los años que les pesan, y las mujeres para envidiarlas. Elena era irresistible.

Su carácter era dulce como su fisonomía; nunca se alteraba, pero sufría en secreto; tomaba parte tan activa en los dolores ajenos, que por atender á calmarlos, olvidaba sus propios padecimientos; poseía excelente corazón, donde se aposentaban los sentimientos más nobles, desde el amor puro hasta la santa caridad; era pensadora por instinto, y en sus meditaciones adivinaba los peligros que desconocía en su inexperiencia de mundo; era, en una palabra, una vieja de diez y seis años.

Piedad y Elena vivían, por decirlo así, en familia, aunque una pared separaba sus habitaciones; en 1865, cuando apenas tenían siete años, sus padres alquilaron los dos cuartos segundos de la misma casa. La proximidad, el contínuo trato de vecinas y la simpatía estrecharon íntimas relaciones, no interrumpidas una hora en nueve años; juntas se desarrollaron; juntas sintieron la primera palpitation de sus corazones. Sí; porque en un mismo instante, dominadas por idéntica impresion, agitó el amor sus almas; el amor estrechó los vínculos de la amistad.

Los padres de Elena y de Piedad tenían dos hijos; inclinados á la carrera de las armas fueron al colegio de Valladolid, de donde salieron de alféreces de caballería. Alberto Puente y Leopoldo Molina corrieron por España algun tiempo, y hacía un año que habían vuelto á Madrid, destinados de tenientes á un regimiento de lanceros.

Y en ese año sucedió lo que suele suceder á los jóvenes que se ven á todas horas. Alberto acoderó del corazón de Elena, y Leopoldo del de Piedad, sin que sus madres enteradas desde el primer momento de la correspondencia amorosa, la contrariaran, pues vieron con placer, que iban á estrecharse más los lazos de las dos familias.

Ya introduje al lector, en una tarde de Diciembre de 1874, en el gabinete de la casa de Puente, donde Elena y Piedad preparaban sus trajes para el sarao que daba aquella noche la Condesa del Rio; risueñas ilusiones deslumbraban la fantasía de las dos niñas, que iban á hacer su entrada solemne en el gran mundo; y fácil es

calcular que no pensaban ni hablaban ha más que de la música y de la animación de los salones, que veían por el prisma del primer ensueño de la juventud.

Había, sin embargo, diferencia entre la agitación de ambas. Elena se animaba con la idea de lucir sus galas por agradar á Alberto; Piedad amaba á Leopoldo, pero soñaba en el momento de confundirse con la turba que había de contemplarla y de celebrar su belleza; y no era en ella este deseo sentimiento de coquetería, sino necesidad de dar expansión á su alma, demasiado comunicativa; la inquietaba la curiosidad por ver lo desconocido.

Para apreciar mejor á las jóvenes, oigamos el diálogo que entablaron después que Piedad quitó de sus hombros la berta de encajes.

—Han dado las cinco,—dijo Elena,—y aun tenemos que peinarnos y arreglar las coronas de flores.

—Por desgracia, nos sobra tiempo,—repuso Piedad,—pues parece que el reloj se empeña hoy en andar muy despacio. ¡Quisiera que el tiempo tuviese alas!

—¡Qué impaciente eres! ¡Te acabas la vida con la viveza de tu génio!

—¡Quién fuera como tú! Estoy segura de que si ahora te prohibieran ir al baile, te quedarías conforme, sin estrenar tu vestido de seda, sin pisar los salones de la Condesa y sin oír la música.

—No, Piedad; me disgustaría quedarme esta noche en casa, pues tengo deseos de ver un baile; pero me conformaría pronto si Alberto me acompañaba.

—¡Vaya! No puedes querer á Alberto más que quiero á tu hermano; pero nada tiene que ver el amor con la satisfacción de una fiesta tan inocente, en que hemos de gozar tanto; ¡porque pienso divertirme mucho, Elena! ¡Eso no es pecado!

—Conociendo tu carácter y el de Leopoldo, temo que éste sufra allí viéndote obsequiada.

—Discurres siempre como las viejas, mi querida Elena. ¡Quién pudiera quitarte ese defecto!

—¿Qué dices?

—Es claro; siempre me estás sermoneando, como si no contaras los mismos años que yo, y como si temieras alguna imprudencia por

mi carácter alegre.

—¡Ay, Piedad! Por instinto comprendo que toda la reflexión es poca para vivir en el mundo sin peligro.

—¡Ea! Ya estás en el púlpito; naciste para misionera, pero no tienes ni edad ni figura para predicar.

—¿Por qué?

—Porque para sermonear es preciso ser un vejestorio, tener la cara arrugada, el gesto y los ojos feroces, y tú tienes una cara muy bonita para que nadie haga caso de tus reflexiones.

Piedad abrazó á su amiga, que le dijo con su tono siempre sentencioso:

—Porque te quiero como hermana, me permito aconsejarte. Leopoldo te ama con idolatría, y como es algo receloso...

No, Elena—le interrumpió riéndose;—sobra á esa palabra la primera sílaba: tu hermano es celoso.

—Y si lo es, correspondiendo á su cariño, ¿por qué no estudias la-manera de calmar su espíritu?

¡Bueno fuera! Leopoldo no tiene el menor motivo de queja de mí, porque no pienso más que en él; pero siempre me está acechando desde sus balcones para ver si me asomo á los míos, y no puedo nombrar á ninguno de sus amigos de casa sin que me ponga un gesto de maestro de escuela enojado; ¡y eso no es justo! Mientras no haya causa, no debe atormentarse ni atormentarme.

—Él no puede remediarlo; es defecto de su carácter.

—Pues es preciso que lo remedie, porque cada vino tiene su carácter, y el mio es comunicativo, sin que nada ni nadie le robe uno solo de mis pensamientos, una sola de mis miradas.

—Lo sé, querida mia; no puedes esconderme tus impresiones; leo en tu corazón, como tú en el mío, y no ignoro cuánto amas á mi hermano; pero sé también que él sufre.

—Hace mal, Elena. ¿Quieres creer que desde que me convidaron al baile frunció las cejas y se puso de mal humor?

—Tú lo dijiste: es celoso.

—Pero ¿de quién tiene celos?

—De todos los hombres.

—¡Eso es insufrible! Cuando nos casemos, no he de encerrarme en una celda para hacer vida monástica; mamá dice que debo entrar

en el mundo para aprender á tratar con las gentes. ¿Por qué desconfía de la mujer que le ama?

—Los celos...

—Ya le quitaremos esa manía—dijo Piedad riéndose;—él se convencerá de que pierde el tiempo en dudar de mí. Además, cuando me vea esta noche en traje de baile, hecha un figurin del *Correo de la Moda*, se regocijará, y como todas mis preferencias serán para él, aunque baile con otros, acabará por tranquilizarse.

—¿Vas á bailar con otros hombres?

—Por supuesto; mamá dice que es de mal tono consagrarse en los salones á un hombre, aunque éste sea el novio. ¡Seríamos la fábula de los concurrentes!

—Vale más que no bailes ni con Leopoldo ni con ninguno.

¿Estás loca? ¿Dejar de bailar? ¡Pues si deliro á la idea de seguir el compás y de aturdirme con el ruido de la orquesta!

Elena hizo un gesto expresivo, y Piedad le preguntó:

—¿Por qué haces esa mueca? ¿No piensas bailar?

—Sí.

—Entónces...

—Ten en cuenta que Alberto no es celoso como Leopoldo.

—Pues que aprenda tu hermano del mío.

—Silencio, Piedad; ha sonado la campanilla, y deben ser ellos.

Los ojos de las jóvenes se animaron al sentir pasos en la sala; abrióse la puerta del gabinete y aparecieron Alberto Puente y Leopoldo Molina, que estrecharon las manos de sus amantes con la satisfaccion pintada en los rostros.

—¡Hola!—dijo Alberto.—Ya veo aquí todo preparado; van ustedes á llamar la atencion en los salones de la Condesa.

¿Qué te parece mi traje, Leopoldo? Preguntó Piedad con la cara muy risueña.

—Bien—contestó el jóven encogiéndose de hombros, en ademan de indiferencia.

—¡Qué disgustado vienes! ¿Te ha pasado algo?

—No le preguntes, Piedad—repuso Alberto sonriéndose,—porque está hoy destemplado. ¿Quieres creer que no tiene ganas de ir al baile?

—¿Por qué?—preguntó Elena.

—No sé; pretexta que como mañana entramos de semana en el cuartel, hay que madrugar, y no es agradable el servicio militar despues de una mala noche.

—¡A los veinte años!—exclamó Piedad.

—A los veinte años!—observó Leopoldo—quiere un hombre su cuerpo lo mismo que si tuviera cuarenta.

—¡Parece imposible!—dijo Elena.

—Vamos—agregó Piedad con tono afectuoso;—no me quites la ilusion de estrenar mi vestido celeste, pues si no vas al baile, tampoco iré yo.

La fisonomía de Leopoldo se animó con aquellas frases lisonjeras de su amante, y cogiéndole una mano, dijo:

—No te robaré tu ilusion, Piedad; iremos al baile.

—Gracias; me habías alarmado. ¡Ya verás cuánto nos divertimos!.

Y los cuatro jóvenes se prepararon para asistir al sarao de la Condesa del Rio.

## II

El gran baile de la Condesa estuvo magnífico, y entre las bellezas que llenaban los salones, precioso ramillete de flores, llamaron la atencion dos botones de rosa, apenas entreabiertos, que aparecían por primera vez en el jardin del mundo... Pero dejemos dormir á Piedad y á Elena, que el cansancio de la fiesta y la agitacion natural de nuevas emociones exige el reposo, y vamos á otra parte, donde nos llama el deber de fieles narradores.

Llevo al lector al antiguo cuartel de Guardias de Corps. Entramos, sin permiso de los centinelas, en el cuerpo de guardia, donde hay algunos oficiales de Caballería prestando servicio; á pesar de la animacion que reina en todas partes cuando se encuentran reunidos varios jóvenes, hay allí uno, recostado en un sillón, con la cabeza apoyada en la mano, en actitud de profunda meditacion.



—¿Qué le pasa al teniente Molina.—preguntó un alférez.—Parece que hoy pisó mala yerba,

El oficial aludido no se movió.

—¿Qué es eso, Leopoldo?—añadió otro alférez de su escuadron.  
—¿Te echó algun *trepe* el coronel? Si es así, no hay más que tragar saliva, compañero.

El teniente siguió inmóvil.

—Leopoldo es militar exacto, y nunca da motivo para recibir reprensiones de sus jefes—dijo un teniente que á la sazón entraba en el cuerpo de guardia.

—¡Hola, Puente! Siempre sales á la defensa de Molina.

—Leopoldo es mi hermano.

—Entonces, sabrás lo que tanto le preocupa.

—Ya lo creo; su preocupacion tiene otro nombre.

—¿Cuál?

—Sueño—contestó Alberto riéndose.

—¡Vamos! ¿Hubo velada?

—Sí: fuimos al gran baile de la Condesa del Rio, de donde salimos al amanecer, con el cuerpo rendido; y no nos hizo gracia, en vez de meternos entre sábanas, cambiar el *clac* por el *chascás*, el frac negro por la levita azul, y los guantes de cabritilla por los de ante, para venir al cuartel á cuidar del pienso de los caballos.

Alberto se acercó á su amigo y le tocó en el hombro para preguntarle en voz baja:

—¿Qué tienes, Leopoldo?

—Nada—contestó éste con desden, sin levantar la cabeza.

Puente marcó en un gesto el disgusto por ver abatido á su compañero, comprendiendo la causa de aquella preocupacion, que había calificado de sueño para que los oficiales no le molestaran, y evitar una escision, fácil de promover por el carácter violento de Molina.

Tiempo es ya de fijarnos en los dos jóvenes que tan importantes papeles deben representar en esta narracion, como miembros de las familias que tan estrechamente unidas vivían en la casa de la calle delas Infantas. Compañeros desde niños, se querían como hermanos.

Alberto Puente era noble, reflexivo, con el corazón de un hombre y el alma de un niño; la bondad era en él ingénita; era capaz de pelear con el valor de un león y de llorar con la ternura de una mujer. Los jefes les distinguían por su puntualidad en el servicio y por el respeto que guardaba á la ordenanza, pues para él era sagrado el pundonor del militar. Adoraba á sus padres y á Piedad; amaba con delirio á Elena; y después de Elena y de sus padres, quería como hermano á Leopoldo.

Alberto, á los veinte años era hermoso; no había en el regimiento de lanceros oficial que llevase el uniforme con más gallardía, y cuando pasaba á caballo por las calles, muchas niñas se asomaban á los balcones para verle; pero como Alberto no pensaba más que en Elena, ninguna mujer robaba á ésta una sola mirada de aquellos magníficos ojos negros; y aunque Elena no hubiera dominado por completo el alma del jóven, como domina casi siempre el primer amor, él no le hubiera hecho traición, porque era esclavo de sus deberes.

Leopoldo no tenía más amigo que Alberto; su carácter susceptible se arrebatava hasta la locura en la excitación de sus pasiones, que se desbordaban fácilmente; amaba con frenesí á Piedad, pero dudaba de ella; no sabiendo apreciar el génio en las personas que trataba, su suspicacia le perdía, y sin la bondad natural de su único amigo, que aprendió á contenerle en sus arrebatos, más de una vez se hubieran roto los lazos de tan entrañable afecto; pero cuando su razón recobraba la calma, pedía perdón á Alberto, porque en el fondo Leopoldo era bueno.

Su figura era agradable en la apariencia, pues como el mar cuando se encrespa, su fisonomía tomaba un aspecto de temible fuerza, sin que le valieran los consejos de su compañero, que en diferentes ocasiones se había interpuesto para evitar que su espada, que saltaba en seguida de la vaina, le expusiera á lances comprometidos.

Alberto estaba inquieto, porque en el baile observó á Leopoldo, comprendiendo la agitación de su espíritu, y temió por Piedad, que podía ser víctima de alguna inconveniencia de su amante, por más que ella no diera motivo. Leopoldo, en el baile se contuvo en los límites de la buena educación, pero después, la tormenta rugía

sorda en su pecho y amenazaba estallar con violencia; su compañero le conocía bien y callaba, proponiéndose, cuando estuvieran solos, calmar con sus buenos consejos aquella injustificada excitación.

La fisonomía de Leopoldo se fué nublando á medida que las horas pasaban, y maquinalmente cumplió con el servicio militar; á las nueve de la noche, hora en que los oficiales se retiran del cuartel, salió sólo, y sin duda para respirar el aire libre ó para buscar expansión á su atribulado espíritu, se dirigió al campo por el portillo del Conde-Duque.

Un oficial le siguió á alguna distancia, envuelto en su capote, porque la noche estaba muy fría. Lejos ya de la ciudad, oyó Leopoldo que le llamaban; sorprendido, volvió la cabeza y marcando en su rostro un gesto de profundo disgusto, dijo:

—¿Por qué me sigues, Alberto?

—Para tranquilizar tu ánimo; creo que es locura venir al campo á estas horas.

—Me sofoco en las calles, y busco aire, mucho aire para mis pulmones oprimidos.

—Ven—dijo Alberto con cariño, cogiéndole del brazo.—¿Qué tienes?

—Nada—contestó con aspereza.

—Soy tu amigo, soy tu hermano, y tengo derecho á pedirte explicaciones.

—A nadie concedo ese derecho; déjame.

—¿Te has vuelto loco, Leopoldo?

—No sé; quiero estar solo.

—Y yo no quiero dejarte, porque es deber del cariño aplicar bálsamos á las heridas de los amigos.

—¡Las heridas!... ¡Ay, Alberto! ¡Sufro mucho!

—¿Ya suspiras? Ahora podemos entendernos; ábreme tu corazón.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque, como siempre, dirás que no tengo razón.

—Eres injusto conmigo, porque estás ofuscado.

—No, Alberto; la herida de mi pecho es profunda y no tiene cura.

—¿Quién te hirió de modo tan cruel?

—Piedad.

—¿Mi hermana?... ¡Deliras, Leopoldo!

—¡No!

—Piedad te ama con todo su corazón.

—Esa es una frase gastada para engañar á los necios.

—¿Dudas de mí?

—¡Dudo de todos!—exclamó Molina con desesperación.

—¿De mí también?—preguntó Alberto con sentimiento.

—Tu hermana no me comprende; mejor dicho, tu hermana no me quiere.

—Estás loco; te lo repito.

—No estoy loco—gritó Leopoldo exasperado.—

La mujer que ama no va á un baile á reírse y á gozar con las miradas de los hombres, á entregarse en sus brazos para seguir el compás, sin notar que el corazón de su amante se rompe en pedazos á impulsos de un fiero desengaño.

—Leopoldo, en tu ceguera ofendes á mi hermana, pura como la más pura de las mujeres. Elena, á quien amo con delirio, bailó anoche con otros hombres, sin que me quejara, porque el deber social...

—Peor para tí—interrumpió Molina bruscamente—si te conformas con eso que llamas deberes. ¡No puedo, no quiero conformarme con ellos!

—Culpa á la sociedad...

—¡No!—prorrumpió Leopoldo desalentadamente.—A quien culpa es á Piedad.

—¡Leopoldo!

—¡No quiero callar, porque necesito dar desahogo á mi justa cólera! ¡Tu hermana es una coqueta!

—¡Leopoldo!... ¡Oh! ¡Eres un insensato!

—¿Insensato yo?... ¡Ah!...

Molina, frenético, levantando la mano, la dejó caer sobre la mejilla de su hermano Alberto, que lanzó un rugido feroz, como el león de las selvas cuando se siente herido, y llevó el brazo derecho á la empuñadura de su espada; pero permaneció en aquella actitud hostil algunos segundos, en que la sangre, agolpada á su cabeza,

fué bajando poco á poco y devolviendo la tranquilidad á su espíritu. Entonces dijo:

—¿Qué has hecho, Leopoldo?

—¡Castigar tu atrevimiento! ¡Devolverte el insulto!

—Olvidaste que soy tu hermano, y no quiero olvidarlo; entre nosotros no puede levantarse el fantasma de la muerte que evocaste con tu insensata conducta.

—¡Insensata!... ¿Otra vez?

—Sí, otra vez, Leopoldo. Sólo tú en el mundo, habiendo manchado mi honra, existirías todavía. Te perdono la ofensa que inferiste á mi hermana; te perdono la que acabas de inferirme, porque estoy seguro de que la razon acude ya en tu auxilio y vas á tenderme los brazos. No podemos reñir; dime que aceptas el perdon que te concedo.

—¡A nadie me humillo!—exclamó Molina, verde de cólera, desenvainando su espada.

—¿Qué haces Leopoldo? Vuelve en tí; no podemos cruzar nuestras armas. ¡Dios y nuestras familias nos están mirando!

—¡Defiéndete, Alberto!

—¡No!—gritó éste, cruzándose de brazos.

—¿No te bates? ¡Eres un cobarde!—dijo azotándole el cuerpo con la hoja de su acero.

—¡Ah! ¡Esto es demasiado!—exclamó Alberto fuera de sí.—¡En guardia, en guardia, y Dios te perdone!

Sacó la espada, y se arrojó sobre su agresor, que paró el golpe que iba al corazon. La luna, que alumbraba débilmente, envió entonces un rayo que iluminó de lleno la cara de Leopoldo; y su amigo, su hermano, sintió que el acero se le caía de la mano; volvió en sí, y púsose á la defensiva, pero su contrario le acosaba ciego, no oyendo las voces que le daba para que suspendiera sus golpes; en una parada, presentó Alberto el arma horizontal y tocó en seguida con el puño el pecho de Leopoldo Molina, que cayó, exhalando un gemido sordo.

Alberto dió un grito espantoso y se arrojó sobre el cuerpo de su amigo, que tenía en los ojos marcada la muerte.

—¡Hermano mio!—exclamó con el arrebató del demente.

El rayo de luna alumbraba la cara de Leopoldo; no había en ella ni la expresión del dolor de la herida, ni las contracciones de la ira; la reacción se había verificado en aquel momento supremo. Parecía el ángel del consuelo. El moribundo tendió la mano derecha, y cogiendo la de su amigo, le dijo con expresión de ternura:

—¡Me he suicidado!.... ¡No hay remordimiento para tí en mi muerte!.... ¡Pobre Piedad!... ¡Pobre madre mia!.... ¡Perdóname!

—¡Ah, no! ¡Morir tú!.... ¡Leopoldo!....

Alberto cogió la espada por la empuñadura y la sacó del cuerpo de su amigo, que dobló para siempre la cabeza. Entonces le besó en la frente, y dió á correr por el campo como un loco, pidiendo á la lima y á los árboles, únicos testigos de su desgracia, la vida de aquel hombre sacrificado á la ley del honor; pero la luna seguía enviando tranquilamente sus rayos á la tierra, y los árboles seguían agitando mansamente sus hojas, sin tomar parte en su dolor, sin prestarle un consuelo.

Volvió Alberto en sí, y acercándose de nuevo al cadáver, permaneció algunos minutos inmóvil, con los brazos cruzados, contemplándole; después dobló una rodilla en tierra, colocó el puño de su espada sobre la frente de su amigo y pronunció con tono solemne estas palabras:

—¡Juro sobre la cruz de esta espada no volver á ceñirla, ni medir mis armas con ningún hombre, aunque la sociedad se desplome encima de mi cabeza!

Besó otra vez aquella frente, que guardaba un juramento sagrado, y enderezó sus pasos hacia la ciudad. Cuando llegó al portillo, tuvo que detenerse para enjugar sus lágrimas. ¡Lloraba como un niño!

Detrás de aquella tapia le aguardaba el mundo; el mundo, que en aquel lance de honor podía ver un crimen; pero no había más testigos que la luna y los árboles, y éstos no comparecen en juicio. ¡Era preciso vivir!...

En su casa le aguardaban su madre y la madre de Leopoldo; su amada Elena, hermana del muerto; su hermana Piedad, amante de Leopoldo.

Un río de sangre había separado á aquellas dos familias, unidas, al parecer, por eternos lazos.

### III .

Han pasado cuatro años.

Cuatro años, para la corriente de los sentimientos, representan un siglo en la existencia agitada de la corte, donde vemos cruzar las figuras como en perpetuo panorama, sin que lleguen á fijarse las impresiones que producen en el alma.

En Madrid, las gentes se confunden, se abrazan, se tutean sin conocerse las más veces; y así se separan y dejan de verse sin echar de ménos ni su presencia ni su trato.

En provincias es otra cosa; deslindados los campos, las personas se conocen, y por tanto, se reservan para no entregarse. La familiaridad es peligrosa, sobre todo en los grandes centros de poblacion, donde es fácil preparar sorpresas que afectan á nuestra honra ó á nuestro bolsillo.

El olvido es un agente poderoso que nos favorece en las situaciones difíciles; cuesta poco olvidar al amigo que en la conversacion ó en las cartas llamamos *querido*; á ese amigo que nada nos interesa, á quien prestamos un duro haciendo una mueca de disgusto, á quien, por cumplir con un deber social, vamos á despedir al tren cuando viaja, y á quien, por último, si se muere, seguimos detrás del carro fúnebre pie le lleva al cementerio, sin que en nuestra pupila sintamos el calor de una lágrima escondida. En el teatro de la vida jugamos á *los amigos* como los actores en la escena copian á *los amantes*; representamos bien los papeles, simulando á la perfeccion el sentimiento. Todos nos engañamos; todos lo sabemos y vivimos contentos y conformes con esa mentira social.

El olvido es moneda corriente en lo que por mal nombre llamamos *amor*. Cuesta más trabajo querer que olvidar, y esto, que parece paradoja, se explica fácilmente en la práctica del mundo; el amor nos obliga á estudiar un papel, á sufrir contrariedades; en una palabra, á mentir; mientras que el olvido es espontáneo y nos deja libres de trabas que molestan. Unos hacen el amor por costumbre;

otros, por entretener el tiempo; otros, por satisfacer la vanidad, y no pocos, lo que es peor, por dar gusto á su p rfido instinto de destruir sentimientos y de herir corazones. Los que aman sin amar, se engaan ellos mismos y pierden el juego.

Se ha escrito tanto sobre el amor, que sería imposible dar una nueva definicion de ese afecto. Yo también me permití describirlo hace muchos años, más de los que quisiera contar; al calor de la primera juventud, siempre presuntuosa, escribí este pensamiento en mi novela *Anatomía del corazon*:

«El amor es un pozo de agua cristalina, pero la humanidad lo revuelve y saca sólo el cieno del fondo.»

Mi querido amigo Severo Catalina escribí en aquellos dias sobre mi mesa de la redaccion del periódico político *El Estado* un libro que nunca morir , más afortunado que su insigne autor: *La Mujer*. En una de sus páginas honró el pensamiento de mi novela, que, segun su frase, «encierra un mar inmenso de desconsuelo.» Y como correctivo   mi apreciacion, puso al pié de la máxima estas líneas, que nunca se borrar n de mi memoria:

Con permiso del galante *anatomista del corazon* donde dice *la humanidad*, hubiéramos escrito nosotros: *la juventud veleidosa y descreida del siglo XIX*.

«Esto nos parece más exacto. *Amicus Plato, sed magis amica veritas.*»<sup>3</sup>

El consejo de tan docta pluma abrió nuevo horizonte   mi inteligencia. Y corolario de aquella rectitud en la manera de pensar ha sido mi propaganda posterior en pro de la mujer y de la familia.

Acaso me señale alguno con desconfianza los renglones en que acabo de consignar principios contrarios   la amistad y al amor; pero  libreme Dios de lastimar ni con el pensamiento la pureza de los legítimos afectos! El amor y la amistad son las dos cuerdas de mi lira que siempre hirió mi alma con el entusiasmo de la verdad.  Acaso eso que en el mundo se llama amistad y amor est  en consonancia con sus nombres?  Acaso los verdaderos sentimientos se ensayan para representarlos con propiedad? No vemos á los hombres cambiar de mujeres y de amigos, como los actores se mudan de trajes para aparecer en la escena?  Pobres mujeres que se dejan prender en las redes de esos histriones, pues quedan



llorando su desventura, y oyen el aplauso que se tributa al vil que las abandona á su desesperacion, llevando un inglorioso triunfo como trofeo! ¡Eso no es amar!...

No quiero aceptar la desconsoladora expresion del desgraciado poeta cubano Plácido, que escribió á su esposa en la capilla estas palabras: «No dejo memorias á ningun amigo, porque sé que en el mundo no los hay». Tampoco diré con San Jerónimo que «el amor no es más que un olvido de la razon.»—¡No! Rendí ferviente culto á la amistad y al amor, y ese culto me inspira estas páginas.

El olvido sería un bálsamo para las heridas del alma si el alma se dejara curar; el alma es rebelde á todo tratamiento; cuando el mal se apodera de ella, termina con la muerte.

La amistad tiene en el corazon un trono; el amor, un templo. Si la etiqueta y la mentira social se disfrazan en el mundo para profanar los sentimientos, respetemos á los que hacen de la amistad un sacerdocio y del amor una religion. ¡El corazon tiene sus mártires!

En el mundo están.—¡Paso á Alberto Puente y á Elena Molina!

## IV

El reloj colocado sobre el mármol de la chimenea, en el elegante gabinete de una casa de la calle de Recoletos, de Madrid, dio doce campanadas, y el agudo timbre sacó de su enajenacion á cuatro personas que á aquella hora se hallaban allí reunidas, en una noche de Febrero de 1879.

En la chimenea no había más que brasas, pues los troncos se consumieron, sin que los reemplazaran con otros para sostener la llama. Á la derecha, en un sillón, dormitaba una señora. A la izquierda, sentados en una marquesita, dos jóvenes hablaban poco, pero se miraban mucho, y adivinábase que para comprenderse no necesitaban comunicarse con palabras; eran dos amantes que se veían todas las noches, y viéndose, se consideraban felices,

invadiendo el porvenir. En un diván se hallaba recostado un joven que no dormía ni estaba despierto; con la cabeza apoyada en la mano derecha, y con la izquierda escondida entre la camisa y el chaleco, ó meditaba profundamente, ó se hallaba poseído de alguna preocupacion.

La campana del reloj hizo abrir los ojos á la señora, levantar la cabeza al joven del diván, y poner en pié al amante, como si hubiera oído el toque de retirada; estrechó con efusion la mano de la jóven, diciendo solamente:

—Hasta mañana, Piedad.

Lo que faltaba de expresivo á la frase lo completaron sus ojos. Y de los lábios de Piedad salió otra frase expresiva, disfrazada con esta lacónica y vulgar despedida:

—Adios, Patricio.

El llamado Patricio saludó á las otras dos personas, y salió del gabinete; la traidora cortina de damasco de la puerta, al levantarse, sirvió de pantalla para cortar la corriente eléctrica de la última mirada: mirada que tiene solucion de continuidad, pues se envuelve en los pliegues de la capa del amante que se va, y revolotea alrededor de la almohada de la amada que se queda.

—¿Qué tienes, Alberto?—preguntó la señora al jóven.

—Nada, madre mía—contestó él encogiéndose de hombros.—Lo de siempre.

—¡Parece imposible! ¡Encerrado en casa á tu edad!

—No te sorprenda mi retiro; el mundo no me ofrece atractivos.

Interrumpió el diálogo un criado, que presentó á la señora una carta en una bandeja de plata, retirándose en seguida.

Rompió ella el sobre, y pasando la vista por una tarjeta litografiada, dijo:

—La Condesa del Rio nos convida para su gran baile del mártes.

El joven se estremeció, y ocultando su impresion, repitió el nombre, sin saber lo que decía:

—¿La Condesa del Rio?...

—Sí. Demasiado amable es con nosotros, pues siempre nos invita, á pesar de que hace cuatro años no asistimos á su salon.

—¡Cuatro años! repitió Alberto, pasándose las manos por los ojos.

—Bien me acuerdo—dijo Piedad,—allí hice mi entrada en el mundo, la víspera de la muerte del pobre Leopoldo.

Alberto dió dos vueltas en el diván, como si le hubieran pinchado en el cuerpo con alfileres, y exclamó:

—¡El pobre Leopoldo!... ¡Bien pronto le olvidaste, Piedad!

—¡Pronto!... ¿Estás loco?... Sentí mucho su desgracia, pero no había de llorarle toda la vida. Y bien mirado, hermano mío, estoy convencida de que no hubiera sido feliz con Leopoldo, porque tenía un carácter insufrible.

Alberto Puentes suspiró para esconder el daño que en su espíritu abatido hacían aquellas palabras, pues despertaron un recuerdo espantoso.

—Era yo entonces una niña,—continuó Piedad,—y me dejé impresionar sin darme cuenta de lo que hacía. Ahora es otra cosa; no negarás que he hecho buena elección, pues Patricio es un hombre encantador. No es verdad, mamá?

—Sí, hija mía.

—Por supuesto, iremos al baile de la Condesa; ya es tiempo de cumplir con ella y de salir de este encierro á que estoy condenada por tu propósito de huir del mundo y por las rarezas de mi hermano. ¿Me complacerás?

—Yo no, Piedad; pero Alberto, siempre cariñoso contigo, te llevará al baile.

—¡Nunca!—exclamó el joven con ímpetu.

—¡Eres muy cruel!—dijo Piedad.

Y levantándose con aire de mal humor, salió del gabinete, sin depositar en la frente de su madre el beso con que todas las noches se despedía al irse á acostar.

—Ya lo ves, Alberto,—dijo la señora;—tu hermana se va enojada contigo. ¿No quieres acompañarla al baile de la Condesa?

—No—contestó secamente el joven.

—¿Por qué?

—No me lo preguntes.

—¿Por qué?—repitió ella con un tono un tanto severo.

—No puedo decirlo; es mi secreto.

—¿Secretos conmigo?

—Sí, madre mía; sufro mucho; hace cuatro años que vivo muriendo.

—¡Tú sufres, hijo del alma!—exclamó la madre acercando su sillón al diván y cogiendo entre sus manos las de Alberto.—¿Hace cuatro años?...

—¡Sí, sí! ¡Cuatro años de tormentos!

—Esa es la época de la muerte de tu amigo Leopoldo Molina.

—¡Calla por Dios, madre mía!

—¿Qué te pasa, Alberto? Pon la mano aquí, sobre mi corazón, y sus violentos latidos te dirán lo horrible de mi angustia. Hasta ahora creí que, por ser demasiado impresionable, la muerte de Leopoldo produjo una revolución en tu ánimo; ví muchas veces tus ojos escaldados por el llanto que en vano querías ocultar; te ví inquieto, agitado, huyendo de las gentes; en tu ofuscación abandonaste sin motivo á Elena, que te adoraba y de quien estabas locamente enamorado; pediste el retiro, cortando tu carrera en los primeros años de la juventud, dando lugar á comentarios que te favorecían poco, y por último, te encerraste en casa como un ermitaño; pero esas palabras que se han escapado ahora de tus labios me explican que existe una causa grande para tu trastorno moral. Como madre, como amiga, te pido por Dios que me abras tu corazón. Si en tu corazón hay algún pesar, debo saberlo. ¿Acaso tienes derecho á sufrir solo tus dolores? ¿No soy tu madre?

Alberto se llevó el pañuelo á los ojos, más para esconder que para enjugar las lágrimas que querían saltar, en la explosión que amenazaba á su alma.

—Sí, madre mía; llevo en el corazón una pena que me ahoga; no sé si es la pérdida de un afecto, ó el grito del remordimiento el que me atormenta.

—¿El remordimiento?.... ¡Ah! ¿Qué es lo que presiento?... ¡Habla, Alberto, habla!

—¡Las paredes oyen!—murmuró el joven, sobresaltado, mirando á los cuatro ángulos del gabinete.

—¡Dios mío!—prorrumpió la madre con espanto.

Y levantándose precipitadamente, cerró las puertas, corriendo los pestillos.

—¡Estamos solos, Alberto! ¡Habla! ¡Cuéntamelo todo!

El joven cogió con ambas manos la cabeza de su madre, y dándole un beso en la frente, la acercó á su pecho. Hubo un minuto de silencio, en que no se oía más que el fuerte latido de dos corazones, y siguiendo su compás, el seco *tic-tac* del reloj, que hacia estremecer á la madre y al hijo, creyendo sin duda que aquel testigo tenía lengua para delatarlos.

—No me falta valor para oírte, Alberto. Quiero saberlo todo, todo.

—Todo lo sabrás; necesito desahogar mi alma y mi conciencia; mi secreto ya no cabe en el corazon, que revienta con su peso.

—Empieza—dijo la madre, temblando como el reo que va á oír su sentencia.

Alberto lanzó un profundo suspiro, se limpió el sudor de la frente, y dijo:

—La muerte de Leopoldo está envuelta en el misterio; la justicia sobreseyó en la causa, no pudiendo encontrar al matador.

—¿Quién fué el asesino?—preguntó la señora de Puente con el ánimo suspenso.

—¡Asesino!—exclamó el joven.—¡No! Leopoldo Molina sucumbió en combate leal, en el campo del honor, víctima de una ofensa que infirió estando loco.

—¿Quién le mató?

—Yo.

—¡Ah!...

La madre que se había puesto en pié, cayó desplomada sobre la alfombra; Alberto la levantó, prodigándole caricias, y corriendo al tocador contiguo, le hizo aspirar un espíritu, con que consiguió reanimarla.

—¿Tú?...—exclamó la madre con acento de: amargura, acercando sus ojos á los de Alberto.—¿Tú hijo mió? ¿Tus manos están manchadas de sangre?...

Y rompió á llorar.

—Sí, yo... Ahora comprenderás por qué callé., tanto tiempo; temí que no tuvieras valor piara compartir mi pena; temí que me miraras con horror.

—¿Con horror, Alberto? ¡Qué poco conoces lo que puede el corazon de una madre, á donde llega su abnegacion! Ahora nada

temas; somos dos para defendernos y triunfaremos del mundo y de la justicia. Pero quiero saber los detalles de ese horrible suceso.

Alberto refirió á su madre la salida del cuartel en aquella noche, la ofensa inferida por Leopoldo á su hermana Piedad, su acaloramiento, el golpe con que hirió la mejilla de su amigo, la muerte del agresor, y por último, su juramento, causa de haber abandonado á Elena y pedido su retiro.

—¡Sin testigos!-exclamó la madre—¡Podrían perseguirte como asesino!

Al pronunciar esta terrible palabra, el reloj dio una campanada. La madre y el hijo ahogaron un grito, creyendo oír una voz sobrenatural que los delataba; levantóse ella, casi delirante, y acercándose á la chimenea, de un tiron arrancó la péndola, que arrojó al fuego, sin saber lo que hacía.

—¡Eres muy desgraciado, hijo mio!... Digo mal, somos muy desgraciados!

—¡Disculparás mi conducta comprendiendo cuánto habré sufrido en cuatro años. Dios no ha querido oírme, privándome de una existencia que para mí es carga pesada.

—¡No, Alberto! Tú no eres criminal; la ley del honor dictó la sentencia de muerte de tu amigo; su insensatez le condenó. ¡Pobre Elena!

—¡Ah! Me ví obligado á renunciar á ella, el sueño de mi porvenir: la adoraba y la sigo adorando, madre mía; huyo del mundo por no encontrarla en mi camino. ¿Podría yo ofrecerle una mano manchada con la sangre de su hermano, su misma sangre? La veo en mis sueños, y despierto la veo; lucho por olvidarla y su imagen está fija en mi retina y en mi corazón. Sin tí, madre del alma, no sé á dónde me hubiera llevado la desesperación.

—Es preciso vivir, Alberto. Vive para mí; te daré fuerzas y te animaré á luchar. ¿Qué no alcanza una madre? Pero tienes que entregarte á discreción, y me prometo que el porvenir te sonreirá.

—¡Imposible!

—Nada hay imposible. No olvides que la causa podría abrirse de nuevo, y que no te sería fácil probar tu inculpabilidad social escudado con la ley del honor. ¿Seguirás ciegamente mis consejos?

—Sí, los seguiré. Mi *pena* se alivia depositando en tu corazón mi secreto. Dispon de mí.

—Pues bien, desde mañana, vida nueva. Cuando sientas que las lágrimas rebosan en tu pecho, ven á buscarme, y lloraré contigo; pero para el mundo luce una máscara que te ponga á cubierto de toda sospecha. Ríete aunque padezcas; créate nuevos lazos en la amistad; aparenta que olvidas para buscar distracción en el amor.

—¡Eso no es posible!

—Sí, te lo mando. Vuelve al mundo; y con prueba de obediencia, irás el martes con tu hermana al baile de la Condesa.

—¿Al baile?

—Allí te distraerás: todo es dar el primer paso.

Alberto dobló la cabeza sobre el pecho, y dos lágrimas corrieron por sus mejillas.

—Vete á descansar, hijo mío, que es tarde; concibe el sueño, que velo por tí.

El joven besó en la frente á su madre, y salió.

La viuda de Puente corrió á la alcoba, y arrodillándose en el reclinatorio, oró largo rato. Al levantarse, fijó los ojos en el Cristo, y con las manos juntas exclamó:

—¡Dios mío, vela por él!

Y en seguida se acostó mirando á todos lados, porque le parecía que la justicia se filtraba por las paredes para ir á arrebatarse el hijo de sus entrañas.

## V.

El baile de la Condesa del Río estaba brillante; según la expresión antiespañola de los cronistas de la prensa, que iban de un extremo á otro apuntando nombres, toda la *high-life* de la corte encontrábase en aquellos salones, decorados con lujo; las aristocracias de la sangre, del dinero y del talento concurren á lucir sus galas, su

hermosura y sus joyas; la Condesa es una especialidad para *recibir*, no haciendo distincion de personas, lo cual tiene su ciencia en la vida práctica de lo que se llama *el gran mundo*. La misma sonrisa, el mismo agrado, el mismo apretón de manos para todos los que llegaban.

A las once entraron en el salón Alberto Puente y su hermana Piedad, que iba prendida con verdadera elegancia de soltera, sin alhajas de valor, pero con flores naturales que realzaban su belleza peregrina. La Condesa demostró su satisfacción al ver á sus antiguos amigos después de tanto tiempo de retraimiento. Las miradas de los hombres significaron su admiración ante aquella joven desconocida que deslumbraba con sus encantos; Patricio Sanjuán comprendió el efecto que en el mundo hacía la presentación de su amada; pero bien pronto la vanidad se convirtió en otro sentimiento menos noble: tuvo celos de todos los hombres, y hubiera querido sacarles los ojos. Aquella nube se disipó, porque Patricio no era receloso y susceptible como Leopoldo Molina, el primer amante de Piedad.

En cuanto á Alberto, debo decir la verdad, como fiel narrador; todas las mujeres, sin excepcion, miraron con interés al nuevo invitado, que para ellas aparecía por primera vez en los salones; y era natural la impresión favorable producida por nuestro personaje. Alberto Puente, á los veinticuatro años, era un hombre hermoso, de varonil apostura, y el tinte melancólico señalado en los rasgos de su fisonomía por los padecimientos morales en los últimos cuatro años realzaba el atractivo de su persona: habíase vestido con elegancia y llevaba el frac como si toda la vida le hubiera usado, contraía sus labios con una sonrisa que, apesar de ser fingida, era graciosa.

Alberto, aconsejado por su madre, volvía al mundo con el propósito de olvidar sus penas, resuelto á reconquistar la tranquilidad perdida; y á primera vista comprendió que el terreno estaba bien preparado, pues no se escapó á su penetración que las damas cuchicheaban, mirándole de reojo y preguntándose quién era aquel arrogante mozo que poseía el privilegio de robar la atención general.

La orquesta anunció un rigodón. Piedad se colocó en su puesto con Patricio, que pidió á su futuro cuñado le hiciera el *ris-ís-vis*.



Alberto le contestó:

—No puedo complacerte, porque no conozco á ninguna señorita en el salon.

—Eso no es obstáculo—dijo la Condesa, que en aquel momento pasaba á su lado;—presentaré á Vd á la que elija.

—Gracias, Condesa,—repuso él, algo desconcertado por lo difícil de la eleccion.

Pero la eleccion estaba hecha; hacía diez minutos que Alberto se encontraba bajo la presion de dos magníficos ojos que no se apartaban de su persona.

—La música no tiene espera,—dijo ella con su amable sonrisa.—Escoja Vd su pareja.

—Aquella con traje de terciopelo negro y diadema de brillantes—contestó él señalando á una hermosa dama.

—¡Buena eleccion!—exclamó la Condesa.—Valentina es una mujer peligrosa.

—Por qué?—preguntó él maquinalmente.

—Por la seduccion de sus encantos.

La Condesa cojió de la mano al jóven, y deteniéndose los dos delante de la persona designada por Alberto, le dijo:

—Tengo el gusto de presentarte á mi amigo D. Alberto Puente.

Y volviéndose á él, añadió:

—La señora viuda de Crespo.

Cruzáronse las manos de ambos, y Valentina, sin esperar á que él la invitase á bailar, como obedeciendo á fórmula conocida, púsose en pié, y apoyando su brazo en el del jóven, fueron á colocarse enfrente de Patricio y Piedad.

La atencion se fijó en la pareja, y muchas solteras murmuraron de la preferencia que el buen mozo daba á una viuda, que desde aquel momento les fué antipática.

Valentina, dama de salon, acostumbrada al trato social, fué la primera que rompió el silencio, sabiendo que es difícil entablar la conversacion entre personas que no se conocen.

—¿Viene Vd ahora del extranjero?—le preguntó.

—No, señora; viví siempre en Madrid.

—Es extraño; nunca vi á Vd. en los salones, ni en los teatros, ni en los paseos.

—Soy poco afecto al bullicio del mundo; hoy me ha sacado del retiro el deseo de complacer á mi hermana.

—Alguna causa grande influiría directamente en un jóven para ese alejamiento del centro de los placeres.

—¡Quién sabe!... murmuró él casi entre dientes.

Aquellas dos palabras vagas impresionaron el ánimo de Valentina; pero no tuvo tiempo de continuar, porque el baile reclamaba á las parejas.

Al volver á su puesto, dijo ella mirándole fijamente.

—¿Sería indiscrecion preguntar á Vd. el motivo de su retraimiento?

Alberto vaciló, y despues de un instante, atrevióse á contestar:

—Señora, hay sentimientos que se sienten y no se explican.

—¿Misterios?... Vamos: ¿acaso el amor?

—¡Nó, nó, señora!—exclamó él interrumpiéndola vivamente.—¡No amo, no puedo amar!

—¡Es Vd. insensible!

—No lo sé.

—Me interesa el estado excepcional de Vd.—repuso ella, riéndose sin reserva.—Se comprende que un hombre se exprese de ese modo cuando vive encerrado en su casa; pero aquí es comprometido soltar semejante prenda, y difícil sostener su propósito; hay en el salon tantas bellezas provocativas, que los ermitaños correrían el peligro de tener que renunciar á la soledad.

—Viéndola á Vd., Valentina, se comprende toda la verdad de ese aserto.

—¡Hola! Parece que en el retiro no se pierde el instinto de la galantería!—exclamó ella con regocijo que no pudo disimular.

El importuno rigodon cortó otra vez el diálogo, con gran contento de Alberto, que se veía cogido en las redes de una muger superior.

Cuando concluyó la figura, miró Alberto á todos lados, como temiendo que siguiera la conversacion por el camino empezado, y vió enfrente á un jóven que observaba todos sus movimientos y los de su pareja con un gesto que parecía amenazador; de sus ojos se escapaban rayos, y adivinó al momento que aquél era, ó un amante, ó un apasionado celoso; de aquella observacion se apoderó para distraer á Valentina, y cuando ella iba á reanudar el diálogo, le dijo:

—No quisiera ser indiscreto, señora, y mucho menos perjudicar á un tercero.

—¿Qué significa esa indicacion, caballero Puente?

—Veo enfrente de nosotros—dijo él sonriéndose—dos ojos que quisieran destruirme.

—¿Aquel rubio del lente?

—El mismo.

—Es un necio. No me cautivan los hombres rubios.

Alberto Puente era moreno.

Los ojos del jóven rubio chispearon, como si un relámpago los hubiera iluminado. Alberto empezó á sospechar que la Condesa del Rio tenía razon: Valentina era una muger peligrosa.

El rigodon había terminado. La viuda de Crespo tomó el brazo de su pareja, y cruzaban por el salon cuando Alberto se estremeció fuertemente, ahogando en sus labios una exclamacion. Por delante de ellos pasaba una jóven compañada de un caballero que le consagraba el mayor interés, puesto que al entrar en la sala no miraba á las otras damas; aquella jóven, al ver á Alberto; se detuvo un instante como si se le doblaran las rodillas, y se llevó el pañuelo á los ojos, sin duda para destruir la impresion violenta de un mareo.

—¿Quién es esa muger?—preguntó Valentina.

—¿Cuál?

—Esa que tiene el privilegio de herir las fibras de la aparente insensibilidad del ermitaño.

—Es Vd. terrible en sus apreciaciones, señora.

—Poseo un golpe de vista que nunca me engaña.

—Acaso esta vez

—¿Quién es ella?—preguntó Valentina insistiendo.

En aquel instante los detuvo la Condesa, diciendo con su sonrisa de siempre:

—Ya se habrá Vd. convencido, amigo Puente, de que no me equivoqué.

—Es verdad, Condesa—dijo Alberto,—la señora de Crespo es peligrosa.

Como se hallaban enfrente del asiento de su pareja, el jóven hizo á las señoras un saludo cortés, y se retiró.

—Eres afortunada, Valentina—dijo la Condesa;

—todas las damas te envidian.

—Puente es una fiera que tengo que domesticar; pero el triunfo me envanecerá.

—¡Cuidado con las fieras!

—¿Quién es aquella muchacha de traje azul que está sentada enfrente?—le preguntó.

—Es Elena Molina, virtuosa y amable como pocas; la pobre es muy desgraciada; fué prometida esposa de Puente, que la dejó sin motivo, obedeciendo á la veleidad de todos los hombres.

—¡Prometida esposa de Puente!—exclamó la viuda preocupada.

—¿Parece que te interesa el individuo?

—¿Interés?... No sé...

Apenas se separó la Condesa, acercóse á Valentina al rubio de los lentes, y la invitó á bailar el vals.

—No bailo—contestó ella con sequedad.—Estoy cansada.

—Sin embargo, para otras personas más felices no tiene usted disculpa.

—¿Viene Vd. á pedirme cuentas, Tejada?

El jóven se mordió el labio inferior; una vez repuesto de su impresion, dijo:

—¿Puedo saber el por qué, al mirarme, se sonreían, tanto usted como ese caballero favorecido?

—¿Abriga usted la ridícula presuncion de suponer que nos ocupábamos en hablar de usted, amigo Tejada?

—Dos veces me ha llamado usted por mi apellido, cuando antes me llamaba Florencio. La pérdida de la confianza es significativa; y como sabe usted demasiado que la adoro...

—Hablemos de otra cosa, señor de Tejada—interrumpió ella con disgusto marcado.

El jóven rubio, herido en su amor propio por las duras palabras de Valentina, volvió á morderse el labio; y esta vez la sangre saltó; los ojos se salían de sus órbitas. Una tempestad rugía en la cabeza de aquel hombre enamorado, y para ocultar su despecho, abandonó el salon.

Tambien había salido Alberto huyendo de sí mismo; al pasar por delante de Elena Molina, á quien hacía tanto tiempo no veía, su corazon se desbordó y parecía querer romperse. Dió algunos

paseos por el gabinete contiguo sin poder calmar su agitacion, y entre dientes murmuraba:

—¡Qué locura!... ¿Para qué habré venido aquí... ¡Volver á verla!... ¡Qué tormento!

Y acercándose á la puerta del salon, apoyó el brazo derecho en el marco y la cabeza en la mano; aquella animacion, aquella alegría de la fiesta aumentaron su disgusto; tres veces en un cuarto de hora abrió el *clac*, resuelto á marcharse, y tres veces volvió á doblarlo, queriendo convencerse de que estaba allí sujeto por su hermana Piedad, que bailaba contenta con Patricio. Sus ojos no se fijaron ni un momento en la viuda de Crespo, que por cierto no le perdía de vista, renegando allá en sus adentros de la llegada de Elena, que hacía mas difícil el logro de su conquista; pero Valentina no cedía en sus propósitos; la impresion de Alberto había sido violenta, y á las mujeres lijeras les gusta destruir las barreras pesadas. El amor propio es el primer agente de sus deseos.

Los ojos de Alberto estaban clavados en Elena, que, con la cabeza baja, hallábase abstraída, y se entretenía en deshojar el ramillete que llevaba en el pecho, sin hacer caso de los galantes obsequios del jóven que la acompañaba. La sangre de Alberto hervía, y un impulso le arrastró á dar un paso para entrar en el salon y arrojar del asiento al que importunaba á Elena con palabras de afecto; pero retrocedió, diciendo:

—¿Qué voy á hacer?... ¡Tengo celos!... ¿Con qué derecho me acerco hoy á la muger que abandoné sin poder explicarle la causa de mi traicion, que consideraría inicua?... ¡Debe despreciarme!... ¡Y yo... yo la adoro con todo mi corazon!... ¡Qué hermosa está!... ¡Soy muy desgraciado!... ¡Madre mia! ¿por qué me obligaste á verla otra vez?

Su corazon latía con violencia; miraba á Elena, esperando que ella volviera los ojos hácia la puerta; pero en su abstraccion seguía deshojando el ramillete.—Puedo asegurar, sin temor de que mis lectores me desmientan, que la visual de Elena, tija en la alfombra, torcía su direccion para perderse en el marco de la puerta del gabinete; Elena veía á Alberto sin mirarle. La óptica tiene para las mugeres privilegios que la física no sabe explicar.

—¡No me mira!—exclamó él con el acento de la desesperación.— Pero ¿puedo quejarme?... Elena me desprecia, y hace bien.

Y después de un brusco movimiento de cabeza, añadió:

—¡El mal no tiene remedio!...—Hay que ser superior y seguir los consejos de mi buena madre... Olvidemos á Elena, y puesto que Valentina se cruza en mi camino, ofreciéndome el consuelo, vamos á consolarnos...

La amargura con que pronunció aquellas palabras, denotaba que más que el convencimiento las había dictado la desesperación. Las resoluciones extremas son casi siempre consecuencia de la enajenación mental.

Iba á entrar en el salón con la cabeza erguida, afectando aires de conquistador, cuando Florencio Tejada se cuadró delante de él, y mirándole descaradamente de arriba abajo, hizo con la boca un signo de desprecio que encerraba marcada provocación. Alberto se estremeció; era valiente, era fuerte, y sintió que la sangre le subía al cerebro; pero pudo dominarse, y volviendo la cabeza, penetró en la sala, dirigiéndose á la viuda de Crespo, que le esperaba impaciente y con cierto sobresalto, por temor de perder terreno. La noche avanzaba rápidamente, con la rapidez del placer que da á las horas.

La orquesta tocó un vals; Valentina y Alberto se lanzaron á bailar; ella era hermosa, de formas redondas; él ceñía su cuerpo con el brazo; sus manos se tocaban; sus alientos se confundían; y en el giro rápido del vals, le asaltó el vértigo; quería olvidar, y le pareció que olvidaba, que era feliz, después de cuatro años de sufrimientos; la cintura de una mujer hermosa es aliciente poderoso para olvidar. Alberto, bailando con Valentina, pasó por delante de Elena, que se sintió desfallecer, y se retiró del salón, sin que su amante la viera salir. ¡Pobre Elena!

Después del vals, en la fascinación de los sentidos, Alberto se entregó á discreción; de sus labios se escaparon frases galantes, que son nada en sociedad, pero que valen mucho para la mujer de mundo que sabe recogerlas y aprovecharlas.

Alberto y Valentina, embriagados, ni siquiera repararon que había un tercero que con la muerte en los ojos seguía los movimientos

vertiginosos del baile. Era Florencio Tejada, que sentía en el alma la explosión de los celos.

El baile terminó á las cuatro. Al salir, Valentina aceptó el brazo de Alberto y bajaron la escalera; detrás, como una sombra, iba Florencio. La dama entró en su carruaje, y estrechando la mano de Alberto, le dijo:

—Hasta mañana.

Cuando el jóven se incorporaba en el portal á Piedad y á Patricio, se interpuso Tejada, y con tono entre irritado y burlon, le dijo:

—Hasta mañana.

—¡Caballero!... prorrumpió Alberto verde de cólera.

—Me ha mirado Vd en el salon con aire insolente, y no siempre la fortuna protege á los buenos mozos.

—¡Abra Vd. paso!-exclamó Puente con energía.

—Obedezco; pero no olvide Vd. la cita ¡hasta mañana!

Y arrojó su tarjeta á la cara de Alberto.

Este rugió como un leon herido; pero Patricio y algunas personas que salían del baile se interpusieron, evitando una desgracia, pues Alberto tenía fuerzas hercúleas, y Florencio era de poca estatura, delgado y de complexión débil.

—¿Qué ha sido eso?—preguntaron todos.

—Un atrevimiento de ese caballero—dijo Alberto apretando los puños.—Han hecho Vds. mal en impedir que lo tronchara como un junco.

A la inedia hora en los cafés y en el Casino se hablaba del desafío de Alberto Puente con Florencio Tejada. La chismografía se apoderó del suceso, creyendo inevitable el duelo.

## VI

La madre de Alberto y de Piedad no dormía cuando los jóvenes entraron en su casa; las madres no duermen cuando sus hijos

gozan ó padecen; su ambicion es compartir con ellas sus impresiones; y hay que hacer justicia á las madres; cuando el hijo es feliz, le deja entera su satisfaccion; cuando es desgraciado, quisiera arrebatarle las penas para sufrir ella el dolor. La viuda de Puente comprendía que Al. Y sin embargo, aquella hora fatal pesa sobre mi existencia, porque no puedo olvidarla

Y se cubrió los ojos con las manos, acaso para no ver un fantasma, acaso para esconder las lágrimas. Unos instantes despues, púsose en pié con aire resuelto, y dijo;

—¡Es preciso olvidar!... ¡Y olvidaré!... Si el destino sigue en su propósito de lanzarme al abismo, me dejaré llevar de la corriente

Otro hombre se cruza ahora en mi camino y me arroja á la cara nueva provocacion ¡Miserable! ¡me sobra valor, y le mataré!...

Detúvose un momento, y se estremeció.

¡Matarle!... ¡Ah! ¡no es posible! Lo juré solemnemente en aquella noche infausta, sobre el cadáver de mi pobre amigo, sacrificado á la ley del honor... ¡La ley del honor! ¡Qué insensatez! ¡No me batiré! «Juro sobre la cruz de esta espada no volver á ceñirla, ni medir mis armas con ningún hombre, aunque la sociedad entera se desplome sobre mi cabeza.» Estas fueron mis palabras. ¿No tuve valor para quitarme el uniforme, perdiendo mi carrera? ¡Cumpliré mi juramento! ¡Florencio Tejada no alcanzará la gloria de que le mate! ¡porqué le mataría en cuanto se me pusiera enfrente! ¡Villano!

Y volviendo á sentarse, continuó en sus reflexiones:

—¿Por qué me provocó ese hombre?... ¡Ah! lo recuerdo bien: tenía celos de mí porque Valentina me distinguió.... ¡A qué caro precio se pagan los favores de las mujeres!... Tejada estaba celoso, y se comprende el arrebató. ¿No tuve anoche que contener el impulso que me arrastraba á provocar al galanteador de Elena? La reflexion se abre paso; es disculpable el acto poco meditado de Tejada; le abandonaré el campo puesto que Valentina no me interesa, y él entonces, reconociendo su error, me dará cumplida satisfaccion. No me queda otro recurso, porque no puedo faltar al juramento.

Creyéndose tranquilo con aquella reflexion, cruzó una pierna sobre la otra, y cogiendo un álbum de retratos que había sobre la mesa, lo abrió por la primera hoja.



—Aquí está, dijo. Es Elena, la mujer que en mis ensueños juveniles me hizo volar al cielo del amor y escalar el porvenir... ¡El porvenir, que tan negro había de presentarse por los designios de la Providencia! ¡Elena! No amé más que á tí; no puedo amar á otra mujer... ¡Qué hermosa estabas anoche, deshojando el ramillete, como si quisieras decirme que aquellas flores eran las risueñas ilusiones de tu alma, que destruí con mi aleve conducta! ¡Si supieras cuan desgraciado soy! Si llegaras á comprender la causa de mi heroísmo, porque heroico fué renunciar á tu amor, noble ambicion de mi alma, me compadecerías; pero el grito del odio se levantaría entre los dos ¡Nó, Elena! ¡Olvídame, pero no me aborrezcas!

Rendido por el cansancio y las emociones del baile, contemplando el retrato se quedó dormido; y soñó con Elena, encamada en las formas de un ángel. Su sueño fué largo; la vió acercarse á su butaca y refrescarle la frente con el aire de sus alas; allí le dió quejas, llamándole ingrato; él tendía la mano y no podía alcanzarla, pues se apartaba con el vuelo jugueton de la mariposa; por último, sintió arder sus labios con el vapor de su aliento, y fuera de sí, se lanzó á detenerla; pero al ponerse en pié, le despertó el ruido de un objeto que caía sobre la alfombra.

El álbum estaba en el suelo, y se apresuró á levantarlo; al abrir la primera hoja, el retrato de Elena había desaparecido

berto, al volver al mundo, llevando sobre la conciencia el peso de su infortunio y su corazon destrozado por el abandono de la mujer querida, debía haber experimentado emociones profundas, y contó las horas y los minutos esperando el regreso del baile. Desde la terrible revelacion acerca de la muerte de Leopoldo Molina, el continuo sobresalto del temor interrumpía el sueño de la buena madre.

Piedad cruzaba de puntillas por la alcoba para no despertar á su madre; pero su precaucion era inútil, pues sentándose en la cama le preguntó:

—¿Te has divertido mucho?

La jóven corrió á besarla en la frente y en las mejillas y le contestó con entusiasmo:

—¡Mucho! ¡El baile ha estado magnífico!

—¿Y Alberto?

—Bailó dos veces con una señora muy hermosa, á quien acompañó hasta su carruaje,

—¡Hola!—exclamó la madre llena de satisfacción.—¿Conque Alberto bailó?...

¡Vaya! Estaba entusiasmado. ¡Y bien que le miraban las muchachas!

—No me ciega la pasión, hija mía; estoy segura de que no había en el salón otro hombre tan hermoso.

Piedad se sonrió, acordándose de Patricio Sanjuan; pero no se atrevió á salir á su defensa para ponerle en el primer lugar que le daba su fantasía enamorada.

—Allí estaba Elena Molina—dijo la jóven.

—¡Elena en el baile!—exclamó la señora sorprendida.

—Sí: por cierto que en el primer instante su presencia me causó desagradable impresión, acordándome de su desgraciado hermano; después recordé nuestro afecto nacido en la niñez, y cuando pasé por su lado, le tendí la mano, que ella aceptó con efusión; lo pero no nos besamos. Alberto tiene la culpa, pues con su mala acción rompió tan íntima amistad.

—Todo en el mundo tiene su explicación, hija mía. No acuses á tu hermano, porque te expones acaso á ser injusta.

—¡Abandonar á una mujer enamorada!... ¡Si Patricio hiciera eso conmigo, me moriría!

La viuda de Puente se sonrió, y Piedad se fué á acostar, pensando en que todos los hombres, menos Patricio, eran unos pérfidos.

La madre, al quedarse sola, suspiró profundamente, y dijo:

—¡Pobre Alberto!... Se ha acostado sin entrar en mi alcoba por no turbar mi sueño... ¿Cómo pudo creer que yo durmiera en esta noche?... Verdad es que para conocer la manera de sentir de una madre es preciso ser madre... ¿Dormirá tranquilo mi Alberto?... ¡Dios mío! ¡dale un sueño hermoso que borre tantas horas de sufrimientos!...

Y la buena señora se durmió sin sospechar lo que su hijo sufría á aquella hora con la escena del portal, pues Piedad no creyó prudente contarle lo ocurrido.

Alberto no se acostó; su espíritu estaba profundamente agitado; quitóse los guantes y el frac, que arrojó sobre la cama, y envolviéndose en la bata, se dejó caer en una butaca. Después de algunos minutos de meditacion, exclamó, como si hablara con otra persona:

—¿Y qué? ¿tengo la culpa de que el destino se ensañe conmigo? ¿No traté de evitar el duelo con Leopoldo? El honor herido por sus arrebatos me obligó á desenvainar la espada; él mismo lo dijo al morir: «¡Me he suicidado!» ¡Y fué verdad! No quería herirle; era mi hermano; pero la ley del honor se impuso... personas, pero á esta hora por todo Madrid correrá mi nombre, sirviendo de pasto á la curiosidad y á la murmuracion. Estoy comprometido á reñir con ese hombre, á matarle, porque, aunque cerrara los ojos, tengo la seguridad de que mi arma iría á buscar su corazon... ¡Y no-puedo batirme! ¡Mi juramento es sagrado!... ¡No me batiré!

Dió algunos paseos por la habitacion como loco, y exclamó:

—Las gentes me señalarán con el dedo, se burlarán de mí, llamándome cobarde, cuando me sobra aliento para empresas más atrevidas... ¡Eso sería mil veces peor que la muerte!... ¡La muerte! ¡Hé aquí la solucion del problema! Juré no cruzar mis armas, y no las cruzaré; la vida es para mí carga pesada, y puesto que no puedo suicidarme porque soy cristiano, ponga Florencio Tejada término á mis angustias; su mano vengará á Leopoldo Molina. ¡Me dejaré matar!... ¡Vamos en busca de mi salvacion!

Y vistiéndose, salió de casa, resuelto á enviar sus testigos al retador.

## VII

Al cruzar por las calles, parecióle á Alberto que todos le miraban con fijeza, y avivó el paso, pues cada minuto era un siglo para su imaginacion sobresaltada; acariciaba la muerte como fin de los

padecimientos morales de cuatro años, agravados la noche anterior con su vuelta al mundo.

En la calle de Alcalá le detuvo una persona que con afecto le cogió por la cintura. Alberto contuvo un grito, cual si un rayo de luz hubiera iluminado su cerebro.

—¿A dónde vas tan distraído, hijo mio?—le preguntó el que le detenía.

—¡A buscar la muerte! contestó el jóven casi trémulo.

—¡La muerte! ¿Tienes el privilegio de que Dios te avise cuando ha señalado tu última hora?

—Voy á anticiparla.

—¿Te has vuelto loco?

—Creo que sí.

—Te pasa algo extraordinario, que adivino en tus ojos; y eso me explica la causa de que hayas dejado correr tanto tiempo sin ir á verme.

—Es verdad—respondió Alberto meneando la cabeza.—La Providencia no me abandona porque pone á V. hoy en mi camino. Necesito un consejo sabio y prudente; pero ahora mismo.

—Ven conmigo á casa—añadió apoyándose en el brazo de Alberto y doblando por la calle de las Torres.

El padre Martin era un cura anciano, modelo de virtudes y modelo de sacerdotes; más que confesor era consejero; no sólo perdonaba las culpas, sino que dirigía las conciencias; preguntaba lo que debía preguntar, lo que necesitaba saber para conseguir la salvacion de las almas que le confiaban sus secretos. Confesor de la viuda de Puente, desde su juventud, había enseñado la doctrina á Alberto y sembrado en su corazon la semilla de la virtud; el jóven le veneraba. Hé aquí la causa de que creyera providencial su encuentro á aquella hora en que acariciaba la idea de un suicidio simulado.

Entraron en una modestísima casa de la calle de las Infantas, y se sentaron sobre la dura anca de un sofá, el mueble más lujoso de la habitacion.

—Me hablaste de la muerte, hijo mio; deseo saber qué causa extravía tu razon para olvidar que el hombre no puede torcer los designios de la Providencia. Nadie muere hasta que Dios lo dispone.

Alberto dió un grito, exclamando, como si tuviera una pesadilla:

—¡Se fué! ¡La he visto!

—¿A quién?—preguntó su madre, entrando en el cuarto.

—¡A ella!

—A Elena?

—Sí.

—Aquí está, hijo mio.

Y le entregó el retrato, que había quitado del álbum cuando fué á dar los buenos dias á Alberto y le encontró dormido.

—¿Por qué eres cruel conmigo?

—Adiviné tu sueño, y me llevé á Elena para que no pensaras más en ella; pero te oí delirar, y vuelvo á tranquilizarte. ¿La viste anoche?

—Sí, madre mia, la ví, y su presencia despertó recuerdos gratísimos... ¿Para qué me hiciste volver al mundo? ¡Hé sufrido tanto!

—Sé—contestó ella sonriéndose—que las damas te dieron la preferencia, y que bailaste con una muy hermosa.

—¡Ojalá que nunca la hubiera conocido!

—¿Por qué?

—No quiero profanar el recuerdo de Elena. ¡Ella sola reina en mi corazon!

—¿Todavía?

—¡Siempre!

—En el mundo encontrarás, Alberto, el bálsamo que curará esa herida. El mundo tiene remedios para los males que causa.

El criado interrumpió el diálogo, presentando al jóven el número de *La Correspondencia de la mañana*, y la madre salió de la habitacion.

Alberto recorrió las columnas del periódico sin buscar nada, puesto que no había de ofrecerle iuterés la lectura ele noticias; pero se engañó; en la tercera plana había un artículo consagrado al baile de la Condesa del Rio, y como Elena había concurrido á la fiesta, buscó su nombre en la relacion de personas que los cronistas acostumbran publicar para satisfacer la vanidad de las damas, que de algunos años á esta parte rinden culto al domonio de la publicidad. El articulista no había apuntado á Elena Molina ni á Piedad Puente, sin duda por ser nuevas en los salones; pero

detallaba minuciosamente el traje de la hermosa viuda de Crespo, habiendo contado el número de brillantes de su diadema. Sonrióse Alberto, más de pronto frunció las cejas al leer en la crónica estas líneas:

«La brillante *soirée* de la Condesa terminó, y al «salir los concurrentes, en el portal de la casa-palacio «surgió un desagradable incidente entre los caballeros «D. F. T. y D. A. P., mediando una provocacion que «se ventilará irremediabilmente en el campo del «honor.»

Alberto se puso en pié, irritado, y exclamó:

—¡Qué atrevimiento! ¡Sacar á plaza nombres de personas respetables para delatarlas á la justicia! Pues qué, ¿el duelo no es delito penado por el Código? ¿Lleva quizá el periódico la noble intencion de evitar el encuentro? Si es así, ¿no hubiera sido más conveniente avisar al juez que sacar á la vergüenza á dos hombres honrados? ¡Honrados!—repitió con ironía.—¿Acaso la ley del honor no me obliga á medir mis armas con el atrevido que me provocó?... El capítulo del Código marcando pena á los duelistas es una hoja perdida del libro... ¿Quién se atreve á cerrar el camino al hombre ofendido?...

Quedóse pensativo algunos instantes, y luego continuó:

—La provocacion la presenciaron anoche pocas

—¡No! No podía faltar á mi juramento. Iba á ponerme delante de él para que me matara.

El cura hizo la señal de la cruz, como para espantar al diablo que creía ver dentro del cuerpo del jóven, y santiguándose, exclamó:

—¡Qué dolor!... Por fortuna, llego á tiempo para salvar tu alma. ¿Me obedecerás ciegamente?

Alberto vaciló de nuevo.

—¡Lo manda Dios!—prorrumpió el cura con tono solemne humillando la frente.—¿Me obedecerás?

—Sí—contestó Alberto con resolucion.

—No puedes faltar á tu juramento sin ofender á Dios.

—¿Y la sociedad?—preguntó el jóven con recelo.

—¡La sociedad!—murmuró el padre con ironía.—Obra bien, y deja que la maledicencia se cebe en tí; nadie se escapa de las garras del

vulgo, siempre maligno. Vale más que el vulgo te juzgue prudente y no que te vea con las manos manchadas de sangre.

—¿Y si me llaman cobarde?—observó Alberto estremeciéndose.

—Ninguno te lo diría cara á cara, pues tus ojos anuncian la energía de la dignidad. Los maldicientes son como los ratones, que roen en la oscuridad y huyen en cuanto sienten pasos.

—¿Y si me atacan personalmente?

—Entonces, hijo mió, la defensa es permitida, pues el instinto de conservacion de la vida es natural en el hombre. ¿Me ofreces solemnemente cumplir tu juramento para no faltar á Dios?

—Sí.

—¿Me ofreces también despreciar al vulgo?

—Sí, padre.

—¿Vas confortado?

—Me siento fuerte y dispuesto á no olvidar tan sabios consejos.

—Adiós, cuando te encuentres tranquilo, ven á buscarme y te llevaré al tribunal de la penitencia para devolverte por completo la calma y abrirte la puerta del cielo, que te cerró el olvido.

Alberto besó la mano del padre Martin y bajó la cabeza con paso firme, sin preocuparle la situacion difícil que atravesaba en el mundo por el lance de la noche anterior, agravado con las líneas del periódico; atravesó las calles, sin mirar á los que pasaban, y volvió á su casa.

Al entrar en sus habitaciones, vió sobre la mesa dos cartas; sorprendido de aquella correspondencia, cuando había vivido tanto tiempo sin comunicarse con el mundo, se recostó en un divan y rompió el sobre de la primera carta, cuyo contenido era el siguiente:

«Mi estimado amigo: Aunque á las tres espero la visita ofrecida, me veo obligada á tomar la pluma para exigir á V. que sea puntual, pues estoy sobresaltada por el párrafo de *La Correspondencia*. Bien dije anoche que el llamado F. T. era un necio, y no puedo creer que V. descienda á medir sus armas con ese hombre, que, viéndose despreciado, quiere buscar la popularidad en el escándalo á costa de los dos. Piense V. en esta declaracion, y venga pronto, antes de las tres, pues me hallo intranquila. Le espera impaciente su amiga—*Valentina.*»

Una sonrisa maliciosa se dibujó en los labios del jóven, que echó la carta sobre la mesa, diciendo:

—Esta mujer es demasiado apremiante... ¡Cáspita! ¡Y es hermosa de veras!... Me cuesta cara su predilección... Me aguardará en vano, pues no quiero correr aventuras peligrosas... Además, Elena se interpone para cerrarme el paso; no puedo amar más que su memoria... ¿Tejada busca la popularidad en

—¿Y los suicidas? ¿y los duelistas?—preguntó Alberto.

—El génio de las locuras pretende imponerse trastornando la razón de los hombres; pero su propósito no se cumple si Dios no quiere; acuérdate de aquellas palabras latinas que resultan impías: *Quos Deus vult perderé, prius dementat*. Dios no se vale de medios tan vulgares para castigar á los que se pierden... ¡No! Alberto, no busques la muerte, porque no la encontrarás donde te propones. Ahora, ábreme tu corazón para curar la herida que veo mana sangre.

—¡Sí, padre! ¡mana sangre!—repitió él con acento de terror.

El cura hizo un gesto significativo, y miró al jóven, temiendo que se hubiera desnivelado su cerebro.

—Ten calma, y habla sin recelo.

—Otro día, cuando esté más sereno, cuando se hayan despejado las nubes que me ofuscan, en verdadera confesión referiré á usted todo; hoy sólo quiero un consejo salvador en la crítica situación que atravieso.

—Empieza—dijo el padre Martín cruzando los brazos.

Limpióse Alberto el sudor de la frente, y exclamó:

—¡Tengo sobre mi conciencia la vida de un hombre!

La frente del cura se nubló, y poniéndose las gafas para ver mejor al jóven, murmuró:

—¡La vida de un hombre!

—¡Le maté en buena lid, en el campo del honor!

—¡El campo del honor!—repitió el padre Martín haciendo una mueca.—¡Qué manera de dar interpretación á palabras santas! ¡Esa interpretación está dictada por la insensatez y la barbarie! ¿Le mataste en desafío?

—Sí: para vengar un ultraje.

—Y ¿qué conseguistes con tu triunfo, hijo mío?



—Arrastrar cuatro años una existencia insufrible, viendo fantasmas y oyendo sin cesar el quejido del moribundo... ¡Ah, padre! ¡Qué remordimiento tan cruel!

—¿Y para purgar tu pecado me hablas hoy de anticiparte la muerte? Satanás se ha apoderado de tu corazón y quiere turbar tu conciencia, santuario de la virtud. Acaba tu declaración.

—Ante el cadáver sacrificado al honor, juré sobre la cruz de mi espada no medirla con ningún hombre aunque la sociedad se desplomara sobre mi cabeza.

—Eso es noble. ¿Has cumplido el juramento?

—Hasta hoy sí; pero ayer volví al mundo, y el demonio que se propone perderme me puso delante á un insensato que me provocó. Mi honor es hoy pasto de la murmuración. Lea V. esas líneas.

El padre Martín pasó la vista por el artículo de *La Correspondencia*, y le devolvió el periódico, diciendo:

—¡Inevitable el duelo! ¡Qué manera tan caritativa de aplicar las leyes sociales y de entender los deberes del hombre! La mala fé dictó esos renglones, hijo mío, para precipitarte; pero la razón está por encima de las preocupaciones del vulgo, y los seres deben hacerse superiores, despreciándolas, para no servir de juguete á torpes instintos. ¿Cuál era tu propósito cuando te encontré en la calle?

Alberto vaciló asustado; pero el padre Martín le cogió una mano con afecto, diciéndole:

—A Dios no se engaña. ¿A donde ibas?

—A buscar á mi contrario.

—¿Para matarle?

el escándalo y me escoje de trofeo? No logrará lo que se propone.

Al cojer la otra carta temblaron sus dedos, como si aquel papel encerrara alguna revelación; pero después de abrirlo, vió que no tenía firma. Con letra inglesa muy perfilada estaban trazados estos cortos renglones:

«Si quieres desvanecer las sombras que anublan tu fantasía, y tranquilizar un espíritu inquieto, vé esta noche al baile de máscaras del Teatro Real. En un palco te esperan dos dominós con un ramo de *no me olvides* en el pecho.»

—¿Qué quiere decir esto?—se preguntó Alberto examinando el billete.—No conozco esta letra; pero, á pesar de la buena ortografía de la carta, se adivina la mano de una mujer.

Los presentimientos son á veces acertados; sin fundamento alguno, cruzó por su mente el nombre de Elena, y levantándose, entre sobresaltado y contento, exclamó:

—¡Un ramo de *no me olvides!* La flor puede ser simbólica ¡Iré al baile! Allí desafiaré al mundo con la fortaleza que inspiran á mi ánimo las palabras del padre Martin.

## VIII

«Qué hermoso debe ser el imperio de la juventud! ¡Delirar sonando con risueñas ilusione! ¡Correr detrás de locas esperanzas, nubes preñadas de felicidad que se van desvaneciendo para ofrecernos tristes desengaños! ¡La mujer, el aplauso, la esperanza! ¡Hé aquí las ambiciones de la juventud!...¿Será verdad que en esta confusion, en este bullicio, encuentra satisfacciones el alma del hombre? ¡Perder las horas destinadas al dulce reposo, á ese pasajero olvido de la vida que se llama sueño, para venir á aturdirse aquí, en este mundo de la mentira, de donde salimos con el cuerpo cansado y con el desencanto de alguna ilusion perdida!...Ya no me acuerdo; el tiempo borró mis memorias con su implacable mano, que nada perdona. Unos cuantos copos de nieve que cayeron sobre mi frente enfriaron mi entusiasmo...Quiero-recordar, y me aturdo; pero la orquesta parece que me reanima, y doy algunos pasos buscando lo que ya no puedo encontrar: los encantos de la juventud. Pasé como pasa todo, obedeciendo á la ley de la naturaleza; algunos años han bastado para alejarme del mundo, encerrándome en el hogar, donde hallo los verdaderos goces de la existencia: la familia.»

Así discurría yo al entraren el salon del Teatro Real, á donde me llevó mi deber de novelista; la pluma es tirano que se impone; el escritor no se pertenece. He abandonado mi lecho, á las doce de la noche, para seguir á Alberto Puente, que asistía al baile de máscaras, arrastrado por el atractivo del misterio, ó por el secreto interés que en él despertara el billete anónimo de la cita. Sigamos, pues, los pasos del jóven, ya que él me sacó del retiro, alterando la tranquilidad de mis costumbres.

El salon estaba animado; la concurrencia se abría paso con dificultad, y la algazara denotaba que la alegría era comunicativa, pues muchos que iban entrando indiferentes al placer, se contagiaban. Alberto, sin hacer caso de las tapadas que con más ó menos abigarrados disfraces le dirigían bromas aun sin conocerle, atraídas sin duda por su hermosa figura, buscaba en los palcos á la autora del perfumado billete. Detúvose de improviso enfrente de la última platea al ver dos dominós negros que llevaban en el pecho ramos de *no me, olvides*.

Una de las máscaras se levantó, y apoyándose el escándalo y me escoge de trofeo? No logrará lo que se propone.

Al coger la otra carta temblaron sus dedos, como si aquel papel encerrara alguna revelacion; pero después de abrirlo, vió que no tenía firma. Con letra inglesa muy perfilada estaban trazados estos cortos renglones:

«Si quieres desvanecer las sombras que anublan tu fantasía, y tranquilizar un espíritu inquieto, vé esta noche al baile de máscaras del Teatro Real. En un palco te esperan dos dominós con un ramo de *no me olvides* en el pecho.»

—¿Qué quiere decir esto?—se preguntó Alberto examinado el billete.—No conozco esta letra; pero, á pesar de la buena ortografía de la carta, se adivina la mano de una mujer.

Los presentimientos son á veces acertados; sin fundamento alguno, cruzó por su mente el nombre de Elena, y levantándose, entre sobresaltado y contento, exclamó:

—¡Un ramo de *no me olvides*! La flor puede ser simbólica...¡Iré al baile! Allí desafiare al mundo con la fortaleza que inspiran á mi ánimo las palabras del padre Martin.

## VIII

«¡Qué hermoso debe ser el imperio de la juventud! ¡Delirar sonando con risueñas ilusiones! ¡Correr detrás de locas esperanzas, nubes preñadas de felicidad que so van desvaneciendo para ofrecernos tristes desengaños! ¡La mujer, el aplauso, la esperanza! ¡Hé aquí las ambiciones de la juventud!... ¿Será verdad que en esta confusión, en este bullicio, encuentra satisfacciones el alma del hombre? ¡Perder las horas destinadas al dulce reposo, á ese pasajero olvido de la vida que se llama sueño, para venir á aturdirse aquí, en este mundo de la mentira, de donde salimos con el cuerpo cansado y con el desencanto de alguna ilusión perdida!... Ya no me acuerdo; el tiempo borró mis memorias con su implacable mano, que nada perdona. Unos cuantos copos de nieve que cayeron sobre mi frente enfriaron mi entusiasmo... Quiero recordar, y me aturdo; pero la orquesta parece que me reanima, y doy algunos pasos buscando lo que ya no puedo encontrar: los encantos de la juventud. Pasé como pasa todo, obedeciendo á la ley de la naturaleza; algunos años han bastado para alejarme del mundo, encerrándome en el hogar, donde hallo los verdaderos goces de la existencia: la familia.

Así discurría yo al entrar en el salón del Teatro Real, á donde me llevó mi deber de novelista; la pluma es tirano que se impone; el escritor no se pertenece. He abandonado mi lecho, á las doce de la noche, para seguir á Alberto Puente, que asistía al baile de máscaras, arrastrado por el atractivo del misterio, ó por el secreto interés que en él despertara el billete anónimo de la cita. Sigamos, pues, los pasos de jóven, ya que él me sacó del retiro, alterando la tranquilidad de mis costumbres.

El salón estaba animado; la concurrencia se abría paso con dificultad, y la algazara denotaba que la alegría era comunicativa, pues muchos que iban entrando indiferentes al placer, se contagiaban. Alberto, sin hacer caso de las tapadas que con más ó menos abigarrados disfraces le dirigían bromas aun sin conocerle,

atraídas sin duda por su hermosa figura, buscaba en los palcos á la autora del perfumado billete. Detúvose de improviso enfrente de la última platea al ver dos dominós negros que llevaban en el pecho ramos de *no me olvides*.

Una de las máscaras se levantó, y apoyándose

—¿Amas á la viuda de Crespo?

—Nó.

—Es muy hermosa, y sus atractivos son peligrosos.

—No tienes instinto de sibila—repuso él, haciendo un esfuerzo para sonreirse.—No amo á la viuda de Crespo; no puedo amarla.

—¿Por qué?

—Porque mi corazón está cerrado á todos los sentimientos.

—¡Eso es imposible! ¿Nunca amaste?

Alberto no respondió.

—¡Hola! Parece que mi pregunta produce efecto ¿No has amado á otra mujer?

—Sí; ¡con toda mi alma, con todo mi corazón!—prorrumpió él con vehemencia.

—¿A Elena Molina?

Alberto miró al techo como queriendo traspasarlo para llegar con los ojos al cielo; al bajarlos, vio que la otra tapada había cambiado de postura, acercándose al sillón de su compañera para oír mejor. Un relámpago iluminó la razón del joven, y un sollozo, envuelto en un suspiro, se escapó de su pecho. La dama del dominó volvió á preguntarle:

—¿Amabas á Elena Molina?

—¡La amo! ¡La amaré siempre!

—¡Ah pérfido! ¿Por qué entonces la abandonaste cruelmente? ¿Tuviste celos infundados?

—¡Nunca!—exclamó él con viveza.—El que ama de veras tiene fé.

—No te entiendo, Alberto.

—¿Conoces á Elena?—le preguntó con intención.

—Sí. Por ella sé que sin motivo, sin buscar siquiera un pretexto razonable, rompiste un lazo que parecía eterno. Elena te quiere, porque adivina que algo se interpone entre los dos. ¿Qué barrera hay que el amor no esté dispuesto á saltar?

Alberto se estremeció visiblemente; le delataba el temblor nervioso, y sólo murmuró:

—Respeto mi secreto, máscara.

—¿Secreto?... No seas caviloso.

Alberto se puso en pié de un salto, apretó fuertemente la mano de la dama, y clavando en la otra tapada, más que los ojos el alma, dejó caer en el oído de aquella estas palabras con acento profundamente conmovido:

—Me has hecho mucho daño trayéndome aquí esta noche. Si conoces á Elena, no le digas que moriré amándola.

Y salió precipitadamente del palco.

—¿Qué misterio es ese, Elena?—preguntó la máscara, volviéndose á su compañera.

Pero esta no respondió; hallábase poseída de una especie de letargo; su corazón parecía haber dejado de latir. Por fin, hizo un esfuerzo grande, y apoyándose en el brazo de su amiga, Hijo con voz casi desfallecida:

—Vámonos, Teresa.

Al salir, Elena arrancó de su pecho el ramo de *no me olvides*, y levantando la parte baja de la careta, estampó un beso en las flores, que arrojó despues sobre la alfombra. Así quería sin duda significar que se desprendía de su alma.

Y las damas abandonaron el teatro.

Alberto Puente, enajenado, no reparó que durante su diálogo, una máscara de capuchon verde pasaba y volvía á pasar por delante del palco, demostrando en su inquietud la impresion y el interés que le causaba aquella conversacion. El jóven salió al pasillo con el cerebro exaltado, pues adivinó que acababa de ver á Elena y no le quedó duda de que ella le amaba siempre; todas las amarguras de su alma por la pasion contrariada que hacía cuatro años ahogaba en el pecho, se reanimaron, produciendo en su espíritu una revolucion. En este estado se hallaba cuando la dama del capuchon le detuvo, cogiéndole una mano.

—¿A dónde vas?—le preguntó.

—No sé—le contestó secamente, tratando de retirar su mano.

—¿Te ha preocupado la conversacion con el dominó del palco?  
¡Ah traidor!

—¡Déjame, máscara!—exclamó él con acento de mal humor.

—Mala hierba pisaste hoy, Alberto; pero tengo que pedirte cuentas.

—¡Cuentas!—repitió él.—¡Todos se creen con derecho á intervenir en mi conducta!

—Estás poco galante; y como eres torpe, te diré quien soy.

La máscara habló en su voz natural, y Alberto se estremeció, murmurando:

—¡Valentina!

—¡Gracias á Dios! Veo que tu corazon no presiente.

Y apoyándose en el brazo de Alberto, trató de arrastrarlo al salon; pero él no se movió.

—Faltaste á la cita, y debo quejarme de ese olvido, que por lo ménos acusa descortesía.

—Falté, Valentina—repuso el jóven con cierta timidez,—porque no quiero engañar á las mujeres. Mi corazon está cerrado para nuevas impresiones.

Semejante confesion era un desprecio; Valentina, acostumbrada á vencer siempre, vióse humillada por primera vez; sintió en su alma la explosion del amor propio herido, y soltando el brazo de Alberto, le miró de arriba abajo como queriendo confundirlo. La ira saltaba de sus ojos convertida en rayos.

Alberto dió media vuelta y se dirigió al guardarropa para recoger su gaban.

En aquel momento supremo, bajo la excitacion nerviosa, Valentina vió pasar á Florencio Tejada, que los espiaba; tomó aliento, como para ocultar la emocion producida por aquel encuentro que le sugirió la idea de vengarse, y apoyándose en el brazo de Florencio, que tembló de placer al sentir satisfaccion tan inesperada, le preguntó:

—¿Me conoces?

—¡Te adivino!—contestó él con entusiasmo.

—Mira—le dijo, señalando hácia el vestíbulo del teatro,—por ahí vá ese hombre odioso para los dos.

—¿Para los dos?—Preguntó Tejada sorprendido.

—Síguele; humíllale ante el mundo.

—¡Ya le provoqué! Es un cobarde—repuso él con aire de triunfo.

—¡Humíllale más todavía! Quiero verle revolcado en el fango, escarnecido por todos. Y despues, ven á buscarme.

—¡Valentina!...

La dama del capuchon apretó la mano al jóven, y le dijo:

—¡Por allí! ¡Corre!

Y desapareció entre las máscaras del salon.

—¿Qué es esto?—pensó Florencio.—¿Qué ha pasado entre los dos?... ¡Quiere que le humille!... Poco ha de costarme, pues ese hombre no tiene dignidad; desde anoche, que le arrojé á la cara mi tarjeta, no ha venido á vengar el ultraje... Voy á ser héroe sin peligro... Y despues... ¡Oh, despues! ¡la felicidad! Ella lo ha dicho: «Ven á buscarme.» ¡Por esa mujer sería capaz de reñir con el inundo entero!

Cogió su abrigo, y saliendo precipitadamente á la calle, miró á todas partes; no distinguiendo la figura de Alberto, calculó que le llevaba alguna delantera, y entró en un carruaje de alquiler, advirtiéndole al cochero que fuera despacio en direccion al Prado; atravesó las calles del Arenal y de Alcalá, mirando por la ventanilla á las pocas personas que pasaban á aquellas altas horas de la noche; al llegar á la fuente de la Cibeles, dijo con satisfaccion:

—Allí vá. Pára, cochero.

Y apresuró el paso para alcanzar á Alberto, que andaba de prisa, como el que va poseído de alguna idea que le atormenta.

No habían llegado á la altura de la calle del Sanco, por el pasco de Recoletos, cuando Alberto se detuvo al-oir estas palabras:

—¡Alto, caballero Puente!

Al ver á Tejada, la sangre de Alberto subió á sus ojos y procuró dominarse, comprendiendo que le esperaba una escena desagradable.

—¿Con qué intencion me sigue V. á esta hora, Sr. Tejada?

—Debe V. comprenderlo; esperé todo el dia la visita de los testigos de la persona que recibió anoche una ofensa, que parece le importa poco.

—¡Caballero!

Alberto se pasó la mano por los ojos, y acercándose á Florencio, le dijo:



—Es inútil que insista V en provocarme, porque no puedo medir con V. mis armas.

—¿Conmigo? ¡Eso es un insulto!

—Con nadie, Sr. Tejada; respete Y. mi confesion, y siga su camino sin temor á rivalidades, porque entre esa señora y yo no existe lazo ni compromiso que sea obstáculo á su afecto.

—¿Me cede V. el campo?—preguntó Florencio con tono insolente.

—¡Gracias por la generosidad! En todo caso creeré que se retira usted por miedo.

Alberto apretó los puños y miró al cielo, pidiéndole valor para soportar tan grosero insulto. Se repuso al momento y dijo con entereza:

—¡Abra V. paso y no sea temerario!

Iba á andar cuando de los labios de Tejada salió esta frase:

—¡Así castigo á los cobardes!

Y levantando el baston, le dejó caer sobre la cabeza de Alberto Puente.

—¡Ira de Dios! ¡Miserable!...

Lanzándose furioso sobre el agresor, cogióle por la cintura, y alzándole con sus hercúleos brazos, lanzó al aire su cuerpo como quien despide una piedra. Florencio Tejada cayó para no volver á levantarse; su cabeza había chocado contra el tronco de un árbol del paseo, y la congestion causó la muerte instantánea.

Al verle en tierra, inmóvil, un horrible calofrío se apoderó de Alberto; precipitóse sobre el cuerpo inanimado, y comprendiendo la nueva desgracia que pesaba sobre su conciencia, con las manos crispadas, exclamó:

—¡Qué maldicion me persigue!... ¡Dios mió! ¡ten piedad de mí!

Corrió de un lado para otro del paseo, buscando al sereno, á los guardias de orden público, para entregarse á la justicia, declarándose criminal; pero los agentes de la autoridad son siempre prudentes, y no acuden á donde se les llama. Alberto se dirigió á su casa con la cabeza caida sobre el pecho.

## IX.

El estado moral de Alberto Puente cuando llegó á su casa es difícil pintarlo con verdaderos colores; parecía haber perdido la facultad de hablar; no tenía palabras para expresar su abatimiento. Dejóse caer en la cama vestido, buscando en el sueño, más que el descanso, el olvido de su pena; pero fué en vano; el sueño es como los amigos del mundo; nos abandona en las tribulaciones de la vida.

Alberto no durmió; pero una hora después sintió que su cerebro se despejaba; saliendo de su postracion física y moral, vio claramente la extension de su desventura; saltó de la cama y mirándose al espejo, parecióle que en aquella noche había envejecido; con efecto, sus facciones estaban contraídas á causa de las impresiones violentas del paleo y del suceso del paseo de Recoletos.

—¿Qué es ésto?—se preguntó.—¿Sufro las consecuencias de una espantosa pesadilla ó toco la realidad?... ¡Ah, no! Allí, contra aquel árbol de tronco torcido, lo estoy viendo, acabó la existencia de ese desgraciado que se empeñó en buscar la muerte... ¿Por qué me apeno tanto? ¿No hice cuanto pude por evitar la catástrofe?... El padre Martin me dijo que la defensa era natural y permitida; Tejada me ofendió, y mi honor lastimado exigía una reparacion... ¡El honor! ¿Acaso la sociedad me perdonaría la muerte de un hombre sin cubrir las fórmulas que tiene establecidas para matar sin responsabilidad? ¡La justicia me condenaría como asesino porque maté sin testigos! ¿Qué ley es esa escrita en el forro del Código penal para burlarse del artículo que dentro del libro condena el duelo?... ¡Mis manos están malditas! ¡No puedo rozarme con los hombres sin exponerme á nuevas desgracias! ¡La sangre de los dedos me salpica el rostro! ¡Huyamos del mundo! ¡Aquí me ahogo!

Dió algunos paseos por la habitacion, como el hombre que lucha con la demencia cuando quiere apoderarse de su presa, y de repente, saliendo por el pasillo, fué á llamar á la puerta de un cuarto

interior. Al punto se presentó un antiguo criado de la casa, como antiguo fiel y amante de sus amos.

—Fernando—le dijo—toma la llave de mi armario, coloca en la maleta mi ropa, y en cuanto rompa el día, vé á buscar un carruaje. No hagas ruido para que la señora no se despierte.

El sirviente miró á su amo con asombro, y fué á cumplir sus órdenes.

Alberto volvió á su habitacion, y cogiendo una pluma escribió la siguiente carta:

«Elena: Te ví anoche, y el tormento que me causó tu presencia lo compensaban esos minutos de felicidad en que respiramos la misma atmósfera. Quieres saber el móvil de mi conducta que considerarás indigna; pero ¡ay! ¡mi revelacion te causaría acaso la muerte! ¡Te amo más que el día que nos separó el destino, y no puedo amarte! El destino implacable puso entre los dos una barrera; pero te llevo conmigo...

«Quiero hablar y no encuentro la manera de expresar nuestra desgracia. Olvídame, porque un río de sangre nos separa... ¡Ah!...

«Desde anoche, el destino que se ceba en mí ha envenenado más mi existencia... ¡Adiós! ¡Huyo del mundo! ¡huyo de tí!... Más todavía, ¡voy huyendo de mí mismo! Pero en mi último suspiro irá envuelto tu nombre. No soy digno de tí. ¡Adios!—*Alberto.*»

Al dejar la pluma, dobló la cabeza y permaneció algunos minutos con la frente apoyada en las manos; al incorporarse, sobre el papel brillaban lágrimas. Lanzó un suspiro profundo, y cogió la pluma para escribir esta carta:

«Madre mia: El mundo, en vez de curarme, ha agravado mi mal; en vez de proporcionarme el olvido, me ha arrastrado al abismo. Estoy maldito, y pesa sobre mi conciencia la vida de otro hombre. No sé que fatalidad me persigue y necesito huir. ¡Estoy loco!...

«No tengo valor para despedirme de tí, y temo además que tu afecto se impusiera, deteniéndome en mi propósito; voy... no sé á donde, á buscar la soledad, á donde no me vea expuesto á defender mi honor ultrajado, lamentando la gloria del triunfo. ¡No, no, madre mia! ¡Esos triunfos son peores que la muerte! ¡La ley del honor exige al hombre sacrificios superiores á sus fuerzas! ¡Morir ó matar!... ¡Ah! ¡es mil veces mejor morir!...

«¡Adios! ¡Te llevo en el corazon, te llevo en el pensamiento! En cambio, te dejo mi alma triste y desolada para que te acompañe en tu dolor, que no admite consuelos... ¡Sufro tanto!.... Ten compasion de tu desgraciado—*Alberto*.

El alba entró por las rendijas de las puertas del balcon, y detrás del alba entró el fiel Fernando á avisar que el coche esperaba en la calle con la maleta lista.

—Toma estas cartas—le dijo Alberto;—cuando la señora se levante, le entregas ésta, y antes avisa á mi hermana para que no pierda de vista á su madre, pues puede necesitar de sus cuidados. La otra carta la llevarás después á su destino.

Estrechó la mano del criado, bajó de tres en tres los escalones para llegar más pronto, como el que huye de un peligro, y se dejó caer en los almohadones del carruaje, diciendo al cochero:

—A la estacion del ferro-carril del Norte. ¡Aprisa!

Y bajó las cortinillas para que los que pasaban no le vieran llorar, pues sus lágrimas corrieron desbordadas.

—¿A donde voy?—dijo—¡No sé! ¡Al desierto!

¡Al fin del mundo, donde no encuentre hombres que sacrificar á la ley del honor!

Las cartas de Alberto eran dos rayos destructores. Su pobre madre, al leer aquellas desconsoladoras líneas, dió un grito y corrió como loca á las habitaciones de su hijo; todo anunciaba allí el desorden que precede á un viaje; todo anunciaba la desgracia. Piedad prodigó consuelos á la buena señora; pero el golpe había sido mortal.

¿Qué diré de Elena? A la exaltacion que en su ánimo produjeron los primeros renglones de la carta de Alberto, siguió la paralizacion de todo su sér.

—¡Un rio de sangre!—exclamó—¡Santo Dios! ¡qué presentimiento me asalta!...

Le pareció ver entre nubes la sombra de su hermano Leopoldo, con una herida en el pecho que brotaba sangre. Fuera de sí dijo:

—¡Qué desventurada soy! ¡No, no! ¡qué desventurados somos los dos!

## X

Escribo mi narracion en Febrero de 1882. Tres años han pasado desde la muerte de Florencio Tejada; allí está, en el paseo de Recoletos, el árbol de tronco torcido donde el temerario jóven encontró la muerte. La justicia formó el sumario, y no habiendo datos para creer que había sido víctima de alevosía, sobreseyó en la causa, atribuyendo la muerte al golpe que recibió Florencio en la caida, ocasionando una congestion cerebral. ¡Así se engaña muchas veces la justicia! La única persona que podía haber dado luz sobre el suceso era Valentina, pero aterrada ante las consecuencias de su ligereza por haber obligado al jóven á provocar á su rival, no quiso aparecer cómplice, y calló. Y tranquila, como si no tuviera conciencia, sigue en su vida de aventuras galantes.

Piedad se casó con Patricio, pero llora la muerte de su madre y la ausencia de su hermano. ¡Nadie en el mundo es completamente feliz!

Elena ¡ah! la pobre amante no tiene la dicha de saber olvidar, y llora y reza en la soledad.

¿Y Alberto Puente?—me preguntarán los lectores. No puedo contestar. No sé si ha muerto; él lo dijo: ¡iba huyendo de sí mismo!

¡Tantas personas desgraciadas ó víctimas de una exigencia!  
¿Qué importa? ¡La sociedad ha triunfado! ¡Está satisfecha *la ley del honor!*

**CUARTA PARTE.**

**CANTARES**

**TERCERA EDICION AUMENTADA.**

## UNA FRASE.

«CANTAR.—Copla puesta en tono para cantarse.»

Con esa sencilla frase define el Diccionario la palabra. ¡Qué fría es la razón de los académicos!

Al publicar mis *coplas*, no las clasifico, no las ordeno, porque quiero que las guarde mi libro como las horas de mi existencia; al lado de una ilusión, un desengaño; después de un suspiro de amor, un sollozo; después de una sonrisa, una lágrima; después de un pensamiento filosófico, una burla social. Así es la vida en sus accidentes; una hora no se parece á la anterior.

Al lanzar al viento de la publicidad mis *cantares*, me permito corregir á la Academia, y escribo esta definicion:

CANTAR.—¡Grito del alma!

## **EN MI SALON.**

## **SOLILOQUIO.**

## **A AURORA**

Ya dió principio la fiesta  
en nuestro modesto hogar,  
y con caras de alegría  
entrando las niñas van.  
Cien luces hay en la sala,  
y parecen un millar,  
porque los ojos de Amelia  
eclipsan la luz del gas.  
¡Ay! ¡qué talle el de Felisa!  
¡es una palma real!  
¡qué boca la de Teresa,  
y qué brazos los de Paz!  
¡Lleva pintada en el rostro  
su alma hermosa Trinidad!  
¡Qué gracia tan seductora  
luce Cármen al andar!  
¡Qué atraccion tiene Dolores!  
todos á invitarla van.  
¡Qué bien toca Margarita  
y qué bien canta Pilar!



En un rincón, recostado  
en un mullido diván,  
al placer indiferente,  
las veo á todas pasar  
entre los rápidos giros  
del vertiginoso vals;  
enfrente estoy de un espejo,  
y allí mi cara al mirar,  
con sentimiento murmuro:  
—«¡Tengo canas! ¡Es verdad!  
¡Bajo la nieve del monte  
suele esconderse el volcán!»  
Evocando las memorias  
de aquella dichosa edad  
en que la razón perdía,  
(¿acaso es cuerdo bailar?)  
como sombras acudieron  
las cien mujeres, que ya  
ni me miran en la calle  
ni las conozco al pasar;  
cómplices de mis locuras,  
arrepentidas, quizás  
á Dios eleven los ojos  
¡Bien tiene que perdonar!...  
—¿Por qué me miras?... ¿Sin duda  
en mi alma leyendo estás,  
y quieres pedirme cuentas  
de una evocación mental?  
No, mi bien: nada te roban  
fantasmas que dejo atrás;  
las malas memorias mueren  
pues se escriben en la mar.  
Si las evoco, tú ganas,  
porque así te quiero más;  
cuando la virtud se impone  
¿cómo ha de tener rival?  
En su corriente, el olvido

no ha de poderle arrastrar,,  
porque al amor no le matan  
ni las canas ni la edad.  
¡Bajo la nieve del monte  
suele esconderse el volcan!  
Siéntate á mi lado; al verte  
las sombras de ayer se van...  
¡Qué animacion en la fiesta!  
—Acércate un poco más;  
contemplaremos el cuadro  
para darle intimidad...  
¡Cuánto gozan nuestras hijas!  
¡pobres! ¡qué alegres están!  
con la sonrisa en los labios,  
dudan que exista el pesar,  
pues las anima esta noche  
la ilusion... ¡Dichosa edad!  
Un prendido nuevo, gasas,  
flores, una vara más  
de tela... ¡En qué poco precio  
tasan la felicidad!  
Cual mariposas que vuelan  
alrededor del rosal,  
pasan, echándoles flores,  
un galan y otro galan.  
No prefieren á ninguno;  
son muy niñas; ya vendrá  
el sufrimiento mas tarde.  
—Mira: salen á bailar  
un rigodon: ¡baile pérfido!  
no se cuida del compás;  
sus paréntesis de espera  
obligan á ver y hablar.  
—¿Quién baila con mi María?  
—¿Arturo? ¡Apuesto galan!  
Sus movimientos declaran  
que hablándole al alma está...

No me engaño, pues conozco  
esa manera de hablar.

Yo no quiero que la mire,  
que le hable con tanto afán,  
pues si llega á cautivarla,  
resueltamente vendrá  
luego á pedirme su mano,  
y no se la quiero dar.

—¿Dices que soy egoísta?

—Sí, sí: lo soy; es verdad.

¿Que Arturo es bueno, que es rico?

—¡Qué manera de pensar!

¡Y por ricos y por buenos,  
uno tras otro, vendrán  
para dejarme vacíos  
el corazón y el hogar!

¡El deber dirá que sí  
y el alma que *nó* dirá!

¡Qué deberes á los padres  
exige la sociedad!

Cesa el rigodon. Arturo  
saluda á mi hija y se va  
despechado... ¡Estoy tranquilo!  
¡no me la puede robar!...

—¿Porqué me miras? Comprendo

lo que murmurando estás,  
pues tu sonrisa delata  
que me quieres recordar  
lo que olvida mi egoísmo;  
has vuelto la vista atrás.

¿Por mí dejaste á tu madre  
y eres feliz?... Es verdad...

¿Te acuerdas de aquellos días  
de amor?... ¡Qué hermoso es amar!

Te ví una noche en un baile;  
no lo olvidaré jamás;  
cruzabas como una sombra,

y me miraste al pasar...  
Me miraste, no lo niegues,  
que no acusa liviandad  
cuando detrás de los ojos  
el alma solo se vá.  
Ibas vestida de blanco,  
con zarcillos de coral,  
una camelia en el seno  
y en el pelo un azahar;  
pálida, y en las pupilas  
la luz, la electricidad;  
con la languidez del trópico  
columpiándote al andar.  
Me puse en pié, y arrastrado,  
como el acero al iman,  
te cerré el paso, resuelto  
para sacarte á bailar.  
De emocion te estremeciste...  
—¿Que es eso? ¿temblando estás?...  
¡Qué dulces son los recuerdos!  
¡Hacen dos veces gozar!  
Más que la lengua los ojos  
te dijeron, mucho más,  
porque anda torpe la lengua  
cuando el alma herida está;  
nuestras almas se fundieron  
de la música al compás;  
yo no sé lo que te dije;  
tú lo debes recordar,  
que amor pone á sus palabras  
el sello de eternidad.  
¿Quieres que te las repita?  
¡El corazon palpitar  
siento! ¡arde en él esa llama  
que no se extingue jamás!  
¡El amor!... ¡Maldito espejo!  
¡De mí se quiere burlar,

pues me presenta en las cunas  
el medio siglo fatal  
que sobre mi frente pesa  
y no puedo soportar!  
El corazon no envejece;  
el alma no tiene edad.  
¿Jóven me encuentro, y soy viejo  
para sentir, para amar?...  
¡Bajo la nieve del monte  
suele esconderse el volcan!  
Abro los ojos... ¿Qué es esto?  
Me he dormido en el divan.  
¿Tú tambien?... Por las rendijas  
el alba penetra ya;  
las velas se han consumido;  
¡qué triste es la oscuridad!  
¡Qué desorden en los muebles!  
Aún se siente palpitar  
la animacion de la fiesta  
entre tanta soledad.  
Sobre la alfombra contemplo,  
como en el revuelto mar,  
los despojos de la nave  
que destrozó el huracan:  
aquí flores deshojadas;  
una horquilla mas allá;  
alfileres, un encaje  
de la falda de Pilar...  
¡La mujer, así, en despojos,  
el alma dejando va!  
—¡Cómo duermen nuestras hijas!  
Gozando sin duda están  
un sueño color de rosa,  
y á la tarde, al despertar,  
sus impresiones del baile  
alegres nos contarán.  
De los lábios de María

se escapan palabras... ¡Ah!  
¡la fiesta! El nombre de Arturo  
no se ha llegado á grabar.  
Una cartera y un lápiz  
hay á los piés del divan:  
en todas sus hojas leo  
esta palabra: *Cantar*,  
—Es mi cartera; dormido,  
soñando estuve quizá...  
Mis sentidos se despejan;  
voy el sueño á recordar.  
—Era mi salon el mundo  
en el vértigo del vals,  
confundidas las figuras,  
como sombras ví cruzar,  
la ilusion y el desengaño,  
la mentira y la verdad,  
las virtudes y los vicios,  
la ventura y el pesar,  
la ignorancia y la experiencia,  
la justicia y la maldad.  
la Mesalina sin manto  
y con velo la vestal;  
y cada sombra dejaba  
en mi cartera, al pasar,  
una esperanza, un consuelo,  
el borron de la impiedad,  
una lágrima, un suspiro,  
un pensamiento ideal,  
la sonrisa de los ángeles,  
la risa de Satanás...  
En una palabra, el mundo  
retratado al natural.  
Sacudí el polvo á mi lira,  
rota y olvidada ya,  
y de sus cuerdas brotaron  
un *cantar* y otro *cantar*.

Cojo airado la cartera,  
y haciendo un brusco ademán,  
digo: «¡Lo escribí durmiendo  
y lo borro al despertar!»  
—¿Por qué me quitas las hojas  
con aire de imperio?... Ya:  
¿más que interés, su lectura  
te inspira curiosidad?...  
Tienes razón; pues son tuyos  
estos *Cantares*, ahí van...  
—¿Haces un gesto de duda.  
y me enseñas un cantar?  
A ver si la copla es pérfida  
y acusa infidelidad:  
—«Estabas en tu ventana,  
y me miraste al pasar...»  
—El amor es susceptible,  
y los celos... ¡Ja, ja, ja!  
El poeta no es el hombre;  
la musa no tiene edad.  
¡Si las musas fueran viejas!  
¿Qué mujer me ha de mirar?  
—¿Porqué te muerdes los labios  
cuando asiento una verdad?...  
Te adivino el pensamiento;  
tus ojos diciendo están:  
«¡Bajo la nieve del monte  
suele esconderse el volcán!»

## CANTARES.

### I

Los novios tienen dos almas  
que himnos cantan al amor;  
los esposos tienen sólo  
un alma para los dos.

### II

Peregrino por el mundo,  
busqué en vano la verdad;  
una mujer la guardaba,  
y me la trajo á mi hogar.

### III



Mis hijos nacen llorando  
y mueren, niños, riendo.  
¡Qué felicidad tan cara!  
¡Llenar de ángeles el cielo!

#### **IV**

No te mueras sin llevarme;  
sin tí la vida me falta;  
¿cómo ha de volar el pájaro  
cuando le cortan un ala?

#### **V.**

El hombre es como el globo  
que se remonta al cielo;  
sube, y mientras más sube  
se le vé más pequeño.

#### **VI.**

Para brillar en el mundo,

pidió mi vergüenza en pago;  
cambiar no quise un tesoro  
por un oropel con fango.

## VII

Iba un beso perdido  
buscando el cielo;  
amor tendió sus alas,  
y dijo al beso:  
—«Mira á Filena;  
en sus rosados labios  
está la puerta.»

## VIII

Camino del cementerio  
nos encontramos los dos;  
mi amor enterraste vivo;  
yo, tu muerto corazón.

## IX.

El amor de, la niña  
nace jugando;  
el amor de la jóven  
vive llorando;  
Y el de la vieja  
exhumando memorias,  
muere en la iglesia.

## **X.**

Fuiste ingrata; no le mires;  
hay en su pecho rescoldo,  
y animar puede la llama  
la falsa luz de tus ojos.

## **XI**

Estabas en tu ventana,  
y me miraste al pasar;  
tu mirada es el relámpago  
que deslumbra sin quemar.

## **XII**

Dicen que el amor es ciego;  
él solo ve lo que ama...  
El tiempo, gran oculista,  
le bate las cataratas.

### **X III**

El rey brilla, goza, ostenta,  
manda, y perdona además.  
¡Ay! yo quisiera ser rey  
sólo para perdonar.

### **XIV.**

La mujer reina en el hombre;  
niña, es su esperanza, un sueño;  
jóven, su olvido de todo;  
vieja, su arrepentimiento.

### **XV.**

Es tu cariño egoista;.

no quieres más que á tí mismo;  
ya dejarás de quererte  
en cuanto tengas un hijo.

## **XVI**

Sin que lo sepa tu alma  
lloras para conquistarme;  
son tus ojos una fuente  
que tiene rota la llave.

## **XVII**

¿Me preguntas si te quiero?  
Si eres mitad de mi sér,  
si eres alma de mi vida,  
¿cómo no te he de querer?

## **X VIII**

La edad para las mujeres  
es un secreto, pues juegan

todas á la treinta y una,  
y se *plantan* á los treinta.

## **XIX.**

Da consuelo á los que lloran,  
porque las lágrimas son  
pedazos del corazón  
que se van y se evaporan.

## **XX**

Vienes del baile agitada;  
bailaste siempre con él;  
te juró su amor... ¿Te duermes?  
¡Ay! ¡tú no sabes querer!

## **XXI**

El lujo le roba al alma  
lo que le regala al cuerpo;  
¡cuántas veces regó el llanto

la seda y el terciopelo!

## **XXII**

No asomes al espejo,  
niña, la cara,  
que la embustera luna  
siempre te engaña.  
Eres muy fea.  
¿Dudas?... El alma asoma  
á tu conciencia.

## **XXIII**

Grabó el amor loco y ciego  
en mi pecho tu retrato;  
hoy, para arrancar la imágen,  
hice el corazon pedazos.

## **XXIV**

¿Por qué cuando te miro

los ojos cierras?  
¿De mis ojos la llama  
te vuelve ciega?...  
Cuando la tocan  
tambien la sensitiva  
cierra sus hojas.

## XXV

Ayer, domingo de Ramos,  
fuiste con *palma* á San Luis;  
el cura, que te conoce,  
no la quiso bendecir.

## XXVI

No encubras con la mentira  
una accion torpe ó bastarda,  
que es abrir un agujero  
para tapar una mancha.

## XXVII



Pobre te amé, y eres pobre  
casándote con un rico;  
en el mercado no venden  
corazones como el mió.

## **XXVIII**

Morenilla, tus ojeras  
dan vida y calor al rostro,  
pues son la sombra del alma  
que está asomada á tus ojos.

## **XXIX**

Ave tímida el candor  
si le hacen tender el vuelo,  
sus ojos rasgan el velo,  
sus alas quema el calor,  
y llegar no puede al cielo.

## **XXX**

Si oigo llorar, voy corriendo;  
huyo cuando oigo reír...  
La puerta de la alegría  
cerrada está para mí.

### **XXXI.**

Se fundieron nuestras almas  
solamente con mirarnos,  
como se funden dos besos  
sin que se junten los labios.

### **XXXII**

Tú me engañaste; mis penas  
no se las cuento á la mar,  
que allí también hay sirenas  
que me vuelvan á engañar.

### **XXXIII**

¡Qué frases tiene el cariño!

Dices: «¡Tu amor ó la muerte!»  
en vez de decir: «¡Deseo  
tu muerte si no me quieres!»

### **XXXIV.**

No profanes el cariño;  
si te casas sin amor,  
deja, al entrar en la iglesia,  
á la puerta el corazon.

### **XXXV**

Ayer te dí mi existencia,  
toda el alma por un beso;  
hoy me ofreces alma y vida,  
y ya de tí nada quiero.

### **XXXVI.**

El fuego de una mirada  
abrió tu pecho al amor,

como abre el cáliz la rosa  
al primer rayo del sol.

## **XXXVII**

Cuando mi amante me besa,  
ven mis ojos el infierno;  
cuando me besa mi madre,  
buscan mis ojos el cielo.

## **XXXVIII**

Si no sabes querer mucho  
no dés al hombre esperanzas,  
que los desdenes se curan  
y los desengaños matan.

## **XXXIX**

Ayer, en el Camposanto  
llegar tu cadáver ví;  
en lugar de maldecirte,

me puse á rezar por tí.

## **XL.**

¿Amor le juraste á un hombre  
y alegre bailas con otro?  
Mira á tu amante: ¡se anuncia  
la tempestad en sus ojos!

## **XLI.**

No pidas á la fortuna  
lo que da siempre el trabajo;  
quien no siembra la semilla  
no espere fruto del campo.

## **XLII**

Tus negros ojos son,  
un arma que dispara  
con falsa direccion,  
porque apunta á la cara

y da en el corazon.

### **XLIII**

No bebas; huye del vino,  
que al hombre bueno hace malo,  
porque la razon se queda  
en el fondo de tu vaso.

### **XLIV.**

Vino una madre á pedirme  
una limosna por Dios;  
miré temblando á mis hijos...  
¡Cómo decirle que nó!

### **XLV.**

Un ángel bajó del cielo,  
y con él te ví casar;  
hoy conociste al demonio,  
y te quieres divorciar.

## **XLVI**

Busqué una mujer honrada,  
y me bastó ver tu rostro;  
la virtud se trasparenta  
por el cristal de los ojos.

## **XLVII**

¿Diste muerte con navaja  
y no con florete en duelo?  
Vil aquélla, y éste noble,  
matan con el mismo acero.

## **XLVIII**

El hombre no es más que un soplo  
todo en él es pasajero;  
la vanidad que lo hincha  
no puede ser más que viento.

## **XLIX**

Tú cometiste un delito,  
y el juez, al verte tan linda,  
sintió torcerse en sus manos  
la vara de la justicia.

**L.**

No tapes con la pintura  
los colores de tu cara,  
eme solo en las casas viejas  
se revoca la fachada.

**LI**

A la mujer no la quiere  
el vil que la prostituye,  
que las flores nada valen  
cuando pierden su perfume.

**LII**

¿Porque eres rico pretende



humillarme tu soberbia?  
Ayer ví un árbol frondoso,  
y hoy le cortan para leña.

### **LIII**

Tu amor tiene mil colores,  
tornasol indefinido;  
mi amor, azul como el cielo,  
es negro cuando te miro.

### **LIV.**

No perdí, ausente, la calma;  
lejos de tí no sufría,  
porque me llevé tu alma,  
y á tí te dejé la mia.

### **LV.**

Habla poco y mira mucho  
si hacer fortuna pretendes,

que las miradas recogen  
y las palabras se pierden.

## **LVI**

No des madrastra á tus hijos,  
porque el amor maternal  
es como el oro, que nadie  
lo sabe falsificar.

## **LVII**

Muere un pobre, y sus pariente  
dicen: «Nada nos dejó.»  
Un rico muere, y su madre  
grita: «¡Nada me quedó!»

## **LVIII**

Vil la calumnia declara  
al labio que la profiere,  
porque es un arma que hiere

al mismo que la dispara.

## LIX.

¿El te mira? ¡No le mires!  
Amor es traidora llama;  
la inocente mariposa  
que busca la luz, se abrasa.

## LX.

Ten siempre de centinela  
á tu pudor contra el vicio;  
el amor tiene una máscara  
que se pone el libertino.

## LXI

Dice un vate latino,  
que la culebra  
amenaza escondida  
entre la yerba.

Y hay quien sostiene  
que escondes en el pecho  
una serpiente.

## **LXII**

No corras tras de la gloria  
que es, como mujer, ingrata,  
pues si la buscan, se esconde;  
si la persiguen, se escapa.

## **LXIII**

No sirven los cerrojos,  
puertas, ni llaves,  
porque el amor penetra  
por todas partes.  
Al corazon  
un guardian le defiende,  
que es el pudor.

## **LXIV**

Eres un vaso con flores  
que renuevas cada día;  
el calor de la inconstancia  
al momento las marchita,

## LXV.

La virtud es como el cisne  
que en limpio arroyo se baña;  
si entra en el fango no muere,  
pero su pluma se mancha.

## LXVI

¿Hablas mal de las mujeres?  
¡Me extraña tu insensatez!  
¿No amaste? ¿No tienes hijas?  
¿Tu madre no fué mujer?

## LXVII

Soñaste con los encajes

y tu virtud enredada  
quedó en sus hilos, cual mosca  
en la tela de la araña.

## **LXVIII**

¿Qué es el amor, me preguntas  
No te lo sé definir;  
sé que me olvido de todo,  
que no pienso más que en tí.

## **LXIX.**

Quiere el pequeño ser grande;  
el pobre ser poderoso;  
todos deliran. El mundo  
es una casa de locos.

## **LXX.**

Quien te adula te hace mal;  
todo lisonjero miente,

que es un pobre pretendiente  
presentando un memorial.

## LXXI

Corriendo tras la fortuna  
dí en su rueda un tropezon.  
¿Ciega pintan á la diosa?....  
Más ciegos los hombres son.

## LXXII

Todo enemigo es malo  
aunque pequeño,  
pues se vé que una chispa  
causa un incendio.

## LXXIII

Te hice un favor, lo olvidé.  
Te dí un duro; lo olvidaste.  
No tienes más que pedirme,

y huyes al verme en la calle.

## **LXXIV.**

Si te mueres alma mia,  
mi corazon quedará  
como una jaula vacía  
cuando el pájaro se va.

## **LXXY**

Pídele apoyo á la suerte  
y á la sombra de otros medra,  
mas no hagas lo que la hiedra  
que al que la ampara da muerte.

## **LXXVL**

Como dos árboles somos  
que la suerte los separa;  
ponen en medio un camino,  
pero se juntan sus ramas.



## LXXVII

Faltaste á la fé jurada  
y el hombre que te sedujo  
es de todas las mujeres,  
mientras que tu esposo es tuyo.

## LXXVIII

Pretende el médico en van  
curarte del mal de amor.  
¿Cómo se arranca una espina  
clavada en el corazon?

## LXXIX

Junto á tu boca un lunar  
dice más que tu mirada;  
lo quiso el amor pintar  
sin duda para indicar  
la puerta de su posada.

## LXXX.

Tu conciencia es un espejo  
que está para tí empañado,  
y en él ve el mundo estampado  
de tus actos el reflejo.

## LXXXI

Llamé á la puerta del cielo  
y al querer entrar, te ví;  
no se engaña á Dios; contigo  
estar no quiero ni allí.

## LXXXII

Para seducir incauto  
te dice el juego maldito:  
“Es caballero el que gana,  
y el que pierde... es un *perdido*.”

## LXXXIII

¿Dices que te miro siempre  
y que nunca me declaro?  
—Lo que siento no se explica;  
el amor habla callando.

## LXXXIV.

Deslumbras á los hombres  
luciendo galas;  
rico traje en el cuerpo,  
desnuda el alma.  
Cual la alcachofa,  
*corazon* tienes poco  
y muchas *hojas*.

## LXXXV.

Por Gil dejaste á Mariano,  
y á Felipe por Ramon....  
¡Qué! ¿No es juego prohibido  
la *ruleta* del amor?

## LXXXVI

Tres maestros he tenido  
Mi madre me enseñó á amar;  
el mundo, á dudar de todo;  
una mujer, á olvidar.

## LXXXVII

Pura como los ángeles  
que hay en el cielo,  
toda amor, toda espíritu,  
así te quiero.  
Si al mundo bajas,  
¡huye! ¡amor no me inspira  
ángel sin alas!

## LXXXVIII .

Voy á poner un letrero  
en la puerta de tu casa  
que diga, con letras grandes:  
“Cementerio de las almas.”

## LXXXIX.

Murió una madre rezando,  
y eran sus hijos ateos.  
¡Madre infeliz, que no tiene  
quien pida por ella al cielo!

## **XC.**

Si sufro, déjame solo;  
si sufres, vénme á buscar;  
mio es mi dolor, y mio  
el dolor de los demás.

## **XCI.**

¿Qué es un beso? me preguntas.  
—En los amantes es fuego;  
en las amigas es aire;  
en las madres es el cielo.

## **XCII**

Por tu amor, un mar de lágrima

el alma cruzando va;  
hay en tu pecho una roca,  
y en ella se ha de estrellar.

### **XCIII**

Hoy, al romper nuestro lazo  
llanto vertimos los dos;  
tú lloraste con los ojos,  
y yo con el corazón.

### **XCIV.**

Me dijiste que me amabas;  
era mentira, y te amé;  
hoy dices que me aborreces,  
y no no puedo creer.

### **XCV**

Sobre su tumba un sauce  
sus ramas dobla,

y lágrimas parecen  
sus sueltas hojas.  
Al lado veo  
un ciprés que la guarda,  
mirando al cielo.

## **XCVI.**

Envidia no tengo al rico;  
tengo ambicion de ser grande;  
que la ambicion y la envidia  
no son hijos de una madre.

## **XCVII**

Hoy, cuando leo tus cartas  
la risa juega en mis labios.  
¡Qué bien se ven las mentiras  
al través del desengaño!

## **XCVHI**

Huyo de tí, y mis suspiro  
á tu corazon se van;  
cual palomas mensajeras  
su nido quieren buscar.

## **XCIX.**

La mujer no tiene precio;  
puede valer mucho ó nada,  
pues la sociedad la estima  
siempre en lo que ella se tasa.

## **C.**

Me asomé á tu sepultura,  
y tu alma errante me dijo:  
—“¡Me cierra el cielo su puerta!  
¡Si yo lo hubiera creído!”

## **CI.**

Siendo inocente, á la cárcel



te llevaron por error;  
allí aprendiste á ser malo...  
¡Qué escuela de *correccion*

## CII

Me lancé al mundo, buscando  
algo bueno que aprender,  
y huyendo del mundo vengo  
para conservar la fé.

## CIII

Un beso te dí en la frente  
y el amor se estremeció;  
despues te besé en la boca,  
y huyendo se fué el amor.

## CIV.

Perdí mi buena madre;  
era yo pobre,

y su entierro llevaba  
cuatro *simones*.  
Murió mi padre; rico  
era yo entónces,  
y llevaba su entierro  
trescientos coches.

## CV.

Mi amor como el sol, es fuego  
que da calor y no abrasa;  
tu amor es como la luna,  
que alumbra muy poco y mata.

## CVI.

Eres pobre, pero honrado;  
duermes, y nada te agita,  
que es plácido siempre el sueño  
de la conciencia tranquila.

## CVII

Ten tus cuentas arregladas  
porque la muerte no es más  
que una letra, sin aviso,  
que á la vista has de pagar.

## CVIII

Quien no llega á conocer  
lo que es de padre el amor,  
ni sabe lo que es placer,  
ni sabe lo que es dolor.

## CIX.

Me das, para incitarme,  
celos con otro;  
le miras, y á mí al punto  
vuelves los ojos.  
Amor es ciego,  
y jugando por *tabla*  
pierdes el juego.

## CX.

Tú me enseñaste á querer,  
y me supiste engañar;  
¿por qué con tanto saber  
no me enseñas á olvidar?

## **CXI.**

Tus ojos despiden llamas;  
en tus labios arde el fuego....  
¡Huyo de tí, pues no estoy  
asegurado de incendios!

## **CXII.**

Un filósofo decía;  
—“¡Nos condenamos por ellas!”  
Pasar te vió, y dijo al punto:  
—“Pero ¿quién no se condena?”

## **CXIII**

¿Qué pido á Dios en la iglesia

me dices? Y te pregunto:  
“¿Qué puedo pedir al cielo  
sino que me quieras mucho?”

## **CXIV.**

Hoy me dices en tu carta:  
“¡Te adoraré mientras viva!”  
Y ayer vi tres cartas tuyas  
con esas palabras mismas.

## **CXV**

Mataste mis ilusiones;  
la mujer es como el pájaro:  
no solo pica la fruta,  
sino que destroza el árbol.

## **CXVL**

Aunque ya no me quieras  
no mires á otros,

porque sentirán celos  
al ver tus ojos.  
¡Te miré tanto  
que en tus negras pupilas  
quedé estampado!

## **CXVII**

¿Diste un beso á Nicanor  
¡Infeliz! Se habrá inflamado,  
sin saber que ese calor  
en tus labios le he dejado.

## **CXVIII**

Despues de una larga ausencia  
vuelvo en busca de tu amor;  
nada en tu casa ha cambiado...  
¿Donde está tu corazon?

## **CXIX.**

En tu corazon, ingrata,  
estás formando un archivo;  
no quiero esconder mi nombre  
bajo el polvo del olvido.

## **CXX.**

¡Que bien pensaba el que dijo  
que era serpiente el amor!  
Tu amor abrigué en mi pecho,  
y el pecho me destrozó.

## **CXXI**

Como el agua del rio  
son tus pasiones;  
por la brisa agitadas,  
tranquilas corren.  
Pero las mias  
son como el mar, con olas  
embravecidas.

## **CXXII**

En la esfera del reloj  
estoy mirando tu cara;  
son tus ojos las agujas,  
que apuntan y no se paran.

### **CXXIII**

El caminito del cielo  
está sembrado de espinas;  
¡mis piés se rompen!... ¿Qué importa  
si en busca voy de la dicha?

### **CXXIV.**

Dilata el alma un suspiro;  
se funde en una mirada;  
y en un beso, vida mia,  
al cielo se van dos almas.

### **CXXY.**

Dicen que tienes defectos,



pero mi amor no los mira;  
tambien el sol tiene manchas,  
y no las copia el artista.

## **OXXVI.**

Tú vives de esperanzas;  
yo de recuerdos;  
tú bajas á la tierra;  
yo subo al cielo.  
El peregrino  
sembrado de mentiras  
halla el camino.

## **CXXVII**

Mil estrellas necesita  
el cielo para brillar;  
cielo es tu cara, y deslumbra  
con dos estrellas no más.

## **CXXVII**

Dicen que las perlas salen  
de las conchas de la mar;  
y al verte digo: «En la tierra  
tambien las perlas se dan.»

## **CXXIX.**

¿Extrañas que tenga celos  
en cuanto te miran otros?  
¿No teme siempre el avaro  
que le roben su tesoro?

## **CXXX**

Si un espejo en tus ojos  
el alma tiene,  
y tu alma es tan hermosa  
como aparece,  
¿Por qué me engañas?  
¿Por qué siendo tan buena  
finges ser mala?

## **CXXXI.**

Duermo mucho porque sueño  
que no quieres más que á mí.  
¡Qué mentira tan hermosa!  
Despierto, me hace sufrir.

## **CXXXII**

Ayer confesar te ví,  
y adiviné tu tortura.  
¡Ay, qué cara puso él cura  
cuando le hablaste de mí!

## **CXXXIII**

Dios bendijo el matrimonio  
y formó un nudo gordiano;  
querer zafarlo es en vano;  
pero lo corta el demonio.

## **CXXXIV.**

Fuiste al altar, exclamando:

“¡Este es el amor más grande!”  
Hoy dices, besando á un niño:  
“¡No hay amor como el de madre!”

## **CXXXV.**

¿Por qué te alejas del mundo  
en donde gozabas tanto?  
No me lo digas; lo veo:  
tienes un niño en los brazos.

## **CXXXVI**

No llores. ¡Dichoso el niño,  
pues deja, al tender el vuelo,  
en la tierra tu cariño,  
y halla la gloria en el cielo!

## **CXXXVII**

Dos cosas persigue el hombre,  
y á veces las halla aquél

que no las busca: el dinero  
y el amor de una mujer.

## **CXXXVIII**

¿Te ofreció por un beso  
fortuna y vida?  
¿Y el desengaño lloras?  
¡Ay, pobre niña!  
En el mercado,  
los besos que se venden  
se pagan caros.

## **CXXXIX.**

¿Lloraste á tu madre poco  
y lloras mucho á tu amante?  
Amantes tendrás de sobra,  
mas no hallarás otra madre.

## **CXL.**

La vida es cual la sombra;  
sin luz no existe;  
puesto que me olvidaste  
quiero morirme.  
A oscuras vivo,  
que la luz de mi vida  
fué tu cariño.

## **CXLI.**

Crucé todo el camino  
de la existencia  
derramando los bienes  
á manos llenas.  
Detengo el paso,  
y está llena la alforja  
de desengaños.

## ADIOS A LA MONTAÑA.<sup>4</sup>

Se vá mi sombra, pero yo me quedo  
CAROLINA CORONADO.

Buscando días serenos,  
y un año dejando atrás,  
volví á estos valles amenos  
con algunas canas más  
y unas ilusiones ménos.

Me marcó el alma el camino,  
y verme no os cause asombro,  
que aquí me trajo el destino;  
como errante peregrino,  
vine con la lira al hombro.

Supo este pueblo grabar  
en mi corazon su afecto,  
y no le puedo borrar,  
porque yo tengo un defecto:  
que no he aprendido á olvidar.

Olvidar fuera vileza  
á un pueblo, cuya altivez  
corresponde á su grandeza,  
pues para mí la honradez  
es la primera nobleza.

¿Cómo pudiera olvidar  
esta playa, esa bahía,  
si la ola que bate el mar  
vino la salud á dar  
á un hijo del alma mia?

Siento aquí la inspiracion,  
y el impulso no me extraña;

voy á daros la razon:  
el aire de la montaña  
inflama mi corazon.  
La brisa, el amor, la mar,  
espejo del cielo en calma  
Sentí la lira temblar,  
y la pulsé para dar  
vida y expansion al alma.  
Sí! las cuerdas de mi lira  
nunca hirió la falsedad;  
sólo la verdad me inspira;  
aborrezco la mentira,  
y aquí reina la verdad.  
Con la verdad me inspiré;  
mis dichas y mis pesares  
en pobres versos canté  
Yo me voy con mis *Cantares*,  
que desde allá os mandaré.  
Mis cantares vuestros son,  
que en la montaña han nacido;  
os traerá mi inspiracion,  
en cada verso un latido  
de mi noble corazon.  
Olvidar las penas mias  
me hicieron, horas felices  
de bienestar, de alegrías...  
En tierra de simpatías  
echa el corazon raices.  
Me lleva el destino allá,  
sin que olvidar nunca pueda  
que aquí mi memoria está.  
¡Adios! ¡Mi sombra se vá  
y mi espíritu se queda!  
Santander, 1881.



## NOTAS

<sup>1</sup> Recitada por su autor en la Academia de la Historia, en la sesión celebrada por la *Sociedad española de Salvamento de náufragos* para conmemorar el primer aniversario de su fundación.

<sup>2</sup> Leído en la inauguración del nuevo edificio levantado en Madrid para Monte de Piedad y Caja de Ahorros.

<sup>3</sup> Véase el cap. V, sobre *El Amor*, en el libro LA MUJER, por D. Severo Catalina.

<sup>4</sup> Versos leídos por su autor en el *Casino Montañes*, de Santander.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE  
WWW.ELEJANDRIA.COM!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA  
WEB**